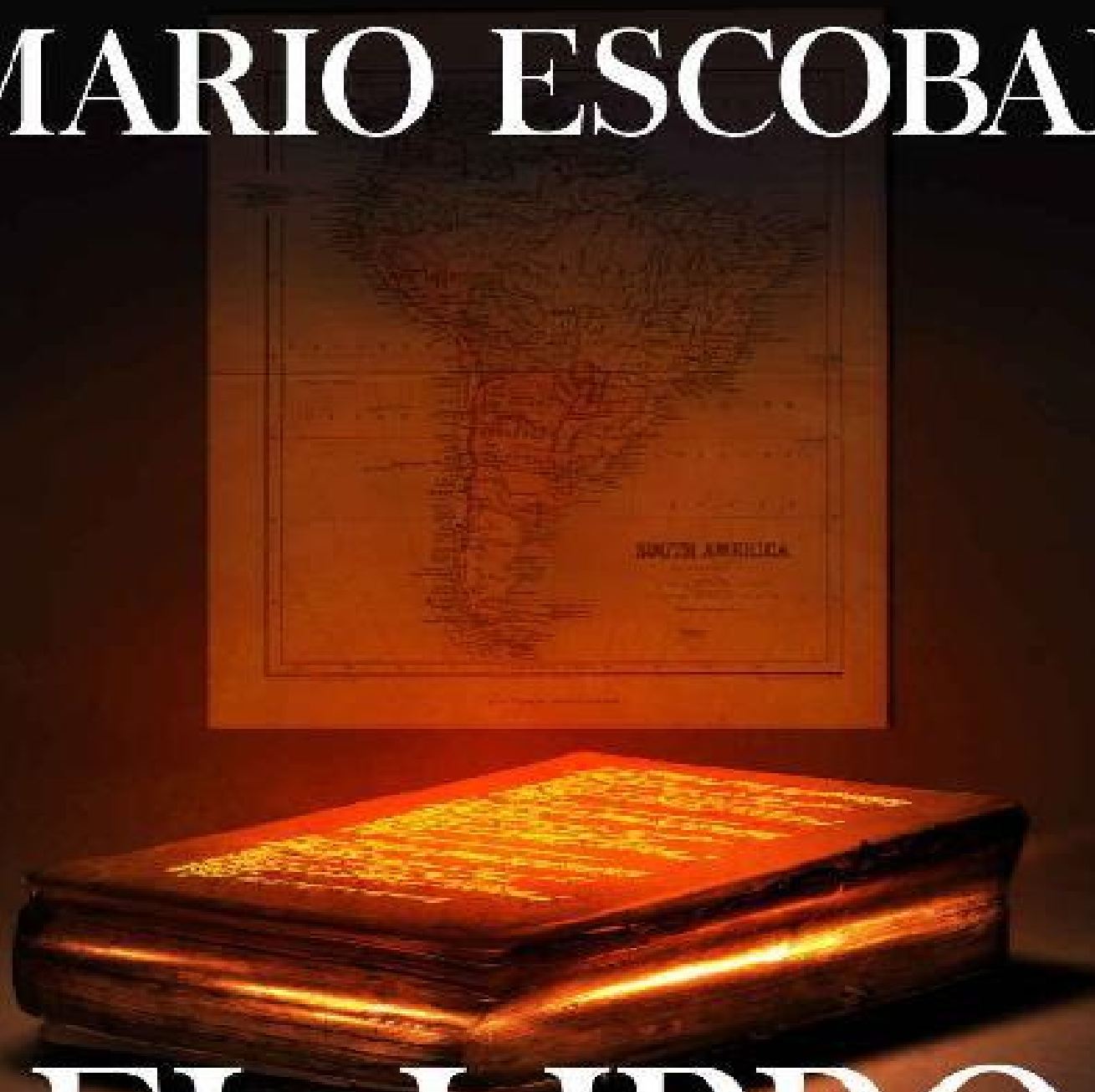
MARIO ESCOBAR



EL LIBRO SECRETO DE HITLER

ESPA PDF

El libro secreto de Hitler

Mario Escobar

Copyright © 2017 Mario Escobar
Todos los derechos reservados.

Comentarios de lectores en Amazon

Es una lectura muy entretenida, interesante y una historia llena de intriga. Cuando llegué al punto de «continuará…» me quedé expectante en relación a la segunda parte… Qué bien que ya está disponible, así puedo continuar la lectura.
Claudine Bernardes

Te atrapa desde el principio, muy ameno, ligero y cautivador, fácil lectura, repasas historia mientras lo lees; muy recomendable, su lectura te envuelve.
Dancas
Trama muy ágil y bien llevada. Muy recomendable, muy actual. Se lee en un rato, no sientes el tiempo, te captura desde el inicio.
Rrivas

Comentarios de la prensa

Escobar ha dado con una de las claves de este mercado editorial online.
***ABC Cultural*, Laura Revuelta**

Mario Escobar domina una clave que ha conquistado a esa gran masa de lectores que determina la lista de libros más vendidos, y que han adoptado autores como Carlos Ruíz Zafón, Ildefonso Falcones, Matilde Asensi, Javier Sierra y Julia Navarro: ese cóctel de religión, historia e intriga que se ha convertido en la gran arca literaria de lo que va de milenio.
***Con ojo de lector*, Nueva Jersey, Carlos Espinosa**

Mario Escobar viene a sumarse a la revitalización de los suspenses… por parte de firmas anglosajonas como las de Alan Furst, John Lawton o Robert Wilson.
Qué Leer

Mi cadáver debe ser incinerado en el mismo sitio donde he trabajado por el pueblo alemán. No quiero que los soviéticos exhiban mi cuerpo en un museo de cera como un trofeo.

Adolf Hitler

Yo pienso que Hitler está vivo y es muy probable que se encuentre en España o Argentina.

Joseph Stalin

No hemos sido capaces de descubrir una pequeña evidencia tangible de la muerte de Hitler.

Dwight D. Eisenhower

Índice

Prólogo
Primera parte. Madrid
1. Visita
2. El Escorial
3. Viejo profesor
4. La carta
5. Propuesta
6. Perseguida
7. Identidad
8. Viaje
9. Montevideo
10. La cuna de la serpiente
11. Atentado
12. Un viaje accidentado
13. El comandante
14. Una historia
Segunda parte. Bariloche
15. Leyendas
16. El hotel
17. Sorpresa
18. La Biblioteca secreta
19. El plan
20. La primera noche
21. Huida desesperada
22. Chile
23. Diarios
24. El libro
25. Viaje a Paraguay
Tercera parte. Nueva Germania
26. Presentimiento
27. Lucha
28. La hermana de Nietzsche
29. El paraíso
30. El proyecto

31. Amerika
32. Huida
Epílogo

Prólogo

Múnich, 31 de marzo de 1957

Tomó su abrigo y su sombrero para salir a pasear como cada mañana. Las rutinas eran lo único que le mantenía con vida. Normalmente recorría la ribera del río Isar, mientras contemplaba las verdes praderas de Englischer. Llevaba toda la vida en aquella ciudad, menos los breves periodos que pasó en Berlín durante los años treinta. Para él Múnich era la mejor prueba de que, a pesar de todo, el mundo no cambiaba nunca. Max Amann odiaba aquella Alemania dividida y amenazada por los rusos. Todos sus sueños de juventud se habían evaporado, como si fuera una ligera niebla matutina. La misma bruma que en aquel momento flotaba sobre el río y penetraba hasta sus envejecidos huesos. Max había pasado diez años en prisión. En aquel momento se encontraba casi en la indigencia más absoluta, pero sabía quién era y lo que había hecho por el partido y el pueblo alemán. Aunque era irónico que él, uno de los hombres más ricos de Alemania por sus inversiones durante el Tercer Reich de los años cuarenta, en la actualidad apenas tuviera unos marcos para hacer la compra.

El hombre anduvo con dificultad el último tramo del camino. Aquella mañana sentía un fuerte dolor en el pecho y su aliento se congelaba apenas salía de sus gruesos labios. Cruzó por el puente, para regresar a su minúsculo estudio, y notó unos pasos a poca distancia. El hombre aceleró el paso, aunque apenas se notaba a pesar de superar los cincuenta y cinco años de edad, su vitalidad era la de un hombre de ochenta años. Lo achacaba a los diez años de reclusión y a sus problemas de corazón, aunque en el fondo sabía que lo que había perdido era la voluntad de vivir.

El suelo helado crujía a su paso, decidió salir del parque y adentrarse en las calles de la ciudad. No se veía mucha gente por las aceras y apenas pasaban vehículos por las calles. El único sonido que se escuchaba en medio del silencio eran los pasos del desconocido, que le había seguido a través del puente y cruzado la calle.

Max notó cómo el corazón se le aceleró de repente, parecía que se le iba a salir por la boca, puso su mano derecha instintivamente sobre el pecho. El guante de cuero ajado percibió la rigidez del abrigo, que estaba completamente congelado. A pesar del frío, la tensión y el paso acelerado hizo

que comenzara a sudar. Le costó llegar al edificio donde residía, abrió con su llave la puerta del portal y tocó el botón del ascensor. Se escuchó el pesado mecanismo y sintió el viento que desplazaba al descender. Dentro del edificio el frío era mucho más tolerable. Respiró hondo e intentó tranquilizarse un poco, pero cuando al final consiguió recuperar la calma, escuchó a su espalda cómo se cerraba la puerta exterior. Se giró lentamente y observó a una mujer alta, rubia, enfundada en un abrigo de pieles.

La mujer caminó despacio hasta el ascensor, le saludó educadamente y esperó a su lado. Max notó que su pulso volvía a la normalidad.

El ascensor llegó a la planta baja, el hombre abrió las negras puertas de hierro y después las más leves de la cabina de madera y cristal. Cedió el paso a la mujer, y cerró de nuevo las puertas y preguntó:

—¿A qué planta se dirige?

—A la última planta —dijo la mujer con un acento del norte de Alemania.

El hombre apretó el único botón con su mano derecha, la única que conservaba. Los dolores de los dedos apenas le permitían sostener una taza sin que le temblara y miró al suelo.

—¿Conoce a Elsa Millman? —preguntó la mujer a Max.

—Sí, la profesora jubilada, vive puerta con puerta conmigo.

—Soy su sobrina Bárbara, vengo desde Hamburgo para visitarla. Lleva un tiempo con la salud delicada —comentó la mujer.

Max apenas le hizo caso, afirmó con la cabeza mientras no dejaba de mirar los botones que se iluminaban a medida que el ascensor ascendía. Estaba agotado, a pesar de que el día acababa de comenzar. Deseaba quitarse la ropa, ponerse la bata y meterse debajo de dos mantas mientras escuchaba música clásica y leía algunos viejos libros.

La cabina paró bruscamente, el hombre abrió primero las puertas de madera, más tarde las de hierro y dejó pasar a la mujer. Después se dirigió a la puerta y la abrió.

—*Auf wiedersehen* —dijo antes de entrar en la casa, cerró la puerta y echó la llave. Colgó el abrigo en la percha de la entrada y le sorprendió comprobar que hacía más frío en su casa que en el descansillo. Aquel había sido un invierno muy duro, había estado enfermo la mayor parte del tiempo, deseaba la llegada de la primavera, pero aún el frío tardaría en marcharse.

Max se quitó los zapatos, se puso la bata y se dirigió hasta su viejo gramófono. Movió la aguja y comenzó a sonar la ópera de Wagner *El anillo del nibelungo*. El hombre cerró los ojos unos instantes, después tomó dos libros

de la vieja y polvorienta estantería de madera. Recorrió con la mirada el pequeño estudio y suspiró profundamente.
Apenas se había acomodado en el viejo sillón cuando escuchó el timbre de la puerta. Maldijo su suerte, se puso en pie y caminó con torpeza hasta el recibidor. Miró por la mirilla y contempló a la mujer con la que había subido en el ascensor. Por un instante pensó en ignorar a la joven y regresar al sillón, pero al final quitó la cadena y los cerrojos.
—¿Qué sucede señorita?
—¿Tiene usted teléfono? —preguntó la mujer con el rostro angustiado.
—Sí, claro que tengo teléfono —contestó el hombre malhumorado.
—Mi tía no abre la puerta y estoy algo preocupada. Creo que está dentro, pero no puede abrir.
Max frunció el ceño. Miró de arriba abajo a la joven. Era realmente atractiva, pensó en lo que hubiera hecho con ella si la hubiera conocido en su momento de más gloria y decidió dejarla entrar.
—El teléfono está colgado en la pared —dijo el hombre señalando con la mano.
—Gracias —dijo la joven, que comenzaba a mejorar el semblante y se empezó a tranquilizar.
El hombre se dio la vuelta, para bajar un poco la música, pero se quedó a medio camino.
—¿Quiere un té?
La joven afirmó con la cabeza.
Max apenas recibía visitas, los viejos camaradas estaban muy preocupados medrando en el nuevo estado federal y preferían que la gente no los viera con apestados como él. Muy pocos se habían mantenido fieles al Nacionalsocialismo.
Encendió el infernillo y puso la tetera a hervir. Agradeció el poco calor que salía del fuego azulado. Cuando la tetera comenzó a bufar la quitó del fuego y colocó las bolsitas de té. Era el más barato del mercado, pero al menos le levantaba un poco el ánimo.
Llevó la tetera a la mesita que había enfrente del sillón y sacó dos tazas desportilladas de la vitrina. Después colocó un azucarero con forma de cisne y dos cucharas de plata. Aquel juego de té era lo único que conservaba de su antigua vida.
La mujer se acercó al salón y se asomó por la puerta. Exceptuando el baño, toda la casa, incluida una pequeña cama en la parte más baja de la guardilla,

consistía en aquella habitación pequeña, atestada de muebles decrépitos y de libros.
—Muchas gracias por todo —dijo la mujer mientras se sentaba en el sillón.
La falda se abrió un poco, la mujer había dejado su abrigo en la entrada y sus largas piernas con finas medias negras destacaban sobre su traje gris.
—Los buenos vecinos estamos para estas ocasiones —dijo Max, aunque era perfectamente consciente de que nunca había invitado a uno de sus vecinos a entrar en su apartamento.
—He telefoneado a mi madre, si mi tía no responde en las próximas horas llamaré a la policía —dijo la joven. Después comenzó a hurgar en el bolso.
—Se me ha olvidado una cosa —dijo Max poniéndose en pie. Fue a buscar unas pastas y cuando regresó, la mujer ya estaba con la taza en la mano dando sorbos cortos al té.
El hombre tomó la suya y probó el sabor amargo de aquel mejunje. Recordó el té que compraba directamente importado de la provincia de Yunnan en China, cuando aún era uno de los hombres más importantes del Tercer Reich.
—Espero que todo se solucione —dijo el hombre, mientras su taza humeante le empañaba las gafas.
—¿Cómo se llama? Creo que no me ha dicho aún su nombre —dijo la mujer.
—Disculpe, no suelo ser tan mal educado. Vivo aquí como un ermitaño y a veces olvido los buenos modales. Mi nombre es Max Amann —dijo el hombre.
—¿Es usted Max Amann? —preguntó la joven sin poder disimular su sorpresa.
—¿Ha oído hablar de mí? —preguntó temeroso el hombre. En los tiempos que corrían la mayoría de los jóvenes habían sido criados en el odio a Hitler y su partido.
—Naturalmente. Usted fue el gestor de los negocios del NSDAP y el director de la editorial del partido —dijo la joven.
Max sonrió complacido. La mayoría de la gente con la que se cruzaba únicamente veía en él a un pobre diablo arruinado.
—¿Cómo ha podido reconocerme? —preguntó, justo en el momento en el que sentía que la cabeza comenzaba a darle vueltas.
—Usted es un hombre muy conocido, Herr Amann. Guarda secretos que muchos desearían conocer —dijo la mujer mientras dejaba su taza en la mesa.
Max comenzó a verlo todo nublado, intentó hablar, pero los labios ya no le respondían. Se derrumbó sobre el sillón y la mujer extrajo de su bolso una jeringuilla preparada. Levantó la manga de la bata del hombre, después le

subió la camisa y le inyectó su contenido muy despacio, como si quisiera que aquel cuerpo envejecido prematuramente absorbiera hasta la última gota.

Primera parte
Madrid

Capítulo 1
Visita

Madrid

Regresar a Madrid después de quince años fue para ella como un sueño hecho realidad. Andrea Zimmer esperó a que saliera su equipaje en la cinta correspondiente de su vuelo en el aeropuerto Adolfo Suárez Barajas, un par de maletas de piel teñidas de amarillo canario. Después se dirigió directamente al metro de Madrid. Tenía que ir a Atocha para tomar el primer tren con destino a San Lorenzo de El Escorial. Hubiera preferido hospedarse en el centro de la ciudad, aunque eso le supusiera gastarse la mitad del sueldo que recibía de la revista de actualidad en la que trabajaba en Buenos Aires, pero su viejo profesor Daniel Rocca ya le había preparado una habitación en su casa. No se veían desde hacía más de tres años, aunque se habían mantenido en contacto todo ese tiempo: algunos correos electrónicos, algunos mensajes por wasap y un par de llamadas telefónicas en Navidad.

Andrea rodó sus maletas hasta las máquinas que hay a la entrada del metro, estuvo un rato intentando descifrar cómo sacar un billete y después atravesó con dificultad el acceso, demasiado estrecho para su inmenso equipaje. Su madre Claudia siempre le regañaba, no entendía por qué necesitaba tantísimo equipaje, pero ella empleaba la eterna fórmula del *por si acaso.* Era verano en Madrid y, por lo que decían sus amigos, en julio el calor podía llegar a ser insoportable, pero la Universidad Complutense la había invitado a participar en un taller sobre periodismo y ética. ¿Cómo iba a desaprovechar la oportunidad de viajar a Europa con todos los gastos pagados? Había logrado adelantar un par de días el viaje para ver a su antiguo profesor y después de la conferencia visitaría a algunos amigos que se habían instalado en España al terminar su carrera. Curiosamente, ahora muchos españoles buscaban en América una salida profesional y Europa se había convertido en un continente decadente, desigual y obsoleto. Andrea sabía que América tampoco pasaba su mejor momento, pero aquello formaba parte de la normalidad. Argentina no estaba en crisis, su amado país vivía en constante recesión y todos sus compatriotas parecían haberse resignado a ello.

Se sentó en el nuevo y reluciente vagón del metro de Madrid y pensó cómo les

gustaba a los españoles estar a la última. La nación más vieja del mundo siempre esperaba vestirse con el último modelo, aunque su ajustado vestido comenzara a rasgarse por todas partes. Independentismo, movimientos antisistema, reaccionarios nostálgicos de la dictadura, políticos corruptos y una sociedad que había convertido la picaresca en una verdadera seña de identidad.

Lo primero que le llamó la atención fue la diversidad étnica y cultural. En el vagón había africanos, latinos, personas del Este de Europa, chinos y europeos de otros países de la Unión. Al principio pensó que era debido al aeropuerto, que todas aquellas personas eran turistas que esperaban disfrutar de unas vacaciones en la ciudad, pero cuando llegó a la estación de Atocha, comprobó que no. La ciudad había cambiado mucho en aquellos años. La misma estación era totalmente diferente. Ya no veían los viejos andenes del siglo XIX, tampoco los viejos trenes eléctricos impuntuales, ruidosos y sucios. El edificio antiguo era un invernadero de plantas tropicales y el nuevo un centro comercial, con trenes de alta velocidad con plataformas futuristas. Tuvo curiosidad por ver cómo se había transformado el resto de la ciudad, pero hasta después de pasar un par de noches con su amigo y dar el taller, no podría visitar Madrid. Tenía ganas de ir al Museo del Prado, tomar algunas tapas y perderse por las calles del centro de la ciudad, como cuando era una recién licenciada de periodismo. Andrea se sentó en la segunda planta del tren de cercanías que la llevaba a El Escorial. Su amigo la pasaría a recoger en coche, al parecer había bastante distancia entre la estación y su casa.

Las primeras estaciones se asemejaban a las del metro, aunque algo más oscuras y anticuadas, pero de repente el tren salió a la superficie y a los pocos minutos, el túnel oscuro se transformó en bosques interminables de pinos y encinas que se sucedían a ambos lados del vagón. Pudo ver ciervos, corzos, gamos y hasta un jabalí bebiendo en un arroyo. Nunca había imaginado que tan cerca de la gran ciudad hubiera un mundo salvaje que en parte parecía aún virgen.

Conectó el teléfono y miró los mensajes. Había contratado una tarifa para el viaje, pero no quería gastar rápidamente sus datos. Envió un par de wasaps a su madre, a su actual pareja y a un par de amigas. Todos le habían pedido que se pusiera en contacto en cuanto aterrizase. Después apoyó la cabeza sobre el respaldo y cerró los ojos. Tenía las dos maletas agarradas y el bolso pegado a la pared del vagón, pero cada dos o tres minutos miraba a su alrededor y observaba quién subía y bajaba en cada estación.

Para ella aquel viaje era mucho más que una escapada, significaba un punto de inflexión. Durante años había retrasado tomar ciertas decisiones, pero sentía que ya no las podía postergar más. A sus treinta y tres años, la edad de Cristo, sentía la necesidad de tomar por fin las riendas de su vida.

Su madre era una mujer judía divorciada, que controlaba todo. La llamaba constantemente, le preguntaba cuándo se iba a casar y a darle un nieto y la atosigaba con sus ideas religiosas y su particular manera de concebir la vida. Para ella, casarse con un buen partido era la mejor inversión que podía hacer una mujer. Podía trabajar si quería, pero desde la comodidad y seguridad de un millonario que pagara sus facturas. De adolescente había tenido que enfrentarse a ella para estudiar Historia, para su madre era una carrera absurda y sin futuro y, aunque no le faltaba razón, al menos en lo segundo, la Historia era para ella una vocación, algo que daba sentido a su vida. Llevaba cinco años con Leopoldo, su relación se encontraba estancada. No es que ella deseara casarse, ni nada por el estilo, pero es que su pareja seguía comportándose como cuando tenía veinte años y Andrea ya no disfrutaba de las mismas cosas y quería tener una hija. Lo reconocía, desde hacía unos años se había puesto en marcha su reloj biológico, pero dudaba mucho de la capacidad de su pareja para ser padre. En el fondo era un inmaduro egoísta.

Necesitaba distancia y Madrid le parecía lo suficientemente lejos. Incluso se había planteado no regresar. Rehacer su vida en España, aceptar la oferta de una plaza libre de su revista en Europa e instalarse en la ciudad.

Después de casi una hora y media de viaje el tren llegó a El Escorial. Andrea arrastró sus maletas y bajó las escaleras hasta la primera planta y después hasta el andén. La estación era muy pequeña. Un edificio de piedra antiguo, con tejas rojas y enredaderas por uno de los laterales. La gente abandonó apresuradamente el andén y en pocos minutos se encontró prácticamente sola. Eran las diez de la mañana, apenas había dormido nada en el viaje y se encontraba agotada. Se sentó en un banco y esperó; temía que su viejo profesor siguiera manteniendo su impuntualidad argentina, rasgo que al parecer compartían con los españoles.

Estaba comenzando a adormecerse cuando escuchó su nombre.

—¡Andrea! —gritó un hombre de pelo canoso y poblada barba gris. Llevaba una sencilla camisa de cuadros sacada por fuera y unos pantalones vaqueros azules desgastados.

La mujer tuvo que mirar de arriba abajo a su profesor para reconocerlo. A pesar de que seguía vistiendo igual que veinte años atrás, había envejecido

mucho en los últimos años. Llevaba lentes y su piel estaba surcada por arrugas en la comisura de los labios, la frente y los ojos.
—¡Daniel! —gritó Andrea mientras se acercaba para besar a su profesor.
—¡Cuánto tiempo! Dios mío a veces parece que la vida se escapa tan rápido.
El hombre la ayudó con las maletas y ambos salieron de la estación. Fuera había una plazoleta y en un lado relucía un viejo volvo azul medio destartalado. Daniel vivía con la pensión de Argentina y algunos ahorros de su esposa, que había fallecido un año antes. Una profesora española con la que se había venido a vivir a El Escorial tras dejar la universidad.
Daniel cargó las maletas en el maletero y entraron en el coche. Estaba polvoriento, con los asientos de atrás llenos de carpetas y libros sin orden aparente. Andrea recordaba perfectamente la obsesión de su profesor por los libros viejos, los papeles y los archivos particulares. Acudía a cualquier casa que quisiera deshacerse de documentos que él pensaba importantes, aunque el resto del mundo los viera como simples papeles viejos.
—¿Qué tal el vuelo? Hace tanto que no viajo a Argentina que se me ha olvidado lo pesado que es cambiar de horarios de comida y de sueño. Cuando lo hacía podía pasar semanas hasta que me adaptaba de nuevo al horario normal.
—Estoy muerta de sueño, pero imagino que es mucho mejor que aguante hasta la noche. Lo que no tengo por ahora es hambre —dijo Andrea sonriente. Se sentía muy contenta de ver a su profesor. Tenía la sensación de que no había pasado el tiempo. Durante el viaje había pensado en lo incómodo que sería encontrarse a una persona totalmente distinta. Ese era siempre uno de los riesgos de reencontrarse con alguien que no veías en años.
—¿Cuándo das el taller? —preguntó Daniel, mientras tomaba la carretera hasta San Lorenzo de El Escorial.
—Dentro de un par de días. Es un taller sobre ética y periodismo —dijo Andrea, a la que se le hacía extraño ser ahora la profesora y no la alumna. Después de Historia había estudiado Periodismo, había hecho un máster en Estados Unidos y comenzado Filosofía y Letras, tenía la sensación de estar estudiando toda la vida.
—Será un placer escucharte. Mi alumna preferida convertida en una periodista reconocida y una escritora de éxito.
—Bueno Daniel, yo no diría tanto. Tú sabes que el éxito de un escritor es como la espuma del café: adorna, mancha, pero termina por desaparecer —comentó Andrea.

El coche comenzó a ascender por una empinada cuesta. A un lado se veían unos hermosos jardines y al otro zonas residenciales y algunas casas de lujo. Cuando llegaron a la parte más alta apareció a su izquierda el monasterio de El Escorial, con su mezcla de austeridad y grandilocuencia. Sus formas perfectas, imitando al famoso templo de Salomón no dejaron indiferente a la mujer, que se quedó fascinada observando el edificio hasta que atravesaron un arco de piedra y llegaron a la zona donde vivía su amigo Daniel.

—Si quieres luego damos un paseo, podemos entrar en el monasterio por la tarde, soy muy amigo de la jefa de los guías. He estudiado el edificio desde todos los puntos de vista, incluso desde el exotérico. Algo que gustaba mucho en la época, y que obsesionó hasta a los jerarcas nazis en pleno siglo XX.

—Sería estupendo —dijo la mujer. Había estudiado el reinado de Felipe II y su famoso imperio en el que no se ponía el sol. Desde entonces otros imperios le habían sucedido, pero el reinado del «Rey Prudente» siempre la había fascinado.

—España está repleta de misterios. Llevo años estudiando muchos de ellos.

—¿En qué andas metido ahora? —preguntó Andrea intrigada. Su viejo profesor no paraba de investigar, aunque en la actualidad apenas publicaba nada, ni a nivel académico ni divulgativo.

—Cosas muy gordas —sonrió —pero creo que antes te mereces un buen mate, —comentó el hombre mientras sacaba un mando y abrió la puerta de una verja que daba acceso a una amplia finca.

Andrea nunca se había imaginado que su profesor pudiera vivir en una villa tan lujosa, sobre todo considerando la pensión que recibía de Argentina. El coche recorrió un sendero rodeado de castaños, hasta llegar enfrente de un invernadero. A un lado quedaba una suntuosa mansión de piedra con tejado de pizarra negra. Sus formas eran robustas, pero elegantes.

—¡Guau! Vives en una verdadera mansión, como un magnate —bromeó Andrea.

A Daniel se le escapó una sonrisa mientras llevaba con dificultad las maletas sobre la gravilla del camino. Sabía lo que quería decir Andrea. Él siempre había sido un activo militante de izquierdas, en muchos sentidos peronista, aunque conocía perfectamente las contradicciones de un personaje tan conocido como Juan Domingo Perón. Para muchos Perón era un fascista, para otros un simple populista que intentó apoyarse en las clases populares para aferrarse al poder, o un verdadero protector de los trabajadores. Daniel pensaba que posiblemente todos tenían algo de razón. Aunque el régimen de

Perón había sido posterior a los fascismos europeos, tenía sin duda algunos rasgos comunes, pero también algunos distintivos, puramente argentinos.
—A veces el destino nos ofrece regalos. ¿Por qué desaprovecharlos? —comentó el hombre mientras cruzaba jadeante el umbral de la casa. Andrea sonrió tras él, su profesor siempre tenía una respuesta adecuada, ante cualquier cuestionamiento. Formaba parte de su carácter. En cierto modo, era una de las cosas que le fascinaban de él.
El recibidor era casi tan amplio como su apartamento en Buenos Aires. Suelo y pared forrados de una madera barnizada brillante, cabezas de animales presidiendo las paredes. Una amplia escalinata central que se dividía en dos ennoblecía aún más el edificio.
—Dejaremos las cosas aquí. A no ser que prefieras ducharte mientras preparo el mate. Si te quitas esa ropa estarás más cómoda —dijo el hombre mientras abría una de las puertas laterales.
—Es buena idea. Si me deshago algo del sudor pegajoso del avión y del camino, podré despejarme un poco.
—Perfecto. Tu habitación está en la segunda planta. Justo la primera por la izquierda. La mía está al lado de la biblioteca. Ya no estoy para andar todo el día subiendo y bajando escalones.
La mujer tomó la maleta más pequeña y la subió por la escalinata. Entró en la habitación y se quedó sorprendida por la decoración lujosa, los muebles estilo Luis XIV y el amplio ventanal que daba al jardín. Notó algo más de calor que en la planta baja, aunque comparado con el exterior la sensación era muy agradable. Se quitó la ropa y la dejó en medio de la habitación. Su cuerpo aún se conservaba bello y esbelto, a pesar de que le dedicaba muy poco tiempo. No solía hacer deporte, tampoco se preocupaba mucho por la dieta, aunque tendía a comer más vegetales que carne y ya apenas fumaba.
Caminó sobre el suelo de madera hasta el baño. Una celosía de madera en la ventana atenuaba algo la luz exterior. Dio al interruptor y el baño de azulejos árabes brilló por completo. Una enorme bañera exenta estaba en mitad del gigantesco espacio, al fondo una pared, donde se encontraba una ducha moderna de efecto lluvia. Andrea reguló la ducha y se introdujo despacio. Por un momento pensó que no le costaría mucho acostumbrarse a aquel lujo y se alegró de haber ido a la casa de su viejo profesor.
Mientras el agua recorría su cuerpo blanquecino, con pecas anaranjadas, y su pelo pelirrojo comenzaba a tomar un tono más oscuro, pensó en el misterioso correo de Daniel. No la había invitado únicamente para recordar viejos

tiempos, sabía que quería contarle algo realmente importante.
En el correo hablaba de un posible libro que podía convertirla en una de las escritoras más conocidas del mundo. Tal vez aquello la ayudara a cambiar de vida, romper con todo lo que la ataba en Buenos Aires y a comenzar una nueva vida en España. Ya se imaginaba firmando libros en la Gran Vía y en la Feria del Libro de Madrid, caminando por los inmensos pasillos de la FIL de Guadalajara y Bogotá. Sería un regusto regresar a su ciudad para acudir a su impresionante feria en abril, pero esta vez no como una reportera o una escritora de segunda categoría, sino como una verdadera estrella del mundo editorial.
A Andrea aún le gustaba soñar. Creía que mientras conservara esa capacidad para imaginarse de mil formas diferentes, la vida merecería realmente la pena.
Salió de la ducha totalmente relajada, tal vez demasiado para un viaje tan largo. Tuvo la tentación de tumbarse en la cama tal y como estaba, dejando que el calor del mediodía la terminase de secar, pero hizo un esfuerzo, se puso un pantalón corto, una blusa blanca y ligera, se dejó el pelo pelirrojo suelto y bajó descalza a la planta inferior.
El recibidor estaba vacío y mudo y sintió cómo la observaban las cabezas disecadas de los trofeos, después se dirigió a la puerta por la que había visto pasar a su profesor y entró en un amplio salón. Estaba terminado a dos alturas. En una parte una mesa amplia para doce personas, que daba a un inmenso ventanal, al lado un gran piano de cola y una moderna cadena de música. Al otro extremo un acogedor espacio con varios sofás de piel frente a una chimenea negra de estilo moderno, estanterías con libros, una mesa baja de madera y varias figuras orientales repartidas por todas partes.
—¿Ya has terminado? —preguntó Daniel con el mate en la mano. Estaba sentado en un gran sofá con orejeras blanco y llevaba puesto un jersey ligero.
—Sí, me ha sentado muy bien, pero tengo tanto sueño.
La mujer se acomodó justo al lado del profesor, bajo la luz menos potente del salón le pareció más viejo y consumido que cuando lo vio en la estación. Tuvo el extraño presentimiento de que estaba muy enfermo, aunque prefirió no preguntarle nada.
—He deseado muchas veces volver a verte. Ya sabes que mi exmujer en Argentina es una pobre loca. Tampoco tengo contacto con mis hijos, aunque el mayor me ha dado un nieto. Sería inútil intentar fingir un amor paternal que no tengo. Para mí todos ellos son unos completos desconocidos.
—Sí, lo entiendo —dijo Andrea, que tenía la impresión de que Daniel estaba a

punto de introducirse en uno de sus interminables monólogos. Aunque en aquella ocasión lo prefería. No tenía muchas ganas de hablar de su familia, su pareja o la revista en la que trabajaba. Su profesor siempre la había visto como una futura ganadora del premio Nobel o el Pulitzer, cosa que le halagaba sobremanera.

—No quería asustarte por teléfono, pero tengo algo que contarte —comentó Daniel muy serio. Las sombras del rincón en el que estaba sentado comenzaron a extenderse por su rostro. El hombre se adelantó un poco y se puso casi a la altura de los ojos de ella.

—¿Qué sucede Daniel?

—Me muero, Andrea. Es cuestión de semanas, tal vez de días. Nunca he pensado mucho en mi muerte. No te voy a negar que estoy un poco asustado.

Los brillantes ojos de Daniel parecían ahora casi grises, las ojeras los empequeñecían hasta convertirlos en apenas dos pequeñas canicas inexpresivas.

—¿Qué te sucede? —preguntó Andrea preocupada. Sentía un nudo en la garganta que apenas le permitía hablar.

—Un tumor en la cabeza. Me han operado varias veces, temían que perdiera el habla o la vista, en ese sentido el cáncer ha sido benévolo conmigo, pero tengo metástasis y me he negado a continuar con el tratamiento.

Andrea se acercó a su amigo y lo abrazó. Las lágrimas comenzaron a correr por su rostro, mientras Daniel le decía palabras de consuelo.

—He tenido una vida plena. Me he casado tres veces, dos de ellas por amor. He tenido tres hijos reconocidos. He sobrevivido a una dictadura y a varias democracias. Estoy muy agradecido a la vida, pero necesitaba verte antes de partir. Tengo que darte un último regalo, la investigación de los últimos cinco años de mi vida. Una exclusiva que podrá darte fama, dinero, reconocimiento, pero sobre todo independencia. Sé que quieres hacer reportajes que denuncien la corrupción, la violencia, la desigualdad. Imagina que pudieras hacerlo, que tuvieras el prestigio y el dinero para hacerlo.

—Eso no me importa ahora, Daniel. Eres mi amigo del alma. Cuando me encontraba deprimida te llamaba o hablábamos por wasap y recuperaba las fuerzas. ¿A quién llamaré ahora? Formas parte de la mejor etapa de mi vida… —comentó hasta que no pudo más y rompió a llorar.

Daniel la retiró un poco y mirándola a los ojos le dijo:

—Somos gotas en el océano. Todos tenemos que morir, lo importante es el mundo que dejemos atrás. Un lugar gobernado por extremistas, hipócritas,

corruptos y cínicos. Bertolt Brecht decía que «Cuando la hipocresía comienza a ser de muy mala calidad, es hora de comenzar a decir la verdad». Tienes que dedicar tu vida a ese propósito, yo lo intenté, pero tengo que partir.
—¿Qué importa la verdad? ¿No es todo mentira? —preguntó Andrea enfadada.
—No, afortunadamente no. Me criaron en un mundo en el que la verdad existía, un mundo en el que la libertad tenía un valor infinito. No pertenezco a este siglo XXI, pero no puedo permitir que se desintegre delante de mis ojos y quedarme con los brazos cruzados.
Andrea se sentó en el suelo con las piernas cruzadas. Miró al hombre que tanto había admirado y se dijo que dentro de poco dejaría de existir. Aquello le atenazó el alma. Sintió un profundo vacío y una insoportable sensación de sinsentido.
—¿Has oído sobre el libro de Hitler? —preguntó Daniel, intentando cambiar de tema.
—¿Quién no ha escuchado alguna vez sobre *Mein Kampf*? —contestó Andrea.
—No me refiero a ese. Adolf Hitler publicó otro libro. Se ha especulado mucho sobre el tema que trataba y algunos han vendido manuscritos falsos haciéndolos pasar por ese segundo libro de Hitler. Yo sé dónde está.
La mujer frunció el ceño. Naturalmente que había escuchado sobre la existencia de un segundo manuscrito de Hitler, pero muchos creían que lo había destruido entre sus papeles quemados antes de suicidarse en el bunker de la Cancillería de Berlín.
—*¿Cómo puedes saber dónde se encuentra*? —preguntó Andrea extrañada.
—Lo he descubierto, pero necesito que tú vayas a por él. Que busques *El libro secreto de Hitler* y puedas sacar a la luz los secretos que esconde.

Capítulo 2
El Escorial

San Lorenzo de El Escorial

Andrea agradecía el aire fresco de la tarde. Las malas noticias en casa de Daniel habían logrado levantarle un fuerte dolor de cabeza. Aquel viaje emocionante a España que había imaginado se había esfumado por completo. Su amigo caminaba a su lado sonriente, a pesar de que se fatigaba con facilidad y su espalda encorvada anunciaba que llevaba un gran peso sobre sus hombros, como la sentencia de muerte de un reo que sabe que ya no le queda mucho tiempo.

Caminaron a la sombra de los castaños hasta que después de una curva vieron al fondo el monasterio de El Escorial. Caminaron hasta un mirador y desde allí contemplaron parte de los jardines, un estanque con carpas y los bosques interminables por todos lados.

—¿No es un lugar muy bello? —preguntó Daniel alzando la vista.

—Sí, es muy bello —dijo la chica, que intentaba sonreír, para que su amigo se olvidara un poco de su anterior conversación.

—Pasar mis últimos días aquí es otro regalo más que me ha dado la vida.

—¿No echas de menos Buenos Aires? Dicen que un argentino jamás olvida su tierra —dijo Andrea, aunque no estaba muy segura de ello. Su país había maltratado tanto a sus ciudadanos, que lo normal es que muchos lo odiasen.

—Yo no puedo odiar a mi vieja, no puedo aborrecer a mi carne. Siempre seré bonaerense. Mis abuelos eran italianos, nací en Palermo, pero no me importa morir en El Escorial —dijo Daniel con las manos apoyadas en el muro de piedra.

Los turistas caminaban de un lado al otro, a veces en parejas, otras en grupos grandes. Muchos de ellos eran extranjeros, pero también había españoles. Gritaban, reían, se hacían fotos y comentaban el paisaje y el imponente edificio. A ella todo aquello le parecía tan trivial, ahora que sabía que le quedaba tan poco a Daniel, las cosas superfluas ya no tenían mucho sentido.

—¿Estás cansada? ¿Quieres que regresemos? —preguntó el hombre al percibir el desasosiego de la mujer.

—Me encuentro bien. ¿Podemos entrar? —preguntó Andrea cuando llegaron

en la explanada enfrente del monasterio.
—Sí, están a punto de cerrar al público, pero mi amiga nos dejará pasar.
Los dos se dirigieron a una de las puertas laterales. El ujier comenzó a decirles que estaban a punto de cerrar, pero al reconocer a Daniel los dejó pasar. El profesor se dirigió hasta un grupo de mujeres vestidas con trajes azules, habló con una mujer rubia. La jefa de los guías le sonrió y entraron por una puerta acristalada a un patio de luces.
—No tenemos mucho tiempo. Si te parece bien visitaremos las dependencias del rey y la cripta. No nos dará tiempo a ver la biblioteca y otras salas, pero tal vez podamos regresar mañana —dijo el hombre.
Subieron por una escalinata de piedra y comenzaron a recorrer los salones y habitaciones del monasterio.
—¿Por qué construyó este edificio? —preguntó Andrea. Aquello no se parecía a ningún palacio que hubiera visto antes. La austeridad, sobriedad y simpleza de la decoración le parecían más bien las de un convento que la de la residencia del hombre más poderoso del mundo.
—Los dictadores son megalómanos. Necesitan dejar un legado para la posteridad. En su época fue considerado la octava maravilla del mundo. El edificio ocupa una superficie de más de treinta y tres mil metros cuadrados. Felipe II lo mandó construir tras su victoria contra los franceses en la batalla de San Quintín. El edificio dicen que está justo en el centro de la península Ibérica. Tiene forma de parrilla para honrar la muerte de San Lorenzo, pero sus medidas coinciden con las del Templo de Salomón. Naturalmente el rey Felipe II era un ocultista apasionado, dicen las leyendas que eligieron este lugar porque en él había una cueva que llevaba a la verdadera entrada del infierno. En una de las torres Felipe II tenía un laboratorio gobernado por Francisco Bonilla, un conocido alquimista. Algo parecido le pasaba a Himmler, la mano derecha de Hitler y su obsesión con las reliquias, la reencarnación y la magia negra —dijo Daniel.
—¿Hitler también era aficionado a esas prácticas? —preguntó Andrea.
—Nunca mostró en público su interés por los temas ocultistas, pero se sabe que perteneció a la Sociedad Thule y que de ella extrajo muchas de sus ideas. Aunque nunca me he preocupado mucho de ese aspecto de la vida de Adolf Hitler, para mí es casi más inquietante su ideología política, su capacidad de persuasión a las masas y cómo estas fueron capaces de dar un giro inesperado a la historia —le explicó Daniel.
—Antes me estabas comentando sobre su libro. ¿Cómo lo llamaste? —

preguntó Andrea.
—Lo llamé *El libro secreto de Hitler*. Muchos desconocen de qué trata, aunque se ha especulado con el tema e incluso con su existencia. Lo que contiene podría cambiar el futuro del mundo. Imagina, el legado del mayor dictador de la Historia —comentó Daniel mientras se detenían enfrente de la habitación de Felipe II. El cuarto era muy austero, apenas una cama con dosel, un escritorio, el retrato de la esposa fallecida y un balcón que daba a la basílica, para poder escuchar la misa desde la cama en el caso de sentirse enfermo.
—Todo esto me recuerda a Hitler. Era tan austero como Felipe II —comentó Andrea.
—Bueno, en parte eso es un falso mito. El sueldo de Hitler como canciller ascendía a 29.200 marcos, a lo que había que añadirle más de 18.000 marcos en dietas. El sueldo puede parecer modesto, pero tras la muerte de Hindenburg, Hitler asumió su cargo y sueldo, que ascendía a 37.800 marcos al año más otros 120.000 marcos en dietas. Aunque eso era únicamente una pequeña parte, Hitler poseía además más de 800.000 dólares al cambio actual y más de 6 millones de dólares en bienes inmuebles, obras de arte y otros conceptos. Por no hablar de los derechos de autor que ganó con su primer libro, que vendió hasta 1945 aproximadamente unos 12 millones de ejemplares.
—No podía ni imaginar que había reunido una fortuna tan increíble —comentó Andrea sorprendida.
Pasaron por unas impresionantes puertas de marquetería y se dirigieron al otro lado del palacio.
—Todos sus bienes los gestionaba Max Zimmer, que también se hizo millonario a costa del pueblo alemán y el partido. Zimmer pasó diez años en prisión y falleció de repente en 1957, a pesar de no ser muy mayor. Además, Max Zimmer fue el encargado de gestionar la editorial del Partido Nazi y publicar el primer libro de Hitler. Aunque a su editor nunca le gustó el libro. Él quería que Hitler escribiese una autobiografía, pero la parte personal y familiar apenas ocupan unas páginas en la primera parte del libro. La mayoría del texto se centra en su pensamiento político y sus teorías racistas —le explicó el profesor.
Caminaron hacia la cripta. Aquella era sin duda la parte más singular de todo el conjunto. Las escaleras de mármol marrón y gris parecían dirigirse hacia el mismo infierno. Al menos eso es lo que pensó Andrea al descender por ellas

al lado de Daniel. El profesor bajó con algo de dificultad. Parecía cansado y ponía gestos de dolor a cada paso. Cuando llegaron a la sala circular, con las columnas y dinteles revestidos de pan de oro, los angelotes sujetando las velas y los impresionantes sarcófagos negros, la mujer se quedó boquiabierta.
—Aquí se encuentran la mayoría de los reyes de España. Aunque la muerte se vista con sus mejores galas, no deja de ser simplemente espantosa —comentó Daniel.
Repasaron uno a uno los sarcófagos de mármol, primero el de los reyes y después el de las reinas. Aquellas personas habían sido las más poderosas del mundo, pero ahora lo único que descansaba allí eran algunos huesos secos.
—Este lugar siempre me evoca a los últimos momentos de Hitler en su famoso búnker de Berlín —dijo Daniel.
—¿En el que se suicidó? —preguntó la mujer.
—En el que dicen que se suicidó, pero de eso ya hablaremos en otro momento. El tipo más poderoso de Europa encerrado en un agujero infecto. Deprimido e histérico, mientras Alemania se desmoronaba. Se dice que en su locura se deshizo de todos sus recuerdos. Entre ellos sus documentos. Me refiero a los papeles que Hitler mandó destruir a Gertrud Junge el 30 de abril de 1945. Esta secretaria ayudó a Hitler a escribir su testamento privado y político. Junge logró escapar con vida del *Führerbunker* con un grupo de personas. Hans Baur, el piloto personal de Hitler, el guardaespaldas de Hitler Hans Rattenhuber, la secretaria Gerda Christian, otra secretaria llamada Else Früger, el doctor Ernst-Günther Schenck y su dietista Constanze Manzaiarly. Junge fue detenida por los soviéticos cuando regresó a Berlín.
—*¿La atraparon?*
—Sí, poco a poco todos fueron cayendo en manos de los aliados. La mujer fue interrogada por los rusos, pero en la víspera del Año Nuevo de 1946 enfermó y su madre logró sacarla del territorio dominado por los soviéticos. Los norteamericanos la interrogaron y después pudo vivir tranquilamente en Baviera hasta el año 2002. Logré hablar con ella antes de su muerte y fue la que me facilitó la pista sobre *El libro secreto de Hitler*. Será mejor que salgamos de aquí —dijo Daniel cuando llegó el último grupo de turistas y la guía comenzó a hablar en japonés.
Recorrieron el resto de la cripta, la ampliación realizada por la reina Isabel II, y subieron por la escalera del fondo. Cuando salieron del monasterio aún era de día, pero el calor sofocante de la tarde había remitido al menos un poco.
Subieron por una cuesta empinada hasta llegar a una de las calles principales

del pueblo, se sentaron en una de las terrazas y pidieron unas cervezas. La brisa desde las montañas era muy agradable, en algunos momentos Andrea sentía escalofríos.
—Debiste traer una chaqueta, aquí cuando se pone el sol hace algo de fresco.
—No te preocupes. Es agradable, después del calor que he pasado.
Estuvieron unos momentos en silencio disfrutando del lugar. Las farolas se encendieron y el número de turistas comenzó a reducirse. El pueblo parecía animado por la noche, pero menos saturado que durante la tarde.
—Debes estar agotada. Pedimos algo para comer y nos marchamos para que descanses. ¿Cuándo me comentaste que impartías el taller?
—Pasado mañana.
—Estupendo. Imagino que te levantarás tarde, no te preocupes. Yo duermo poco, pero paso la mayor parte del tiempo en mi despacho. Entre mis papeles y mis libros es donde me siento realmente a gusto. *No sé qué pasará con todos ellos cuando muera. No quiero dejarte la responsabilidad de guardarlos. Aunque he clasificado una parte de mi archivo que podría ayudarte en el futuro.*
—Gracias —dijo Andrea. Le sorprendía hasta qué punto Daniel pensaba en ella y su bienestar.
—Toda la información sobre *El libro secreto de Hitler* te la he enviado en un enlace que he hecho en la nube. Podrás usarlo en cualquier parte del mundo. También te daré algunos documentos en una carpeta. Mañana entraremos en detalles —dijo mientras pedía algo para picar.
Andrea disfrutó de la cena. Era sencilla, pero exquisita. Se había olvidado de lo mucho que le gustaba la comida española. Caminaron hasta la casa a la luz de las farolas. Por la noche San Lorenzo de El Escorial era muy tranquilo. Apenas había coches y los pocos viandantes que paseaban por las avenidas de castaños, conversaban en voz baja o se limitaban a disfrutar del entorno.
Diez minutos más tarde ya se encontraban enfrente de la verja. Daniel abrió una puerta pequeña, recorrieron el jardín en silencio y entraron en la casa.
—Estas son las llaves. Por si quieres salir o entrar, la clave de la alarma es la fecha de tu cumpleaños, la he cambiado para que no te cueste mucho recordarla. Que descanses —dijo Daniel después de darle un beso en la frente.
—Gracias por tu hospitalidad y amistad —dijo Andrea algo emocionada. Al regresar a la mansión, de alguna manera, había recordado la enfermedad de Daniel y el poco tiempo que le quedaba de vida.

—Ha sido un verdadero placer verte de nuevo. Uno de esos regalos inesperados que te da la vida —dijo Daniel con una sonrisa, aunque su rostro reflejaba un cansancio inusual. Era una frase que le gustaba repetir, como si en parte creyera en el destino.

Andrea ascendió despacio por las escaleras. Estaba agotada, pero sobre todo muy desanimada. No le gustaba ver sufrir a las personas que amaba. Unos años antes había tenido que sobrellevar la muerte de su padre, una persona a la que adoraba, y poco después su hermana Claudia se suicidaba por un desamor absurdo. Dos de las personas que más le importaban en el mundo habían fallecido y ahora Daniel estaba muy enfermo. El sentimiento de orfandad la invadió de nuevo, como una herida mal curada. Pensó en lo sola que se sentía en el mundo y tras quitarse la ropa intentó dormir. Se tapó con las sábanas, intentó dejar la mente en blanco, pero no le hizo falta, todo el estrés del viaje, la caminata y las emociones del día terminaron por vencerla.

Capítulo 3
Viejo profesor

San Lorenzo de El Escorial

Los pájaros comenzaron a cantar en el jardín y Andrea comenzó a despertarse. Había tenido un sueño reparador, pero aún se sentía confusa. Se estiró y, tras ponerse un pantalón corto de color rosa y una blusa verde, bajó las escaleras descalza. No encontró a Daniel en la planta baja. Se dirigió directamente a la cocina, miró el reloj y comprobó que eran más de las 11 de la mañana. Miró a un lado y vio unos churros, un chocolate y al lado una nota de su amigo:
«He salido a comprar. Disfruta del desayuno y la casa. No te preocupes por la comida, hoy comemos en casa y por la noche te invito a un asador fantástico que hay en el pueblo. Un abrazo. Daniel».
La mujer calentó el chocolate en el microondas y después se sentó en una de las banquetas de la cocina. Saboreó los churros, le encantaban. Prefería no pensar con cuantos kilos de más regresaría a Argentina.
Después de desayunar decidió explorar la casa. Más tarde subiría para repasar un poco el taller. Lo sabía de memoria, pero después del vuelo, el cambio de horario y las noticias de su amigo, se sentía algo embotada. No le gustaban las sorpresas ni los contratiempos y, desde su llegada, había experimentado muchas emociones. Parecía que su estancia en España no iba a ser ese remanso de paz que esperaba. Temía que más que aclarar sus ideas regresaría aún más confusa a Buenos Aires.
La propuesta de Daniel le había interesado mucho. Publicar *El libro secreto de Hitler* le proporcionaría libertad económica y estabilidad, aunque le asaltaban muchas dudas. ¿Cómo se haría con él? En caso de conseguirlo, ¿qué derechos de autor había sobre la obra de Hitler?
Andrea caminó hasta la puerta del despacho. La abrió ligeramente y encontró justo lo que se esperaba. La sala era muy amplia, casi como el inmenso comedor de la casa. Tenía estanterías hasta el techo, que era muy alto, algo más de seis metros. A mitad de la pared había una rampa que rodeaba toda la habitación, lo que equivalía a una segunda planta de libros. Una escalera de caracol ascendía hasta ella y en un lado se encontraba un amplio escritorio de madera repleto de montañas de papel y libros. De hecho, las carpetas y los

libros se acumulaban por el suelo, dejando únicamente un estrecho pasillo hasta la mesa, la escalera y un sillón junto a la ventana.
—¡Dios mío! —exclamó la mujer al ver todo aquel desorden. No entendía cómo su amigo podía encontrar algo entre las pilas de libros y papeles que ocupaban suelo y paredes.
Ojeó algunos de los que estaban en la parte de arriba. La mayoría era de historia de la Segunda Guerra Mundial. Los había en casi todos los idiomas a excepción del chino, árabe y el japonés, las únicas lenguas que Daniel no dominaba. Muchas de las carpetas contenían documentos originales de las SS, la KGB y otros organismos oficiales.
Después se dirigió a las estanterías. Una de las paredes estaba dedicada completamente a Adolf Hitler. Biografías, colecciones de documentos y hasta algunos ejemplares personales de la biblioteca del líder nazi. Andrea sabía que su amigo estaba obsesionado con Hitler, pero no hasta ese punto. Siempre le había interesado el Tercer Reich, incluso cuando era profesor en Buenos Aires, pero en los últimos años se había convertido en el centro de todos sus estudios.
Andrea recordaba que Daniel había llegado a aficionarse por los nazis a raíz de sus conexiones con el peronismo y más tarde, al descubrir la estrecha red de relaciones entre los nazis y las dictaduras latinoamericanas.
Ella tomó uno de los libros y lo ojeó, después lo devolvió a la estantería y se dirigió a la escalera. Ascendió a la segunda planta. Comenzó a caminar por la rampa observando las secciones. Curiosamente los libros de aquella zona eran mucho más antiguos, la mayoría libros originales, como varias versiones del libro *Mi Lucha* de Hitler. Tomó una edición en español publicada en Argentina en los años treinta, se sentó en un peldaño de la escalera y comenzó a leer. Hasta aquel día no había tenido especial interés por la obra escrita de Hitler, pero si se iba a sumergir en la búsqueda del segundo libro del dictador, necesitaba saber de qué trataba el primero.
Escuchó un ruido en la ventana, se giró y vio una figura que parecía moverse por el jardín. Dio un respingo, se puso de pie y se pegó a la pared justo encima del gran ventanal. Desde ese punto nadie podía observarla.
Un nuevo ruido la sobresaltó, parecía como si alguien estuviera intentando abrir la ventana desde fuera.
No sabía qué hacer. No llevaba el teléfono encima, pero si se quedaba quieta el merodeador entraría en la casa. Hizo algo de ruido, para intentar espantar al ladrón. Tiró un par de libros y después corrió escaleras abajo. Una vez en la

planta inferior miró por la ventana, una sombra pareció esconderse tras los árboles. Ella corrió hacia el recibidor, subió las escaleras de dos en dos y se dirigió a su cuarto. Tomó el teléfono y llamó a su amigo.
Escuchó el timbre de las llamadas en la planta baja. ¿Daniel se había olvidado el teléfono en casa?, pensó mientras se dirigía de nuevo al recibidor, colgó el teléfono y comenzó a marcar el número de emergencias. Estaba a punto de dar al botón verde, cuando vio a su amigo en la puerta con unas bolsas. Estaba completamente fatigado, pero al levantar la vista y verla en la parte alta de las escaleras, esbozó una sonrisa.
Andrea bajó las escaleras corriendo y se abrazó a él. El hombre frunció el ceño confuso.
—¿Qué sucede? Únicamente fui a comprar algo de comida. La verdad es que podía encargarlo al supermercado, pero así me obligo a salir. Puedo pasarme días encerrado en casa sin pisar la calle. La verdad que en este pequeño paraíso tengo todo lo que necesito.
—Me he asustado. Estaba husmeando un poco en la biblioteca y vi algo que se movía fuera. Pensé que intentaban entrar en la casa.
—Eso es absurdo —dijo el hombre cerrando la puerta a su espalda.
—Aquí tienes cosas muy valiosas. ¿Es que en España la gente no roba? —preguntó ella extrañada.
—Sí, claro que roban, pero no a plena luz del día y con gente en la casa. Tengo la alarma desactivada, pero siempre la pongo por la noche.
—De todas formas, he visto algo en el jardín. ¿No será mejor que llamemos a la policía? —preguntó Andrea inquieta.
—La Guardia Civil no puede hacer nada. Si había alguien merodeando ya se habrá marchado al escuchar el coche. Estate tranquila. He traído algo de pescado para comer. Si esta noche vamos al restaurante asador es mejor que comamos algo más suave —dijo el hombre dirigiéndose a la cocina.
Andrea intentó quitarle las bolsas, para que no fuera tan cargado, pero él se resistió.
—No estoy tan mal, querida. Aún me quedan unas pocas fuerzas. Espero aprovechar al máximo el día que tenemos juntos. Mañana estarás liada con el taller y me imagino que los dos últimos días preferirás pasarlos en Madrid. Aunque por mí puedes quedarte en casa hasta que quieras.
—Gracias —dijo con un gesto indeciso. Había planeado pasar las dos últimas noches en algún hotel en el centro de la ciudad, pero ahora que sabía lo enfermo que estaba Daniel, ya no quería separarse de él mientras estuviera en

España.
—Esa cara lo dice todo. Piensas que no puedes dejar solo a este pobre enfermo. No seas tonta. ¿Cuántas veces puedes viajar a España? Vamos a preparar la comida y te explicaré mi plan —dijo el hombre soltando las bolsas.
Daniel preparó una salsa exquisita y el pescado suave y delicioso le supo a gloria. Comieron en un pequeño porche que daba al salón principal. Los árboles refrescaban con su sombra y el césped humedecía algo el ambiente. Cuando terminaron el pescado, Daniel se levantó y regresó con una apetitosa tarta de queso y frambuesa.
—No sabía que cocinaras tan bien. ¿Cuándo has aprendido? —preguntó Andrea mientras devoraba el postre.
Daniel sonrió, sus ojos se iluminaron y con una cara picarona dijo:
—Lo cierto es que hay muchas cosas que no conoces de mí. Mi difunta mujer me reeducó. Era un tipo algo machista, inútil para las cosas de la casa. Lo único que me importaba eran mis libros, el fútbol y salir algunas veces con mis viejos colegas, pero Margarita me hizo cambiar por completo, como cuando le das la vuelta a un calcetín. Ya sabes que yo me crié en un barrio humilde, en Palermo. Mis padres eran dos personas obreras, tenían una tiendita en el barrio que vendía de todo, mis abuelos habían venido del Piamonte con una mano delante y otra detrás. Huyeron de Italia por problemas económicos, pero también políticos. Militaban en el partido comunista, aunque mi abuela, paradojas de la vida, era muy católica. Lograron que estudiara en el colegio de los jesuitas, eso no era nada fácil en aquella época, pero como sacaba muy buenas notas, los padres debieron pensar que me haría un miembro de la Compañía. Aunque siempre he admirado su brillantez, odio su capacidad para retorcer las cosas y manipular a la gente. Estudié en la UBA (Universidad de Buenos Aires), justo estaba cursando segundo cuando se produjo el golpe del 76. María Estela Martínez de Perón no era una lumbreras, pero lo que hizo esa junta militar no tuvo nombre. Hemos tenido muchas dictaduras en Argentina, pero como aquella ninguna. Torpedearon a toda una generación, mataron a miles de personas, secuestraron bebés. Yo me libré por los pelos —dijo Daniel.
—¿Por los pelos? Esa historia nunca me las has contado.
—Para contarla como Dios manda antes hay que tomar un buen mate —dijo mientras se ponía en pie para prepararlos.
Mientras regresaba Andrea encendió un cigarro y lo disfrutó a la vez que

notaba cómo le invadía el sopor de la digestión.
Daniel le pasó el mate y comenzó a relatar su historia.
—Bueno, ya te conté que estaba estudiando en la UBA, aquello era un verdadero enjambre de agitación social. Eran los setenta, querida, nada que ver con tu época.
—La universidad siempre ha estado politizada —se quejó Andrea. Sabía que la generación anterior siempre presumía de más revolucionaria y luchadora que la suya. La única diferencia real era que les había tocado vivir diferentes épocas de la historia de Argentina.
—La cosa es que uno de mis amigos, «El rubio», tenía un padre policía. Cuando comenzó a desaparecer gente mi padre me dijo que me fuera una temporada para Córdoba, allí teníamos familia y las cosas parecían algo más calmadas. Le hice caso, pero regresé poco después. Más tarde mis padres me pagaron un avión y me vine a España. Aquí la democracia estaba aún comenzando a andar, pero bueno, por alguna razón este país me atraía más que Italia. Sería el idioma. Cuando regresé cinco años más tarde, me encontré con mi amigo y su padre. Ya no llevaba el pelo largo, se había metido a policía, como su viejo. El padre me paró y me dijo a bocajarro: «Danielito, qué bien te veo. El aire de España te sentó muy bien. Menos mal que te marchaste. Una vez te quité de la lista de los que tenían que desaparecer, pero no lo hubiera podido hacer en una segunda ocasión».
—Increíble —dijo Andrea.
—A veces esquivamos a la muerte, aunque creo que en mi caso tendré que enfrentarme dentro de poco a la temida dama —dijo Daniel.
—No hable así —contestó algo nerviosa Andrea.
El hombre suspiró, después tomó algo más de mate y dijo:
—Voy a echar de menos muchas cosas. Aunque puede que al final de la vida haya algo y todo. Como decía Heinrich Heine: «Dios me perdonará: es su oficio».
—Tú siempre apostando a la última carta —dijo la mujer.
—Bueno, será mejor que te explique mi plan. Al menos que no te interese buscar el libro —dijo Daniel muy serio, aunque no había llegado a plantearse esa posibilidad.
Andrea sonrió. Era su manera de decirle que naturalmente estaba interesada, aunque después frunció el ceño y dijo:
—Aunque tú eres el que ha descubierto todo. Pondré tu nombre en la investigación y yo únicamente apareceré como coautora.

—Gracias, Andrea. Pero a estas alturas de la vida y con un pie en la tumba, el reconocimiento y el prestigio me importan bien poco. Lo único que deseo es que el mundo sepa la verdad. Durante más de setenta años, la historia de la Segunda Guerra Mundial se ha construido sobre muchas mentiras. Se han ocultado demasiadas cosas, sobre todo de los últimos días del Tercer Reich, la utilización y ayuda que se hizo de los nazis, por no hablar sobre Adolf Hitler, su muerte y desaparición de escena.

Andrea acercó su silla a la del profesor, pues no quería perderse nada de lo que tenía que contarle.

—No sé si conoces la historia de un libro aparecido en inglés en 1962, se cree que robado y traducido del alemán. Sus primeros editores comentaron que había sido escrito por Adolf Hitler en 1928, unos cuatro años después de que Hitler publicara el primero. Lo descubrió el historiador Weinberg mientras investigaba en el archivo que los Estados Unidos habían incautado a los nazis. Estaba investigando para su libro *Un mundo en armas*. El libro fue publicado poco después con algunas notas del historiador. Yo creo que ese no es el verdadero libro de Hitler —dijo Daniel.

—¿Por qué piensas eso?

—Bueno, el libro salió avalado por el empleado de la editorial nazi Eher Verlag, un tal Josef Berg y por Telford Taylor, un general de brigada que participó en los juicios de Núremberg. Al parecer lo encontraron en un refugio antiaéreo, donde había estado oculto desde 1935. Esto es absurdo. Adolf Hitler nunca se habría separado de su querido manuscrito. Nunca lo hizo con ninguno de sus papeles importantes. Los llevó de un lado al otro hasta el búnker, donde supuestamente murió. El segundo libro debía haber estado con él allí. Hitler, como te comenté, mandó quemar casi todos sus papeles días antes de suicidarse, menos el testamento privado y público, pero creo que no quemó su segundo manuscrito.

—¿Cómo sabes que no lo hizo? Puede que ni siquiera escribiera un segundo libro —dijo Andrea.

Daniel se recostó sobre la silla. Cerró los ojos como si estuviera concentrándose y comenzó a decir:

—El año 1928 fue muy duro para Hitler. Es cierto que había logrado regresar a la política y tomar las riendas de su partido tras salir de la cárcel, pero el NSDAP tuvo un resultado mediocre en las elecciones del Reichstag en 1928. Hitler pensaba que el problema había sido que el pueblo alemán no había comprendido su mensaje, por eso se retiró a Múnich, que siempre había sido

su refugio. En aquella época depresiva Hitler escribió un segundo libro centrado, supuestamente, en la política internacional que emprendería tras su llegada al poder. En él narraba cómo sería el dominio del mundo tras la batalla final entre los Estados Unidos y los aliados de la Gran Alemania y el Imperio británico. Al parecer se hicieron dos copias del manuscrito original. ¿Lo entiendes? Se hicieron dos copias, lo que explicaría que una de ellas fuera destruida en el búnker, pero quedaba otra. El libro tenía unas doscientas páginas. Hitler se lo entregó a la editorial y Max Amann le dijo a Hitler que las ventas de su primer libro no eran muy buenas, y que si sacaba otro tan rápidamente eso podría perjudicar al primero. El manuscrito fue guardado, pero ¿por quién?

—Por Max Amann —dijo ella.

—Exacto. Max Amann guardó una copia. Lo que encontraron y publicaron en los años sesenta era un primer borrador incompleto de doscientas páginas. La versión final tenía más de cuatrocientas y la conservó Max Amann.

—Sí, pero nunca salió a la luz el manuscrito —dijo Andrea.

—Max Amann murió en extrañas circunstancias en 1957. Alguien descubrió que para paliar su pobreza el antiguo editor de Hitler estaba negociando su publicación, por eso fueron a su casa y robaron el manuscrito y, posiblemente lo asesinaron —dijo el profesor.

—¿Tan valioso era? Poco después salió publicado y no sucedió nada —comentó Andrea.

—El resumen que salió no contenía las partes más importantes y algunas personas no querían que se descubrieran. Su contenido podía afectar a ciertos intereses en el mundo. ¿Comprendes? —preguntó Daniel muy serio.

—No lo entiendo —dijo Andrea. No seguía por donde podía ir su profesor.

—Puede que Hitler desapareciera, pero quedaron millones de nazis dispuestos a continuar con sus planes. En el libro había una serie de guías para preparar el mundo con el que Hitler soñaba. Por eso el descubrimiento y publicación del libro es mucho más que un simple hallazgo académico. Es sobre todo una forma de desvelar esos planes e impedir que se cumplan —comentó Daniel.

—Pero ¿eso puede ser peligroso? Imagino que muchas personas estarán intentando que el manuscrito no salga a la luz. Si mataron a Max Amann, pueden volver a hacerlo. Además, si se lo robaron en 1957, ¿cómo se lo quitaremos nosotros a ellos?

—Por eso quería hablarte de la carta. Me llegó hace unos meses. Después recibí una visita incómoda. Un tal Karl Schmundt, venía de Bolivia y me

amenazó con matarme si seguía investigado sobre *El libro secreto de Hitler*.
Andrea comenzó a sudar. El bochorno era casi insoportable a esa hora, pero lo que realmente le hacía sudar era la historia de su amigo. ¿No pretendería que se enfrentara a un grupo de nazis para encontrar un libro? No se consideraba ninguna heroína.
—No te asustes. Está todo previsto. Únicamente tienes que hacer un viaje, recuperar el libro, llevarlo a un editor con el que hace tiempo tengo relación o la persona que tú creas más conveniente, escribir las notas y la introducción, después convocar una rueda de prensa y dejar que el libro haga el resto. Una vez que esté publicado ya nadie te hará nada, serás intocable.
—Suena muy peligroso —dijo Andrea, atreviéndose a expresar sus pensamientos.
—Lo es, pero desde que entraste en esta casa ya te expusiste a ellos, la gente que quiere hacerse con el libro no te dejará en paz, aunque no quieras ir en su búsqueda —dijo Daniel.
—Entonces, tu invitación era una especie de trampa. Ahora ya no me queda más remedio que buscar el maldito libro —comentó Andrea confusa.
—No me malinterpretes. He hecho todo esto para favorecerte, yo moriré pronto, pero tú podrás cambiar el curso del mundo y de la historia.
—¿Por qué no me lo preguntaste antes? Tal vez podía haber dado mi opinión.
—Siempre te quejas de tu trabajo. Crees que todo es mediocre, estás cansada de tu vida y te ofrezco la oportunidad de cambiarlo todo…
Andrea se puso de pie llorando y se dirigió a su habitación. Tomó el pasaporte y el bolso. Después se puso unas sandalias y salió de la casa. Necesitaba aclarar sus ideas. No podía creer que su mejor amigo la hubiera metido en aquella encerrona. ¿Acaso se había vuelto loco? Una cosa era proponerle un trabajo y otra muy distinta lanzarla en brazos de unos locos fanáticos en busca de un libro de Hitler.
Cuando llegó al recibidor se encontró de cara con Daniel.
—No te marches así —dijo el hombre intentando retenerla.
Andrea lo apartó y abrió la puerta, cruzó el jardín y salió a la calle. No sabía a dónde ir. Simplemente quería alejarse, poner en claro sus ideas. Tal vez sería mejor que se marchara al día siguiente, buscara algún hotel en Madrid y se olvidara de Daniel. Mientras caminaba por las calles del pueblo vio un sendero entre árboles, entró y comenzó a caminar sin rumbo. Mientras el sol comenzaba a menguar y el calor parecía remitir por fin, Andrea siguió escapando de sí misma, de una vida mediocre que no deseaba y de su propia

cobardía. ¿Qué clase de periodista era? Daniel al menos supo enfrentarse a todo lo que odiaba, pero ella escapaba una vez más, incapaz de luchar por descubrir la verdad y convertirse por fin en la periodista que tantas veces había imaginado.

Capítulo 4
La carta

San Lorenzo de El Escorial

No sabía cuánto tiempo había caminado. Después del sendero siguió un camino que indicaba la famosa Silla de Felipe II, continuó el sendero hasta la cima de una montaña. En un lado había un pequeño chiringuito donde la gente tomaba algo y al otro unas rocas a las que la gente se subía, para contemplar el paisaje. Llegó hasta ellas y vio una silla labrada en la roca. Se sentó en ella y contempló el monasterio de El Escorial a lo lejos. Aún era de día, pero el sol comenzaba a ocultarse a su espalda. Se quedó observando el increíble paisaje, con la mirada perdida en el infinito. Estaba cansada, pero al menos la caminata le había servido para reflexionar. Regresaría a casa de su amigo, cenaría con él y al día siguiente, tras dar su taller, se iría a Madrid. Imaginaba que los supuestos nazis que buscaban el libro la perseguirían un tiempo, pero al comprobar que no lo buscaba, la dejarían en paz.

Bajó de las rocas y se dirigió de nuevo al sendero. Cuando estaba a mitad de camino la oscuridad era casi total. Encendió la linterna del móvil e intentó descender el monte sin tropezar. Estaba maldiciendo su suerte cuando una moto BMW tronó a sus espaldas. Después la pasó y se detuvo unos pocos metros más adelante.

—Creo que necesitas ayuda —dijo un hombre de unos cuarenta años con el pelo canoso en las sienes, después de quitarse el casco.

—No, gracias. Creo que puedo apañármelas.

—Quedan un par de kilómetros de pendientes y otros tres hasta el pueblo. En la Sierra de Madrid no hay leones, pero un jabalí puede darte un buen susto —dijo el hombre.

Andrea se lo pensó dos veces. No era buena idea montarse en la moto de un desconocido, pero tampoco lo era caminar por medio de un bosque en mitad de la noche. Al menos no era un coche. En cuanto se parara podía saltar y salir corriendo. Su lado más argentino le decía que no era muy inteligente irse con el hombre, pero desde cuándo un argentino hacía caso a su sentido común.

—*¿Dónde te diriges?*

—Lo cierto es que vivo en Madrid, pero puedo acercarte a San Lorenzo de El

Escorial, estoy hospedado en un hotel unos días. He venido a los cursos que organiza la Universidad Complutense. Imagino que vienes de allí. Es el pueblo más cercano.
Andrea iluminó de nuevo el rostro del hombre. Era castaño, con esas canas que le daban un aire tan maduro, complexión atlética y ojos verdes. No dijo nada de que daba uno de los talleres, no lo conocía lo suficiente para darle detalles de su vida privada.
—Está bien. Te lo agradezco —dijo ella.
—Tu acento parece…
—Argentino. Soy de Buenos Aires —comentó la mujer mientras se subía a la parte trasera de la moto.
—Nunca he estado, pero he oído que es un lugar muy hermoso —dijo el motorista.
—Una ciudad a la que amas u odias sin remedio —contestó Andrea, justo antes de que el fuerte zumbido de la moto amortiguara su voz.
El motorista aceleró y bajó por la carretera serpenteante a toda velocidad. Salieron a la vía principal, subieron por una larga pendiente y atravesaron un camino boscoso, después aparecieron las primeras casas hasta que se aproximaron al centro del pueblo.
Andrea por unos momentos olvidó todo lo que le había sucedido. Respiró hondo y dejó que el viento fresco le despejara la mente. Cuando el hombre se detuvo justo en frente del monasterio de El Escorial, la mujer se separó de su cuerpo y por primera vez esbozó una sonrisa.
—Muchas gracias. Tal vez nos volvamos a ver —le dijo ella.
—Sería un placer —contestó él.
—*¿A qué curso vas mañana?* —preguntó Andrea.
—*¿Curso? Al de ética y periodismo impartido por Andrea* Zimmer.
La mujer no pudo evitar una cara de sorpresa. Dudó por un instante, pero al final le comentó.
—Me han dicho que es muy buena. A lo mejor nos vemos allí.
Andrea le devolvió el casco al hombre tras bajarse de la moto. Él lo guardó en el compartimento del asiento.
—Bueno, ha sido un placer —dijo el hombre con una sonrisa.
Andrea le devolvió la sonrisa y comenzó a caminar en dirección a la casa de su amigo. Había recuperado en parte el sosiego, pero continuaba sintiéndose muy confusa. Empujó la verja con su llave, entró en el jardín y caminó medio a oscuras hasta la entrada de la casa. Abrió la puerta y esperó ver algo de luz en

el salón o el estudio, pero todo estaba en silencio. Dio al interruptor del recibidor y caminó hasta el despacho de su amigo. No se veía a nadie, después buscó por el salón y el resto de la planta baja, pero sin éxito. Subió a la segunda planta y entró en la habitación. Sobre la cama había un sobre. Dudó por unos instantes, pero al final lo tomó. Su nombre estaba escrito fuera. Lo rasgó con los dedos y vio una nota manuscrita, una breve carta y un *pendrive.*
«Siento mucho lo ocurrido. He pensado que es mejor que estés sola esta noche. No quiero importunarte más con mis propuestas. Lo lamento mucho». Daniel.
Miró la carta. No era muy larga, apenas una cara escrita en letra apresurada y un pendrive en forma de mechero.

Estimada Andrea,
Sé que no estás interesada en este asunto, pero tal vez cuando regreses a Argentina tengas las ideas más claras o cambies de opinión.
Dentro del *pendrive* hay algunos informes sobre el asunto, también el acceso a una nube en la que se encuentra la información más delicada. He abierto una cuenta a tu nombre de la que puedes disponer, en el *pendrive* tienes claves electrónicas y acceso. En la nube también te he subido billetes de avión, reservas de hoteles y algunas cartas de presentación.
Bueno, ha sido un placer volver a verte por última vez.
Tu querido amigo.
Daniel.

Ella se quedó con la carta entre los dedos y la sensación de que había sido demasiado injusta con su amigo. Miró el *pendrive* en forma de encendedor, pensó en tirarlo a la papelera, pero al final lo guardó en el pantalón que se iba a poner el día siguiente. Tiró la carta y la nota. Después se cambió de ropa y se preparó un baño relajante.
Mientras la bañera se llenaba de agua miró sus correos electrónicos, los mensajes del teléfono y sacó de la maleta la charla que tenía que dar al día siguiente.
Entró en el baño. El vapor lo invadía todo. La espuma casi rebosaba de la inmensa bañera blanca. Se quitó la ropa, se metió en el agua caliente y dejó que le invadiera un tranquilo y paulatino sopor.
Tras unos minutos de relax, comenzó a pensar de nuevo en el ofrecimiento de su amigo. Aquella parecía la oportunidad de su vida. Nunca se había

considerado una valiente, pero debía intentarlo al menos, se dijo mientras su cuerpo comenzaba a perder fuerza y su mente a relajarse por fin.

Una hora más tarde salió del baño, se secó el cuerpo ligeramente y se dirigió a la cama. Se vistió con un ligero camisón y se tumbó. Se puso a repasar las notas para el taller, pero su mente acudía una y otra vez a la propuesta de su amigo.

Dejó a un lado sus papeles y sacó su *tablet*, la conectó al wifi de la casa y comenzó a buscar temas relacionados con la vida de Hitler, su primer libro y el segundo supuesto libro. Después conectó el *pendrive* y miró los informes por encima. Estaba tan cansada que se quedó dormida con la *tablet* en la mano y las gafas puestas.

Capítulo 5
Propuesta

San Lorenzo de El Escorial

Al escuchar el despertador se levantó sobresaltada. Aquella noche había dormido tan profundamente, que por un instante no supo ni en dónde se encontraba. Miró a su alrededor y observó la luz que se introducía por los huecos de la persiana. Tomó su móvil y miró horrorizada la hora. Era tardísimo, apenas quedaba media hora para su ponencia y tenía que vestirse, repasar y correr al edificio donde la Universidad Complutense impartía los cursos de verano. Aún le rondaba por la cabeza si aceptar o no la propuesta de su amigo Daniel, pero no tenía tiempo para pensarlo.

Sacó la ropa del armario, se vistió a toda velocidad y corrió hacia el baño, se recogió su pelo rojizo en un moño, se maquilló rápidamente y salió hacia la habitación. Tomó el maletín de cuero marrón con su *tablet* y el manuscrito de su ponencia y se dirigió a la salida. Atravesó el jardín a grandes zancadas, después con los zapatos de tacón intentó correr sobre los adoquines sin torcerse un tobillo, quince minutos más tarde se encontraba jadeante en la puerta del edificio.

La gente se agolpaba en aquel momento en la puerta, se veían cámaras de varios medios de comunicación y unos guardias de seguridad.

—Hola, soy la ponente Andrea Zimmer, tengo que impartir un taller…

—Por favor, ¿puede enseñarme sus documentos? —preguntó el guardia jurado indiferente a su cara de angustia.

Andrea buscó sus papeles en el maletín y tardó unos segundos en dar con el pasaporte, que relucía nuevo y brillante.

—Está bien señora Zimmer. Tiene que pedir una acreditación en recepción, después subir a la primera planta. Es la sala del fondo —comentó el guardia jurado con indiferencia.

Corrió desesperada hasta el mostrador. Una larga fila de quince personas esperaba delante de una chica joven vestida con un uniforme azul y una camisa blanca.

—¡Disculpen! —dijo Andrea saltándose toda la fila.

—No se cuele —dijo una mujer rubia con gafas de pasta.

—Señorita, tengo que dar una ponencia —comentó Andrea.
La azafata frunció el ceño al ver que se acercaba.
—Disculpe, soy Andrea Zimmer —dijo jadeante.
—¿No ha visto la fila? —le preguntó la chica señalando a su espalda.
—Soy una ponente, mi taller comienza dentro de cinco minutos —dijo desesperada Andrea.
—¿Por qué no vino antes? —le recriminó la azafata.
La mujer respiró hondo, no quería alterarse cinco minutos antes de su ponencia. Sabía que necesitaba toda su energía para hablar.
—Por favor ¿me puede dar la acreditación?
La joven la miró con desdén, después le pidió los datos y no volvió a dirigirle la mirada el resto del tiempo.
—¿Qué taller imparte?
—Ética y periodismo —dijo Andrea.
—Bonito ejemplo ético está dando —le recriminó de nuevo la mujer rubia.
Andrea respiró hondo y cerró los ojos, no tenía que tentar al Karma. En la vida, según pensaba, siempre se recibía lo que se daba.
—Espere a que se imprima. Después diríjase a la primera planta, es la sala del fondo.
—Gracias —dijo apartándose a un lado.
La mujer rubia la empujó a un lado y le gritó en plena cara:
—Malditos sudamericanos, vienen aquí saltándose todas las normas.
Aquello fue la gota que colmó el vaso. Andrea se giró todo colorada y le dijo:
—¡Maldita rubia nazi! ¡Ya le he dicho que tengo que dar un taller! ¡Puede meterse sus comentarios xenófobos y racistas por donde le quepan!
La rubia comenzó a gritar como una loca pidiendo que fueran los de seguridad, pero cuando la acreditación salió por la impresora, la atrapó entre los dedos, tomó una cinta y una funda para colocársela y corrió escaleras arriba. De fondo se escuchaban los bramidos de la mujer, pero no le prestó la menor atención.
Cuando llegó a la puerta de la sala vio colgado en un cartel su nombre y los datos del taller. Entró, apenas había unas cinco o seis personas. Aquello fue el golpe de gracia. Después de recorrer medio mundo y de que su amigo Daniel la metiera en un verdadero lío con sus investigaciones nazis, ahora resultaba que nadie había ido al taller.
Entró cabizbaja, se dirigió a la pequeña plataforma y dejó su maletín sobre la mesa. Un técnico se le acercó y le colocó un micro, después una mujer mayor

que ella, con una carpeta en la mano, se aproximó.
—¿Usted es Andrea Zimmer?
—Sí.
—Lo lamento, esta no es su sala, se encuentra en una planta más arriba. Yo voy a presentarla. He intentado decírselo, pero corría tan rápido que me ha sido imposible alcanzarla.
—Lo siento —contestó Andrea ruborizándose.
Caminaron hacia la salida y subieron otro tramo de escaleras. Siguieron por un largo pasillo y llegaron a una sala inmensa en forma de anfiteatro. En la parte de arriba se veían varias cámaras de televisión. La sala estaba completamente llena, más de un millar de jóvenes esperaban sentados mientras las dos mujeres descendían por la escalinata.
Bajaron hasta un estrado en forma de semicírculo, cuando Andrea se giró y vio la multitud, notó cómo se le aceleraba el corazón.
—¿Se encuentra bien? —preguntó la mujer, al ver su cara roja.
—Ha sido la carrera, creo que debería hacer más ejercicio —dijo Andrea, intentando recuperar el control.
Se sentaron en una larga mesa, al lado había un estrado transparente, de metacrilato. La mujer encendió el micrófono de la mesa.
—Buenos días. Bienvenidos en nombre de los Cursos de Verano de la Universidad Complutense. Es para mí un gran honor presentarles a una mujer que lleva más de una década escribiendo en diferentes publicaciones españolas y argentinas. Andrea Zimmer ha dedicado todo este tiempo a tratar temas políticos en profundidad sin descuidar la ética y la imparcialidad. En el mundo en el que vivimos, cada vez es más difícil encontrar profesionales que no se conviertan en mercenarios de los poderosos o se inclinen hacia una ideología determinada. Andrea Zimmer siempre ha sido fiel a sus principios. Sus artículos sobre políticos en Hispanoamérica y España siempre han guardado una gran profesionalidad y han recibido numerosos premios. Por eso es un honor que hoy pueda estar con todos nosotros. Recibámosla con un fuerte aplauso.
Andrea se levantó indecisa, después miró a la otra mujer, que le indicó que se aproximara al atril.
Andrea recorrió con su mirada las primeras filas y después la levantó, abarcando toda la sala.
—Josep Pulitzer dijo que «el poder para moldear el futuro de una República estará en manos del periodismo de las generaciones futuras». Esa es nuestra

fuerza y también nuestra debilidad. El poder siempre es atrayente, nos corteja y seduce hasta convencernos que no hay nadie mejor que nosotros para ejercerlo, nos persuade de que somos imprescindibles, que nada pasará si nosotros no actuamos. Pero ¿es el deber del periodista contar la verdad o cambiar la verdad? Sin duda, nuestro deber es contar la verdad. La prensa no debe crear opinión, ante todo debe dar información. La opinión tienen que formarla los ciudadanos. No podemos tutelarlos, por muy tentador que nos parezca. Lo contrario de informar es adoctrinar. No estamos aquí para salvar al mundo, nuestra misión principal es darle las herramientas para que se comprenda a sí mismo y sea capaz de cambiar aquellas cosas que le son dañinas. En cierto sentido somos como las mitocondrias, somos la energía que mueve la democracia y la libertad, pero no somos la democracia ni la libertad —dijo sin apenas levantar la vista. Poco a poco notaba que su cuerpo iba relajándose. Cuando observó de nuevo a la gente se dio cuenta de que todo el mundo estaba en silencio y la miraba atentamente.

—Puede que os sorprenda, pero para ejercer el periodismo, ante todo, hay que ser buenos seres humanos. Las malas personas no pueden ser buenos periodistas. Si se es una buena persona se puede intentar comprender a los demás, sus intenciones, su fe, sus intereses, sus dificultades, sus tragedias. Estas no son palabras mías, son de Ryszard Kapuscinski, el famoso periodista bielorruso. En la actualidad ser una buena persona parece una extravagancia; la virtud se considera un valor decadente y la decencia una especie de cinismo. Tenemos que recuperar la moral, puede que a muchos les irrite hasta el sonido de la palabra. Moral siempre se interpreta como un asunto religioso, pero es esencialmente distinguir entre el bien y el mal. Cuando lo hayamos logrado, lo único que nos faltará será cruzar esa puerta. El escritor Azorín siempre contaba la siguiente anécdota: «¿Por dónde ha entrado usted? Por la puerta. ¿Sabe usted que no se puede pasar? He pasado. ¿Quién es usted? Un periodista».

Se escuchó una carcajada general y Andrea levantó las manos como si estuviera dirigiendo una orquesta, que por fin había llegado a la armonía perfecta y dijo:

—Gabriel García Márquez siempre decía que la ética debe acompañar siempre al periodismo, como el zumbido al moscardón. Mientras lo escuchemos es que todo está bien, el día que cese, nuestra ética se habrá quedado muda. Gracias.

Toda la sala comenzó a aplaudir. Andrea se retiró un par de pasos y la gente se

puso en pie para continuar aplaudiendo. Luego se dirigió a la mesa y se sentó.
—Ha sido un verdadero placer escuchar a Andrea Zimmer darnos esta magnífica lección de ética y periodismo. Una mujer que siempre se ha enfrentado todos los retos que la vida le ha puesto por delante, sin temor a las consecuencias. Muchas gracias por venir desde vuestra amada y lejana Argentina.
Andrea se puso en pie cuando se dio por terminado el taller. Varios estudiantes se acercaron a ella, después periodistas de diferentes medios. Cuando todo terminó al fin, la sala estaba casi vacía.
Tomó su maletín y comenzó a ascender por la escalinata. Se sentía eufórica después de su gran triunfo. Estaba a punto de llegar a la puerta cuando escuchó una voz a su espalda.
—Me ha gustado mucho.
La voz le era muy familiar.
—No sabía que vendrías.
—Tal vez ha sido un atrevimiento por mi parte, pero no quería perdérmelo —dijo el hombre.
—Ni siquiera nos presentamos formalmente. Mi nombre es Andrea —dijo ella.
—Eso ya lo sé. Yo soy Marco Zebasco —dijo el hombre dándole dos besos.
—Estoy agotada —dijo sin dejar de sonreír.
—¿Quieres que te acerque a casa? —preguntó Marco.
—Será mejor que tomemos unas cervezas, tengo la garganta seca y después comeremos algo —propuso Andrea, sorprendida de su propia soltura.
—Tú mandas —contestó el hombre, le ofreció el brazo y los dos salieron de la sala. Abandonaron el edificio y se dirigieron en moto al centro del pueblo. Buscaron una terraza a la sombra y pidieron algo de beber.
—¿Por qué venías a los cursos? —preguntó Andrea intrigada.
—¿Me ves demasiado viejo para ser un estudiante? —dijo el hombre irónicamente.
—No, me refería al no ser de la zona…
Marco tomó la cerveza y le dio un buen trago, después la miró directamente a los ojos. Sus grandes ojos parecían tan profundos, que Andrea se los quedó un buen rato mirando.
—Llevo toda la vida viajando, he recorrido varios países como fotógrafo profesional, sobre todo en países en conflictos, pero ya no me apasiona tanto mi oficio. Quería establecerme y dedicarme a escribir.

—¿A escribir?
—Sí, novelas. Me han dicho que ahora un buen escritor puede hacer mucho dinero vendiendo novelas en internet —comentó el hombre.
—Que yo sepa, los escritores nunca se hacen ricos.
—Yo no pretendo hacerme rico. Simplemente vivir bien, poder hacer mis viajes cuando me apetezca. Una vida de aventura, pero con cierto colchón económico —dijo Marco.
—Te deseo mucha suerte —dijo Andrea proponiéndole un brindis.
—Gracias, lo mismo digo.
Los dos tomaron un par de cervezas más, después algunas tapas y cuando el calor apretaba, Marco se ofreció para acercarla a la casa.
—Gracias, pero tengo que irme dentro de una hora. Tomo un tren para Madrid, voy a ver a unos amigos allí —dijo Andrea algo triste. Ahora que había encontrado a alguien verdaderamente interesante, debía marcharse.
—Dame tu teléfono y te escribiré por si tienes un rato en Madrid —comentó Marco.
Andrea le dio el número, después se fueron hasta la moto y en un par de minutos se encontraban frente a la verja. La mujer se mordisqueó los labios y se preguntó si su amigo Daniel estaría en la casa.
—¿Quieres pasar? Podemos tomar una última cerveza antes de que me marche.
—Está bien, después te acercaré a la estación de tren.
Andrea abrió la verja y después se dirigieron hasta la entrada.
—Ponte cómodo —le dijo mientras iba a por unas cervezas a la cocina. Antes de llegar a la nevera, ya se había arrepentido de lo que había hecho. Todavía tenía novio, por no hablar de que Marco era un completo desconocido. Ella nunca se mostraba tan confiada, pero ya no había marcha atrás. Estaba buscando un abridor cuando sintió a Marco justo a su espalda y la aferró con fuerza.
—Marco…
Antes de que pudiera continuar, sintió el brazo del hombre apretándole el cuello.
—Antes no te he contado toda la verdad. Durante estos años he viajado mucho, pero como mercenario. Me han prometido mucho dinero si les llevo todo lo que tienes. Sé una buena chica y no hagas ninguna tontería

Capítulo 6
Perseguida

San Lorenzo de El Escorial

Andrea no podía dejar de sudar y temblar. Estaba atada de pies y manos, tumbada en la alfombra del salón, le dolía el cuello y tenía náuseas. Entornó los ojos para que Marco no supiera que estaba consciente. El mercenario no estaba en la habitación, giró la cabeza y vio los jarrones rotos, los papeles esparcidos por todas partes y los cajones en el suelo. Marco estaba buscando algo, seguramente la información que Daniel le había facilitado. Forcejeó las cuerdas, los nudos parecían fuertes, después lo intentó con los pies, cedieron un poco e intentó desatarse los tobillos, uno quedó liberado y con la cuerda atada en el otro logró ponerse en pie. Caminó con dificultad hacia el recibidor. Las luces de toda la casa se encontraban encendidas. Mordió la cinta americana que le tapaba la boca, pero no logró romperla. Entonces vio su maletín. Se agachó e intentó buscar su pasaporte, lo encontró entre el revoltijo de cosas innecesarias que siempre llevaba. Lo guardó como pudo en su pantalón e intentó abrir la puerta. Escuchó unos pasos a su espalda, no se giró, simplemente abrió la puerta y comenzó a correr.

El jardín estaba en penumbra, no sabía cuántas horas había estado inconsciente, pero debían haber sido muchas. No se dirigió a la verja, pensó que Marco correría en aquella dirección. Se fue directamente al edificio que había al lado, abrió la puerta y entró. Se quedó agachada debajo de una ventana y esperó unos minutos. Después se puso en pie y miró la sala. Estaba a oscuras, pero parecía un taller de escultura. Seguramente era el estudio de la esposa de Daniel. Caminó hasta el fondo y vio un pasillo, después una pequeña cocina. Buscó un cuchillo en uno de los cajones y logró liberarse las manos. Tomó el cuchillo y se dirigió a la parte trasera, buscaría cómo saltar la verja desde una gran roca que había visto el día anterior, pero antes de que abriera la puerta trasera observó otra habitación con la puerta entornada. Creyó ver lo que parecía una cabeza canosa. Se dirigió hacia ella y al abrir, la puerta chocó con el cuerpo de su amigo. Le tocó el cuello, aún parecía tener pulso.

—Daniel, ¿estás bien?

El hombre logró abrir los ojos apagados y fríos.
—¡Dios mío, tengo que avisar a un médico! —dijo ella, pero no tenía teléfono. Miró en la habitación, pero no había ninguno a la vista.
—Andrea —dijo el hombre casi en un susurro.
La mujer se agachó y puso su cara a la altura de la del hombre, lo incorporó un poco y notó la sangre viscosa y caliente a su espalda.
—¿Qué te han hecho?
—No me queda mucho tiempo. Siento haberte metido en este asunto. Intenta escapar…
—No hagas más esfuerzo —dijo ella.
—Intentarán involucrarte en mi muerte, son muy poderosos. Pensé que una cosa así podría pasar, además de la cuenta, los viajes, dejé en una consigna de la estación de Atocha de Madrid papeles falsos, algo de dinero en varios tipos de moneda y ropa.
—¿Qué?
—No tienes tiempo. Escapa… —le dijo antes de perder el conocimiento.
Andrea intentó reanimarlo, pero el corazón de Daniel se fue apagando poco a poco. Puso su cara sobre el pecho y comenzó a llorar. Sabía que no le quedaba mucho tiempo, pero no merecía morir de aquella forma terrible.
Intentó recomponerse. Se dirigió al baño, se limpió las manos y se miró al espejo. Tenía el pelo empapado de sudor, unas ojeras profundas y la cara totalmente pálida. En ese momento le vino una arcada y comenzó a vomitar. Tras refrescarse la cara se dirigió a la parte trasera.
Escaló la inmensa roca e intentó saltar al otro lado de la verja. Logró poner un pie en la parte más alta y después saltó hacia la acera. Afortunadamente cayó bien. Se puso en pie y miró a un lado y al otro. Corrió bordeando un parque y salió al monasterio de El Escorial. Corrió por la inmensa explanada y vio la pendiente. Recordaba que habían subido por una cuesta y comenzó a caminar a toda prisa. No se veía a mucha gente por la calle. Apenas algún coche que circulaba a toda velocidad. Llegó a una curva, al otro lado había un túnel, torció y vio la torre roja que indicaba la estación de cercanías del tren.
Estaba entrando en una pequeña rotonda cuando escuchó una moto a su espalda. No se molestó en girarse, comenzó a correr y entró en la pequeña estación. La atravesó a toda prisa y llegó hasta los andenes. En el del fondo había un tren parado.
Escuchó a su derecha una moto y vio a Marco. Llevaba el casco puesto, pero lo identificó enseguida.

Saltó a las vías y corrió por ellas, después logró subir de nuevo al andén. Marco la siguió con su moto por las vías, después dejó la moto y saltó para ir detrás de ella.
Andrea entró en el tren, se escuchó un pitido y se comenzaron a cerrar las puertas. Marco las golpeó, pero el conductor nos las abrió.
El tren comenzó a moverse lentamente mientras los ojos amenazantes del hombre no dejaban de mirar a la mujer.
Andrea dio un suspiro y se sentó. El vagón estaba casi vacío, pero los pocos pasajeros que había la observaron intrigados. El sonido monótono del tren y el agotamiento hizo que se durmiera de nuevo. Cuando se despertó estaba en un túnel, se sentía destemplada y dolorida, pero al menos se encontraba más tranquila. Miró el plano del tren, quedaban dos estaciones para llegar a Atocha.
Se sentó de nuevo, intentó recordar el número de taquilla que le había dicho su amigo y la clave. Por unos instantes tuvo la sensación de que había olvidado los dígitos, pero era a causa del estrés. Respiró hondo e intentó relajarse un poco. Cuando llegó a Atocha se puso en pie, bajó del tren y por unos instantes no supo a dónde dirigirse. Había muchas vías, escaleras mecánicas, pasarelas y a esa hora aún se veía mucha gente por todos lados.
Caminó despacio hasta el gran vestíbulo de la estación. No tenía billete, no podía salir por las puertas, pero aprovechó que una anciana no sabía introducir el billete para ayudarla y pasar junto a ella.
Buscó la consigna y se paró unos segundos. Introdujo la secuencia y esta se abrió con facilidad. Dentro había una mochila negra, la tomó y salió de la estación.
La noche era fresca, casi mágica. Andrea se abrazó al sentir el frescor, caminó hasta un gran hotel justo enfrente de la estación. Se dirigió al mostrador y sacó el pasaporte falso que había dentro. También había un par de tarjetas de crédito y dinero en efectivo.
Unos minutos más tarde subió a la habitación, abrió la puerta y dejó la mochila sobre una silla. Se sentía agotada, confusa y nerviosa, pero al menos estaba viva. Abrió las cortinas y vio la plaza, con la estación de Atocha al fondo. Después entró en el baño, se dio una ducha y se acostó con el albornoz en la cama. Intentó poner sus ideas en claro, pero el agotamiento la venció enseguida. Se quedó profundamente dormida, fue una noche sin sueños, reparadora y tranquila. De esas de las que uno no desea despertar.

Capítulo 7
Identidad

Madrid

Se despertó sobresaltada. Había tenido un sueño inquieto, a cada momento le volvían las imágenes de lo que había pasado la noche anterior. La persecución por El Escorial y sobre todo la figura ensangrentada de su amigo Daniel.
Apartó las sábanas y quiso pensar que todo había sido una pesadilla, pero se observó las muñecas amoratadas, los cardenales por todo el cuerpo y aquella solitaria habitación de hotel y fue consciente, poco a poco, de la realidad. Miró los papeles que tenía en la mesilla, vio el mando de la televisión y la encendió. Revisó su pasaporte falso, un carné de conducir argentino, unas credenciales de periodista y el dinero. En la mochila había un teléfono y algo de ropa.
Mientras intentaba aclarar su mente y pensar cómo volvería a Argentina, escuchó algo en la pantalla que le llamó la atención.
«Esta madrugada se ha encontrado el cuerpo sin vida del escritor y profesor argentino Daniel Rocca. Apareció apuñalado en la residencia en la que vivía en el madrileño pueblo de San Lorenzo de El Escorial. Todas las sospechas recaen sobre la periodista Andrea Zimmer, que pasaba unos días en España para impartir un taller en los Cursos de Verano de El Escorial. La mujer se encuentra en paradero desconocido, pero se han encontrado su maleta, ropa y huellas ensangrentadas junto al cuerpo. Todo apunta a un asesinato pasional».
Andrea miró sin parpadear la pantalla. Le parecía increíble que la prensa diera por hecho que era la autora del crimen. Pensó en presentarse a la policía y contarles todo lo sucedido, pero enseguida cambió de opinión. Su amigo le había comentado que los nazis continuaban teniendo mucho poder. Además, si era realista, todas las pruebas apuntaban en su contra. Sería mejor que saliera del país, se dirigiera a alguna parte de América y desde allí intentara aclarar las cosas. De alguna manera, la búsqueda del libro y su publicación serían la prueba que necesitaba para explicar la muerte de Daniel, su huida y adoptar una identidad que no era la suya.
Andrea se cambió de ropa y tiró la vieja a la papelera, después se recogió el pelo y tomó la mochila. Bajó a recepción y dejó pagada la habitación. Entró en

el Mac Donald que había justo al lado y se pidió un café, un dulce y comenzó a buscar con el teléfono un vuelo a Uruguay. Imaginaba que los vuelos a Argentina estarían vigilados por la policía. Después lo pensó mejor, prefería viajar a Brasil, la policía estaría controlando los vuelos a países cercanos al suyo. Después compró un vuelo desde Río de Janeiro a Montevideo, desde allí, tomando un barco, en unas horas estaría en la capital de Argentina. Después iría en avión hasta San Carlos de Bariloche, donde se encontraba el contacto de Daniel.

Al salir a la calle buscó una peluquería y se tiñó el pelo de rubio. Una hora después, cuando se miró al espejo, apenas se reconocía.

Caminó hasta el Paseo del Prado y tomó un taxi para el aeropuerto. Cuanto antes saliera del país, antes podría respirar tranquila.

El taxi recorrió la amplia avenida. Observó el Museo del Prado a su derecha, después la fuente de Cibeles, la Puerta de Alcalá y el Parque del Retiro. Todos los lugares que había apuntado en su itinerario para visitar, pero pensó que ya tendría una oportunidad mejor de regresar a España, aunque no logró convencerse. Se encontraba muy asustada, muy pocas veces había tenido que enfrentarse con un caso como aquel. En su primera etapa de periodista había destapado algunos casos de corrupción. Empresarios de la construcción que pagaban mordidas a funcionarios del ayuntamiento o políticos municipales; también se había enfrentado a algunos políticos nacionales, pero jamás había tenido la sensación de que peligrase su vida. Sin duda podían desprestigiarla, amenazarla o presionar para que la echasen de su revista, pero no había temido nunca realmente por su vida.

Andrea bajó del taxi frente a la imponente Terminal 4 y rezó para que no la detuvieran en el control de aduanas. Antes de dirigirse al control, compró una maleta, algo de ropa, un sombrero, una *tablet* nueva, un ordenador portátil, zapatos y ropa de abrigo. Al sur de Argentina podía hacer mucho frío en aquella época. Se hizo con un par de libros y algunas revistas.

Mientras se aproximaba al primer control, sentía cómo el corazón se le aceleraba y comenzaba a sudar. Lo pasó sin dificultad, sabía que el peor era el de la aduana.

Bajó en ascensor hasta el tren y después llegó a la Terminal 4 Satélite. Subió las escaleras y llegó hasta las cabinas de los policías de aduanas. Se puso en la fila de ciudadanos no europeos y avanzó lentamente. A cada paso sentía que el corazón se le iba a salir por la boca. Al llegar a la línea amarilla observó al policía desde lejos. Parecía amable y no hacía muchas preguntas.

Andrea caminó con paso decidido cuando el funcionario hizo un gesto con la mano. Llevaba su pequeña maleta que no había facturado y la mochila a la espalda. Dejó sobre el mostrador el pasaporte y el billete. El hombre se quedó unos segundos mirando y después dijo:
—Parece que últimamente ha viajado mucho.
Ella le sonrió.
—¿A qué se dedica?
—Comercial —dijo la mujer sin dar más explicaciones.
—Que disfrute de Brasil —dijo el policía sonriente, le selló el pasaporte y se lo entregó de nuevo.
Andrea caminó con paso calmado. No quería levantar sospechas. Después tomó las escaleras mecánicas y llegó a la parte más alta de la terminal. Miró algunas tiendas, despreocupada, para hacer algo de tiempo, después tomó otro café y pensó en lo que le gustaría tomar: un mate.
Antes de que llamaran para embarcar se dirigió a su avión y se sentó frente a una gran pantalla. El canal repetía sin cesar las últimas noticias. Su rostro salía constantemente en la televisión, afortunadamente las gafas de sol, el sombrero y el pelo rubio no permitían que la identificasen con facilidad.
Escuchó la llamada para su vuelo, se colocó en la fila preferente y unos minutos más tarde se encontraba sentada en su asiento, con la cabeza apoyada en el respaldo e intentando relajarse un poco. Nunca había viajado en primera, por eso cuando reclinó el asiento y conectó la música, se sintió como en la cama de un hotel.
En cuanto el avión despegó conectó su *tablet* y pidió a la azafata un poco de vino blanco. Abrió los archivos que su amigo le había subido a la nube y comenzó a leer algunos datos interesantes sobre el famoso libro inédito de Hitler y su trayectoria como escritor. Conocía algunos detalles sobre su vida y había leído un par de biografías sobre él, pero apenas recordaba nada sobre *Mein Kampf*.
Andrea comenzó a leer el informe de su profesor, dejando que las largas horas del vuelo se convirtieran en apenas un suspiro:
«En el año 1924, cuando Hitler comenzó a escribir en su cautiverio en la fortaleza de Landsberg, aún era un político provinciano, un cabo austríaco de palabra fácil, que se había sabido rodear de algunos elementos conservadores, que temían y odiaban a partes iguales a la República de Weimar. Desde un cuarto bastante cómodo, que parecía más la habitación de una posada rural que una celda, junto a su fiel amigo Rudolf Hess, redactó su primer libro.

El libro, que en principio iba a ser una autobiografía, se transformó en un alegato político y moral. La breve biografía de Hitler estaba aderezada por los principios que le habían permitido convertirse en un líder político. En el libro, el autor, expresa una moral severa, unos principios sólidos, la importancia de la voluntad y del sacrificio, que llevan al hombre a un tipo de coraje cívico, que la mayoría de sus contemporáneos apreciaban en aquellos tiempos de confusión. A medida que avanza el libro, uno se da cuenta de que todos esos valores, su supuesta ética y voluntad cívica, únicamente se aplican a los pertenecientes al pueblo ario, los demás debían ser tratados como elementos peligrosos y nocivos. El libro está plagado de ideas antisemitas, anticomunistas y apoya la violencia como método lícito para conseguir los objetivos políticos. Los judíos, los gitanos y los eslavos no formaban parte de la comunidad y era necesario alejarlos de esta. La base principal del pueblo era la pureza racial, su conservación y propagación. El pueblo alemán necesitaba una *Lebensraum*, un espacio vital hacia el este, en el que desarrollarse. Este territorio lo ocupaban las zonas con población germánica y las llanuras del este de Europa y Rusia. Para Hitler, el resto de seres humanos era subhombres, a excepción de los británicos y algunos otros pueblos europeos».

Andrea cambió de informe y comenzó a leer algunos detalles sobre el libro.

«El libro *Mein Kampf* se compone de dos volúmenes, el primero salió publicado en 1925, tras la salida de la cárcel de Hitler. El segundo volumen salió a la venta en 1926. Su compañero y amigo Rudolf Hess le ayudó en la edición y publicación del libro. El título original era *Cuatro años y medio de lucha contra las mentiras, la estupidez y la cobardía.* Max Amann, director de la revista nazi Franz Eher Verlag y editor de Hitler, le cambió el título a *Mi Lucha*. Mucho más corto y sonoro.

En el primer volumen, Hitler trata sobre la infancia, juventud y su llegada a Múnich. Después se desarrollan sus ideas sobre la traición a Alemania, el enemigo comunista, su llegada a la política, el nacimiento del Nazismo, sus ideas de nación y raza, hasta la primera etapa del partido.

En el segundo volumen, desarrolla su filosofía política, su concepción del Estado, del ciudadano, el poder de la palabra hablada, el superhombre, la unidad frente al federalismo, la política exterior y el derecho a la guerra de defensa.

En ambas partes Hitler pone en su punto de mira a todos los que piensan diferente a él y su deseo de terminar con el sistema parlamentario».

Andrea abrió una nueva carpeta titulada *Zweites Buch* (Libro Segundo). Sus ojos brillaron ante la luz del monitor y empezaron a recorrer las líneas con verdadera ansia. Aquel maldito libro había terminado con la vida de su amigo, además de obligarla a ella a escapar de España y tomar una identidad falsa, tenía que encontrarlo cuanto antes y recuperar su vida.

Capítulo 8
Viaje

Río de Janeiro

A las dos horas de viaje se quedó completamente dormida. Nunca había viajado en primera clase y tuvo la sensación de estar en una especie de cama flotante. Todo un placer para los sentidos. Al menos pudo relajarse y recuperar fuerzas. Se quitó el antifaz negro y le costó unos segundos recibir directamente la luz en los ojos. Tocó el timbre de la mesita y enseguida acudió una azafata.

—¿Dónde estamos? —preguntó mientras se frotaba los ojos.

—Nos quedan un par de horas para aterrizar en Brasil —contestó la azafata.

—¿Vamos bien de tiempo? Tengo que hacer conexión con otro vuelo.

—Sí, todo perfecto.

Cuando la azafata se marchó, Andrea estiró los brazos y miró su portátil. Lo abrió y al instante apareció el último archivo que había leído. Sabía que tenía que trazar un plan. Lo primero que haría sería contactar con el profesor Goodman. Él le entregaría el libro, después regresaría a Buenos Aires, vería a una amiga editora en Planeta y prepararían la publicación. Cuando todo saliera a la luz todo, podría defenderse de las acusaciones que vertían contra ella. Aquel sencillo plan pareció tranquilizarla un poco. A veces ordenar los pensamientos era la única forma de prever lo que iba a pasar. Adelantarse a los acontecimientos siempre da ventaja y cierto poder sobre ellos.

Desayunó copiosamente, después compró el vuelo de Buenos Aires a San Carlos de Bariloche. No quería pasar ni una noche en Montevideo ni en la capital de Argentina. Por eso reservó una habitación en el Villa Huinid Hotel Bustillo. Se encontraba a las afueras del pueblo, pero alquilaría un coche al llegar al aeropuerto.

Unos minutos más tarde escuchó la voz del piloto anunciando el aterrizaje.

No quería pensar en la pesada escala en Río de Janeiro, miró por unos segundos las noticias en un periódico español. La investigación sobre el asesinato de su amigo continuaba y la policía sospechaba que había abandonado el país. Sin duda la policía de Buenos Aires estaba avisada, afortunadamente no iba a pisar la terminal internacional.

El avión aterrizó sin problema y Andrea esperó a su siguiente vuelo. Se sentó en la sala de espera VIP del aeropuerto y abrió de nuevo su portátil.
Uno de los artículos de su profesor tenía el título:
Los 9.000 criminales de guerra nazi que se refugiaron en Sudamérica.
«América se llenó de criminales de guerra nazi desde unos meses antes de finalizar la Segunda Guerra Mundial hasta finales de los años cuarenta.
Los criminales nazis se repartieron de manera desigual en diferentes países. En Argentina se escondieron hasta 5.000 nazis, en Brasil el número ascendió hasta 2.000, en Chile la cifra fue de unos 1.000 y el resto se repartió entre Paraguay y Uruguay.
Algunos de los nazis más destacados fueron Joseph Mengele o Adolf Eichmann. A pesar de la cifra más aceptada de 9.000 criminales de guerra nazi, el número de miembros de este partido que huyeron de Europa podría ascender a más de 300.000.
Un gran número de miembros del partido nazi utilizó la conocida como *Ruta de las Ratas*. Al menos 800 nazis lograron escapar de Europa gracias a la ayuda del Vaticano, que les proporcionó cobijo, documentación falsa y un pasaje a Sudamérica».
Andrea había leído otras veces sobre esos temas, pero nunca se dejaba de asombrar. ¿Cómo era posible que la Iglesia Católica hubiera ayudado a gente como aquella? ¿Qué intereses compartían los nazis y la jerarquía católica? Sin duda su lucha contra el comunismo, al que veían más peligroso que el fascismo.
«Las investigaciones del Sr. D. Schrimm en los archivos secretos de Brasil le permitió descubrir que más de 20.000 alemanes se establecieron en su país entre los años 1945 y 1959. La mayoría adoptó una identidad falsa y al poco tiempo, tras lograr establecerse en el país, trajeron a su familia. Lo que aumentaba aún más las cifras de alemanes emigrados a América con ideología nazi.
El caso argentino es paradójico. Juan Domingo Perón entregó a la famosa organización ODESSA unos 10.000 pasaportes en blanco.
ODESSA eran las siglas para la *Organización de Antiguos Miembros de las SS*. La contrainteligencia aliada descubrió la organización secreta en julio de 1946, cuando decenas de miles de nazis ya habían escapado a Oriente Próximo y a América.
Los servicios de inteligencia descubrieron en el campo de concentración de Bensheim-Auerbach que los miembros de ODESSA buscaban privilegios en la

Cruz Roja Alemana.
ODESSA se fundó en 1944 con el fin de facilitar la huida de nazis fugitivos de Europa, pero lo que muchos de mis colegas no saben es que su intención no era tan solo proteger a miembros del partido nazi, sino que su verdadero cometido era reorganizar el partido y crear una zona de influencia en América, que les permitiera regresar al poder en el futuro. Los nazis eran conscientes de la inminente caída del Tercer Reich y organizaron las bases para un Cuarto Reich. Para ello necesitaban reorganizar colonias nazis en el extranjero. Colaboraron con varias organizaciones, tanto la Cruz Roja como el Vaticano y el ejército norteamericano. ¿Qué fines podían tener en común dichas organizaciones? La primera estaba infectada por viejos camaradas que utilizaron la organización humanitaria para sus fines poco altruistas. Las otras dos, sin duda, pretendían controlar gobiernos en América y otras partes del mundo, impidiendo el avance de los comunistas».
Andrea apuntó varias cosas en su libreta, aún no entendía qué conexión podía tener todo aquello con el libro inédito de Hitler, pero no dudaría en preguntarle al supuesto contacto que la esperaba en Argentina.
Abrió un nuevo archivo con el nombre de profesor Goodman.
«El Profesor Goodman es uno de los mayores especialistas en literatura y bibliografía nazi. Lleva cincuenta años centrado en el estudio e investigación del pensamiento nazi. Judío de origen alemán, aunque afincado en Argentina desde niño. Ha dedicado toda su vida a explicar el nazismo. Reside en Bariloche desde su infancia. Su biblioteca es una de las más importantes y extensas sobre el nazismo que existe en el mundo».
En ese momento anunciaron que el vuelo con destino a Montevideo comenzaba a embarcar. Tomó su mochila y entró en el avión de las primeras. Se sentó en su asiento y esperó a que el avión despegase. Pensó en su madre, en su novio y en sus amigos. Todos estarían preocupados y sorprendidos. Sabían que ella era incapaz de matar a una mosca y mucho menos a su viejo amigo Daniel.
Intentó pensar en otra cosa, pero su mente siempre daba vueltas a lo mismo. Debía resolver todo aquel asunto lo antes posible. Ya no le importaba el dinero, el prestigio o la fama. Quería recuperar su monótona y anodina vida. Se prometió que nunca más se quejaría de nada. Hasta ese momento no había comprendido que la vida no era más que los pequeños placeres cotidianos con la gente que realmente te importaba.
Respiró hondo e intentó evitar que las lágrimas que parecían anudarle la garganta terminasen por inundar sus ojos. Miró por la ventanilla, la inmensa

selva se extendía como una interminable mancha verde. En cierto modo la vida era algo parecido, impenetrable e incompresible, únicamente a medida que caminabas por ella descubrías sus secretos. Estaba decidida a adentrarse, no le quedaba otro remedio, su vida dependía de ello. Cerró los ojos e intentó relajarse un poco. La imagen del cuerpo de su amigo Daniel acudió de inmediato a su mente y supo, que además de salvar su propia vida, debía vengar a su amigo. Aquellos asesinos parecían capaces de cualquier cosa para hacerse con el libro, ella sabría adelantarse y denunciar al mundo sus secretos.

Capítulo 9
Montevideo

Montevideo

Andrea incorporó su asiento y se puso el cinturón de seguridad. Miró por la ventanilla y vio la desembocadura del Río de la Plata. Montevideo brillaba junto al océano a medida que el aparato descendía. El avión se aproximó a tierra, sobrevolaron el parque Roosevelt y aterrizaron sin mucha dificultad en la pista. Estaba amaneciendo cuando el aparato se dirigió hasta la terminal. La mujer recogió rápidamente sus cosas y salió del avión algo aturdida. Tantas horas de viaje le habían hecho perder el sentido de la orientación. No sabía qué hora era y todos los aeropuertos del mundo le parecían similares. Para ella no había nada más solitario que una habitación de hotel y la terminal de un aeropuerto. Echaba de menos su tranquila vida de periodista, ya no deseaba abandonarlo todo y comenzar de nuevo. Pensaba que lo peor de nuestros sueños es verlos cumplidos.

En las pantallas de televisión de la aduana aparecía constantemente su rostro, pero afortunadamente llevaba el pelo teñido y con esa ropa parecía una persona completamente distinta. De alguna manera pudo sentir lo mismo que muchos prófugos de la justicia. Una mezcla de libertad y temor constante a ser descubierta.

Antes de salir del aeropuerto alquiló un coche con conductor. Pensó en dirigirse directamente al puerto y tomar el primer barco a Buenos Aires, pero necesitaba descansar un poco. Se alojó en el Sheraton, pidió una habitación normal, pero cuando el botones abrió la puerta, le pareció una verdadera suite de lujo. Dio una propina al joven y se dirigió directamente al baño. Necesitaba una ducha urgente, sentía el cuerpo pegajoso y la incomodidad de un largo vuelo. Después se metió en la cama y se quedó profundamente dormida.

Despertó seis horas más tarde. Tenía el cuerpo dolorido y la cabeza a punto de estallar. Tomó un paracetamol y se puso a ojear el ordenador. Llevaba unos minutos consultando alguno de los informes cuando le vino a la memoria un viejo colega de su profesor Daniel. Se llamaba Darío Greenstein. El profesor Greenstein había estado en varias ocasiones en Buenos Aires. Ella le había

escuchado en una conferencia titulada *Judíos y Nazis en América Latina*, cuando aún era una estudiante. No sabía si aún seguiría vivo, pero merecía la pena hablar con él antes de ir a Argentina. Tal vez le pudiera aclarar algunas cosas de su amigo y la búsqueda del libro perdido de Hitler. Buscó información en internet. El profesor se había jubilado muchos años antes, pero en su ficha de la universidad decía que aún daba tutorías a alumnos que estaban realizando su doctorado.

Miró el reloj. Eran las doce del mediodía. Se vistió, se colocó unas gafas de sol y se dirigió a la Universidad de Montevideo. Un coche la llevó desde la puerta del hotel hasta una zona residencial de edificios de dos plantas. Parecían antiguas villas señoriales, con sus jardines frondosos y un aire decadente que las hacía aún más interesantes. La universidad se dividía en diferentes casas, cuya única señal externa era un indicativo en el jardín. Buscó la facultad de Humanidades, tuvo que caminar un buen rato hasta llegar a una de las partes más antiguas de Montevideo. Le sorprendió lo abandonada y deteriorada que se encontraba aquella parte de la ciudad. Las fachadas eran hermosas, muchas de ellas decoradas al estilo francés, con arcos, columnas adosadas o frontones clásicos, pero tenían la pintura desquebrajada, pintadas en las paredes y las calles se encontraban destrozadas y sucias.

Andrea se lamentó del abandono de la ciudad. La había visitado unos quince años antes y le había parecido tan bella. Ahora tenía un aire deprimente, que no podía deslucir del todo su belleza. Pensó en Madrid a finales de los años 80, cuando aún la prosperidad de la democracia no se había dejado sentir en un país atrasado y congelado en el tiempo durante cuarenta años de dictadura. Buenos Aires mismo, excepto algunas zonas renovadas, también sufría la pétrea mirada de la Medusa, que había logrado congelarla en un momento de la Historia, que la convertía a veces en una ciudad fantasmagórica.

Divisó la facultad de Humanidades, la fachada pintada de verde, con apariencia de escuela pública de los años 40. La única modificación que había sufrido en todos esos años era una tosca pasarela de hierro que daba a la puerta de madera interior, con sus cristales pequeños, algunos rotos y otros sucios, que parecían querer disuadir al viajero despistado de atravesar sus puertas.

En la entrada había un conserje adormecido, con un uniforme gris lleno de lamparones. Andrea pensó en preguntarle por el despacho del profesor, pero desistió ante su mirada ausente y su aspecto huraño.

Miró en un panel y comprobó que los despachos de los profesores se

encontraban en la última planta. Ascendió las escaleras de dos en dos, como si estuviera deseosa de encontrar a alguien con el que poder compartir su carga. No se encontró a nadie en el camino, cuando llegó a la última planta, el silencio y la penumbra reinaban por todas partes. La Historia parecía haber devorado aquel adusto edificio, castigando a sus moradores, por intentar desvelar sus secretos. Miró las placas de latón en las puertas, hasta que dio con la del profesor. Llamó y entró sin esperar respuesta.

Un hombre pequeño, moreno, con la cara algo picada, pero de profundos ojos azules, levantó la cabeza. Su pelo gris era muy tupido y largo, se extendía hasta un cuello de camisa algo ennegrecido y desgastado. Llevaba una pajarita de color rojo, un chaleco verde y una chaqueta azulada, que brillaba por el desgaste de las últimas décadas. Andrea hubiera jurado que era la misma ropa con la que lo había visto una década antes.

—*¿Qué desea señorita?* —preguntó el anciano en un tono cortés, que no ocultaba algo de molestia y cierta fatiga.

—Profesor Darío Greenstein, imagino que no se acordará de mí. Era una de las alumnas de Daniel Rocca.

El hombre frunció los ojos, como si en el esfuerzo de recordar estuviera poniendo la poca energía que aún le quedaba.

—*Últimamente mi cabeza no rige muy bien. Imagino que* es la edad, que hasta ahora me había respetado, y que comienza a robarme lo único que siempre he tenido, la memoria. Daniel fue alumno mío cuando estuve dando clases en Buenos Aires, pero de eso ha pasado mucho tiempo. Después se convirtió en profesor, tras regresar del exilio, pero no la recuerdo a usted, señorita.

—No se preocupe, únicamente nos vimos dos o tres veces. Una ocasión fue aqu*í, en este edificio y las otras en la* UBA (Universidad de Buenos Aires).

—Lo lamento señorita, pero no la recuerdo.

—Vengo de España, he estado unos días con el profesor Daniel Rocca, ya sabe que desde hace casi una década reside allí.

—Sí, su esposa era encantadora. Creo que falleció, aunque hace mucho que no sé nada de Daniel —contestó el anciano. Alargaba las frases, como si le costara vocalizar. Por sus labios se habían sucedido tantos torrentes de palabras, que ahora ya comenzaban a estar cansados.

—Daniel me encomendó una misión, encontrar *El libro secreto de Hitler*. Me dio algunas instrucciones para hacerlo, me habló del profesor Goodman y que este había encontrado la pista del libro en Bariloche, he regresado a Argentina

para buscarlo —comentó Andrea. A medida que le explicaba al viejo profesor el motivo de su visita, se sentía aún más confusa y aturdida.
—*¿El libro secreto de Hitler*? —preguntó el hombre elevando la voz. Por unos instantes sus ojos apagados brillaron y se incorporó un poco.
—Sí, al parecer su editor Max Amann no quiso editarlo en los años veinte y después no lo consideraron oportuno —comentó Andrea.
El anciano se quedó callado, después encendió una pipa y aspiró unos segundos. El despacho se inundó de un olor dulzón y ácido a la vez.
—Hay muchas leyendas alrededor de ese libro. Ya sabe su supuesta publicación en el año 1961, con el título de *Raza y destino*. Al parecer se lo redactó en el año 1928 al propio Amann, pero estoy convencido, que la obra que se publicó en los años 60 no era el auténtico libro secreto de Hitler.
—*¿Por qué piensa eso?*
—La temática, el estilo y que estaba incompleto. Creo que la CIA censuró el libro, había algunos asuntos que podían comprometer al gobierno de los Estados Unidos, por no hablar de la repercusión en América. La traducción la realizó la editorial Grove Press, ya sabrá que lo hab*ía* descubierto en un archivo militar en Virginia el profesor Gerhard L. Weinberg, pero hace unos trece años él mismo reconoció que el texto había sido mutilado —dijo el profesor poniéndose en pie y dirigiéndose a uno de sus archivos.
—*¿Por qué iban a mutilar el libro?* —preguntó Andrea intrigada. No entendía qué importancia podía tener un libro escrito por Hitler en los años 20 del siglo pasado.
El profesor sacó una carpeta marrón bastante ajada y la dejó sobre el escritorio repleto de libros y papeles. Abrió la carpeta y unos folios amarillentos escritos con una antigua máquina de escribir aparecieron ante los ojos de Andrea.
—La versión que tenían los estadounidenses no era la final. Simplemente el primer borrador escrito en 1928, pero Hitler continuó ampliando la temática hasta casi su muerte. En esa versión hace alguna mención a América, como la planificación de bombardeos sobre Nueva York, pero no desarrolla los planes de Hitler para este continente.
—Increíble.
—Existían al menos dos copias del manuscrito final. Una la guardaba Hitler en el búnker de la Cancillería, la otra se encontraba en la caja fuerte de la editorial en Múnich y se cree que la sacó de allí el mismo Max Amann, que después fue detenido y encarcelado. Apareció muerto en 1957 en su

apartamento en Múnich. En ese momento alguien le robó el libro y se lo llevó.
—*¿Por qué Hitler no lo publicó? ¿Pensaba que sería un fracaso editorial?* —preguntó Andrea.
—No, querida. Simplemente se dio cuenta de que revelar sus planes futuros le acarrearía muchos problemas. Él mismo se lo comentó a Hanfstaengl en los años 30. Hitler estaba creando una red de colaboradores y simpatizantes por todo el mundo. Desde Argentina a Canadá, pasando por los países musulmanes, el Reino Unido, los países nórdicos y buena parte de Asia. El libro comenzaba a revelar muchos de esos secretos, sobre todo las versiones finales —dijo el anciano. Después se sentó de nuevo en su butaca de piel desgastada, como si hubiera realizado un gran esfuerzo.
Andrea tomó asiento por primera vez. Miró al profesor y le dijo:
—Entiendo el deseo de Hitler por ocultar el libro, pero lo que no comprendo es que la CIA lo censurara, sobre todo si su versión no era la completa.
—En esa versión mencionaba a algunos norteamericanos influyentes que apoyaban a Adolf Hitler y compartían su visión del mundo.
—No sabía que habían tenido tanto éxito las ideas nazis en los Estados Unidos.
—Querida, los Estados Unidos de Norteamérica apoyaron muchas de las ideas de Hitler. Rudolf Hess ordenó en 1933, al poco tiempo de la llegada al poder de los nazis, que Heinz Spanknöbel creara un partido nazi en los Estados Unidos. Heinz creó un partido en Nueva York llamado Amigos de la Nueva Alemania. La organización pretendía promover la ideología nazi en el país y propagar su antisemitismo. La mayoría de los componentes eran de origen alemán. Realizaron desfiles por las calles de Nueva York con el uniforme nazi, la bandera norteamericana y la esvástica. La organización perduró hasta 1935, pero Rudolf Hess decidió disolverla y un grupo de nazis norteamericanos fundó la Federación Germano Americana. Su líder era un tal Fritz Julius Kuhn, un estadounidense de origen alemán, que había luchado en la Gran Guerra. Celebraban campamentos por todo el país, criticaban a Roosevelt por su cercanía a los judíos.
—No sabía nada sobre esta organización —dijo Andrea.
—Los nazis se desvincularon de ella, su manera de actuar en los Estados Unidos era mucho más sutil y esta organización lo único que hacía era predisponer en contra de Hitler a la opinión pública estadounidense. El embajador alemán en el país, Hans-Heinrich Dieckhoff, prohibió a los ciudadanos alemanes que ingresaran en el partido pro nazi. Además, en 1939

el líder de la organización fue acusado de desfalco de unos 14.000 dólares. La organización no levantó cabeza y el Comité de Actividades Antiestadounidenses les instó a renunciar a su ideología o terminar en la cárcel.
—Entonces no tuvieron tanta influencia.
—Esos pobres diablos no, pero sí la gran banca y Wall Street. Organismo como JP Morgan, TW Lamont, los Rockefeller, General Electric Company, el National City Bank, la Standard Oil y otras muchas empresas y bancos financiaron el nazismo. Por no hablar del apoyo personal de Henry Ford, que proporcionó ayuda financiera a Hitler; algunos hablan de hasta 40 millones de dólares de la época. Los nazis reconocieron su ayuda concediéndole la distinción de la Gran Cruz de la Orden Suprema del *Águila* Alemana. Otro de sus mayores apoyos fue el senador Prescott Bush —comentó el anciano.
—*¿Bush?*
—Sí, como imaginas, el padre y abuelo de dos presidentes norteamericanos. También hubo sacerdotes católicos muy mediáticos como Charles Coughlin y algunos políticos que apoyaron a Hitler, pero cuando Estados Unidos entró en la guerra, la mayoría de ellos aparentemente se alejaron de la ideología nazi —explicó el profesor.
Andrea había tomado nota de algunos de los comentarios del anciano. Todo aquello le había creado más preguntas que solucionado algunas dudas.
—Será mejor que me acompañe a la biblioteca, es muy modesta, pero después de tantos años de investigación he conseguido que la universidad reúna una considerable bibliografía.
Andrea siguió al anciano. Bajaron una planta y entraron en una sala, no demasiado amplia, repleta de estanterías acristaladas, la mayoría de ellas cerradas bajo llave.
El profesor abrió una de las vitrinas y extrajo un gran libro encuadernado en piel de color verde. Lo dejó sobre una polvorienta mesa y comenzó a ojearlo.
—Estos son otros personajes famosos que estaban fascinados con el fascismo. Por ejemplo, el aviador Lindbergh, que acusó al presidente Roosevelt y a los judíos de llevar al país hacia la guerra en un discurso pronunciado en septiembre de 1941.
En ese momento escucharon un ruido y la puerta de la biblioteca se abrió. Dos hombres jóvenes vestidos con traje se aproximaron a ellos. Andrea reaccionó retrocediendo y acercándose a la ventana. El viejo profesor se quedó quieto, como si no le incomodara su llegada.

—Profesor Darío Greenstein, señorita Andrea Zimmer, esperábamos encontrarlos juntos.
—*¿Quiénes son ustedes y qué* hacen aquí? ¿Quieren que llame a seguridad? —preguntó el hombre sin alterarse lo más mínimo.
—Queríamos hablar con la señorita, pero ahora que ha entrado en contacto con ella, me temo que tendremos que llevarnos a los dos —dijo el que parecía mayor.
Andrea miró por la ventana. No había mucha altura, pero suficiente para romperse una pierna o algo peor. Justo enfrente había un árbol con un tronco grueso. No se lo pensó dos veces, se subió al alféizar de la ventana y saltó. Logró aferrarse al tronco durante unos segundos, después intentó descender lentamente.
El profesor intentó tocar la alarma de incendios, pero antes de que pudiera hacerlo, los dos hombres lo aferraron por los brazos y lo lanzaron por la ventana. El anciano cayó de cabeza al asfalto justo cuando la joven llegaba al suelo. Andrea dio un salto para evitar pisar el cadáver. Por unos segundos lo contempló, tenía la cara destrozada, aunque aún podían verse sus brillantes ojos.
La mujer miró a un lado y al otro de la calle, no sabía qué hacer, comenzó a correr sin rumbo. Se preguntó c*ómo l*a habían encontrado mientras se perdía entre las callejuelas de Montevideo, con la sensación de que nada ni nadie podía protegerla y de que su única oportunidad era descubrir dónde se encontraba ese maldito libro.

Capítulo 10
La cuna de la serpiente

Montevideo

Andrea corrió hacia el puerto, pero después decidió regresar a su hotel. Allí tenía el ordenador y otras cosas que necesitaba. Después de media hora andando en círculos, paró un taxi y apenas quince minutos más tarde se encontraba a las puertas del Sheraton. Cruzó el recibidor a toda prisa y subió en el ascensor. Llegó hasta su habitación e introdujo la tarjeta temblorosa. Todo parecía en orden. El bolso, el ordenador y la maleta se encontraban en el mismo sitio. Respiró hondo antes de tomar todas sus cosas y correr escalera abajo. Tenía que pedir un taxi e ir al puerto cuanto antes. No sabía cómo habían logrado localizarla en Uruguay, pero cuanto antes llegara a su destino, antes lograría deshacerse de sus perseguidores.
Mientras el ascensor descendía lentamente no podía borrar de su mente la imagen de la cabeza destrozada del profesor. Ya era la segunda persona que moría por su culpa o, para ser más exactos, por culpa de ese maldito libro antiguo.
—Por favor ¿pueden pedirme un coche para que me lleve al puerto? —dijo Andrea todavía aturdida por lo sucedido.
—Sí, señorita. Permítame que le haga una factura por su estancia…
—¡No necesito factura, cárguelo a la tarjeta y pida el coche de inmediato! —dijo fuera de sí.
El recepcionista la observó extrañado, después cobró la habitación y llamó a un coche. La mujer se dirigió a la entrada y vio un gran Chevrolet negro. El copiloto tomó su equipaje y lo colocó en el maletero, mientras ella subía al vehículo y se sentaba en los asientos de piel color café con leche. Se puso a mirar su teléfono, buscaba noticias sobre la muerte del profesor en la facultad de Humanidades. Puso un vídeo en el que el presentador hablaba de un asesinato y después mencionaba a una sospechosa mujer que había bajado por un árbol. El ujier explicaba ante las cámaras todos los detalles sobre la sospechosa y el presentador comentaba que toda la policía estaba buscando a la mujer, después ponían las imágenes de una cámara de seguridad. Afortunadamente no se veían con mucha nitidez.

Andrea se encontraba tan ensimismada con las noticias que no se percató de que el coche cambió de rumbo y se dirigió hacia el parque Roosevelt, a la zona alemana de la ciudad. Cuando levantó la vista, observó cómo el coche se detenía ante una verja alta, una puerta se abría lentamente y el coche abandonaba la bulliciosa calle.
—¿Dónde estamos? Les he pedido que me lleven al puerto —dijo Andrea. Después intentó abrir la puerta del coche, pero se encontraba bloqueada.
—Tranquilícese señora, en un momento sabrá dónde se encuentra.
El coche se paró enfrente de una hermosa mansión estilo inglés, el copiloto bajó del coche y le abrió la puerta. Después la escoltó hasta la entrada. Antes de llamar salieron otros dos hombres vestidos con trajes negros. El copiloto la acompañó por un largo pasillo hasta un salón. Después la dejó a solas.
Andrea miró a un lado y al otro inquieta. ¿Dónde la habían llevado? ¿Quiénes la perseguían en Uruguay?
Escuchó pasos a sus espaldas y cuando se giró, un hombre muy mayor, sentado en una silla de ruedas eléctrica se aproximó hasta ella. El anciano llevaba una botella de oxígeno, vestía con una bata azul a cuadros, por encima de un chaleco y un pantalón de pinzas.
—Señorita Zimmer, disculpe que la haya traído hasta mi casa de esta forma tan poco caballerosa, pero dadas las circunstancias, no podía permitir que la policía la apresase.
—¿Quién es usted? ¿Qué hago aquí?
—Siéntese, le prometo que podrá saciar toda su curiosidad y resolver todas sus dudas. Déjeme que me presente. Mi nombre es Hebert Reuner, imagino que no le dirá nada, aunque esos malditos judíos estuvieron buscándome durante décadas. Seguramente piensan que ya he fallecido. En cierto modo, debía haberlo hecho. Me capturaron al mismo tiempo que el conocido caso del letón Herbers Cukurs, pero a él le pegaron un tiro y lo metieron en una maleta, yo les logré convencer de que se habían equivocado. El Mossad me llevaba buscando más de veinte años, pero gracias a mi perfecto español, pues me crie en Uruguay antes de alistarme en las SS en Alemania en el año 1938, logré convencerlos de que era el nieto de pacíficos menonitas alemanes.
Andrea se sentó en el sofá, el hombre se aproximó con su silla y se situó muy cerca. La mujer se sintió algo incómoda, se recostó en el respaldo y frunció el ceño.
—Lo cierto es que una parte de aquella historia era verdadera. En plena guerra ya había 16.000 alemanes en Uruguay. Muchos alemanes vieron en este

país una tierra de oportunidades. ¿Sabe que a nuestro país se lo denominó la Suiza de América? El presidente José Batlle y Ordónez logró que la democracia y la prosperidad se consolidaran en Uruguay. Teníamos una legislación muy avanzada a su época. Las mujeres podían votar, el sistema educativo era gratuito, universal y laico. La economía prosperó también gracias a las guerras en Europa, no había desempleo y los salarios eran muy altos. Teníamos una extensa red telefónica, eléctrica, de gas y los mejores tranvías del continente. Toda esa bonanza desapareció a mediados de los años 50. Los partidos de izquierdas querían una revolución azuzada por el sionismo…

—Ustedes, los nazis, siempre echan la culpa a los mismos —comentó Andrea.

—No exagero, señorita, en ese momento ya había regresado de Alemania, varios grupos terroristas acosaban al país. Los más peligrosos eran los tupamaros. Para combatirlos tuvimos que crear la *Juventud Uruguaya de Pie*. Al final logramos imponer la dictadura cívico-militar y podíamos poner en práctica el experimento nacionalsocialista en Uruguay. El presidente Juan María Bodaberry con el apoyo del ejército disolvió las cámaras y prohibió los sindicatos, los partidos, la libertad de prensa. La democracia es una lacra, al final lo destruye todo. Por eso formaron el Consejo Nacional compuesto por los prohombres del país, el gobierno de los mejores que diría el gran Aristóteles —dijo el hombre. Después se puso la máscara de oxígeno e intentó recuperar un poco de aliento.

—No sé de dónde ha sacado todas esas patrañas. La dictadura fue provocada por la oligarquía que no quería perder sus privilegios, cuando la crisis llegó al país no asumieron el reparto justo de la riqueza. Los partidos revolucionarios querían ayudar al pueblo —comentó Andrea.

El anciano dio un largo suspiro. Estaba acostumbrado al escepticismo de mucha gente. La mayoría no podía creer que los nazis tuvieran tanto poder en América.

—Entiendo… el negacionismo se nos atribuye a nosotros, pero la realidad es que todos nos construimos una historia a la medida. Déjeme que le cuente algo que le va a parecer increíble. Hubo un plan nazi para invadir Uruguay. ¿Lo sabía?

Andrea se quedó muy sorprendida. Toda aquella reunión con un viejo nazi, en una mansión en medio de Montevideo, le parecía de lo más surrealista, pero que los nazis hubieran intentado conquistar un país de América Latina, se lo parecía aún más.

—Uruguay no fue tan ajena a la guerra como la gente se imagina. Los alemanes uruguayos ideamos un plan para someter el país al Tercer Reich. Alemania necesitaba las riquezas del Uruguay y, lo que es más importante, su situación estratégica. La embajada alemana en Montevideo y los alemanes de Salto y Concordia en Argentina se unieron para hacerse con el gobierno. En el fondo el plan era un experimento. Los alemanes nos fuimos introduciendo paulatinamente en todas las áreas del Estado. Utilizamos el mismo método que Hitler había usado en Austria, donde desde 1930, de manera paulatina, los nazis fueron ocupando posiciones claves y minando al gobierno oficial. En aquel momento había en Uruguay, como ya le indiqué, unos 8.000 alemanes. Los nazis alemanes nos organizamos en grupos llamados *stutzpunkt.* Al frente había un jefe de propaganda, el jefe de la organización de mujeres, la organización benéfica y así todas las áreas. Nuestro jefe supremo era el *gauleiter,* el señor Julius Dalldorf. Recibíamos ayuda del mismo Rudolf Hess, que había creado esta red en muchos países de América, incluidos los Estados Unidos.

—Parece claro que estaban organizados, pero el sueño de dominar el Uruguay veo que era simplemente una fantasía en mentes enfermas como la suya —dijo Andrea con desprecio.

El hombre tomó de nuevo la máscara de oxígeno y respiró hondo. Pensó en llamar a sus hombres y sacar la información que la mujer poseía a golpes, pero no era su estilo. Deseaba que comprendiera que no tenía mucho que hacer, que los tentáculos nazis se extendían por toda América y que toda resistencia era vana.

—En Uruguay teníamos nuestras tropas de asalto SA, repartíamos nuestra propaganda antinorteamericana; con nuestro grupo de ingenieros influíamos en las más altas esferas del gobierno y disimuladamente, creamos un aeródromo deportivo, que podía hacer las funciones de base militar. El que gestó todo el plan para hacerse con el control del país fue Arnulf Fuhrmann. Uruguay era un país estratégico, para invadir después Argentina y Brasil, con grandes reservas de petróleo y todo tipo de materias primas. El plan comprendía un golpe de estado y que en quince días todo el país estaría bajo control alemán. Dos regimientos se harían con Montevideo, dos compañías con la Colonia de Sacramento y otras localidades cercanas. En aquel momento en Uruguay había unos dos millones de habitantes. En cuanto tomáramos el poder teníamos previsto deshacernos de los judíos, los oponentes políticos y los masones. Después se proclamaría el país como colonia alemana de campesinos.

—¿Por qué no triunfó el plan? —preguntó la mujer. Aquello le parecía una locura, pero intentaba ganar tiempo. Necesitaba buscar una vía de escape.
—Un periódico llamado *Tribuna Salteña* comenzó a hacer públicos nuestros planes. Sin duda había un traidor entre nosotros. El diputado socialista José Cardozo propuso al parlamento realizar una investigación, se incautaron miles de documentos, se detuvo a muchos de los nuestros, descubrieron nuestros arsenales de armas y por último metieron en prisión a Fuhrmann. A los pocos días se liberó a todos los conspiradores. El presidente de Uruguay Alfredo Baldomir no quería enfrentarse a Alemania y darles una excusa para una invasión externa. Fuhrmann se trasladó a Argentina e intentó algo similar en la Patagonia. Al final el líder del golpe fue encarcelado en 1944 y el intento de hacerse con Uruguay fracasó —dijo el anciano.
—¿Por qué me cuenta todo esto? —preguntó Andrea.
—Puede que hayamos fracasado en el pasado, pero hemos aprendido de nuestros errores. Tenemos su ordenador, su teléfono, conocemos su identidad falsa. Está acusada en dos países de asesinato, es una fugitiva de la justicia. Puede colaborar con nosotros, entonces la dejaremos refugiarse en Brasil o algún lugar apartado o puede enfrentarse a nosotros y sufrir. Usted elige —dijo el anciano en un tono tan pausado y dulce, que parecía más un consejo que una amenaza.
—¿Acaso puedo escoger?
—Siempre podemos escoger. Denos toda la información que le facilitó Daniel Rocca y el pobre profesor Darío Greenstein. Necesitamos encontrar ese libro —dijo el anciano.
—¿Por qué es tan importante para ustedes ese maldito libro? ¿Porque Hitler lo escribió?
—Veo que aún no ha entendido nada, querida Andrea. *El libro secreto de Hitler* es mucho más que un testamento político, es un libro que puede cambiar la Historia.

Capítulo 11
Atentado

Montevideo

Los hombres rodearon la casa e intentaron determinar los guardias que había apostados en las puertas y el jardín. Fermín Abad dio la orden y los cinco asaltantes se dividieron en dos grupos. El primero saltó la tapia por la parte trasera y el segundo se dirigió a la puerta principal. Debían ser rápidos y montar el menor escándalo posible. Fermín saltó la verja y apuntó a los dos guardas de la puerta. Las balas de su fusil apenas susurraron en el viento, los silenciadores amortiguaban el estruendo que en medio de la noche habría despertado a medio vecindario. Los vigilantes apenas tuvieron tiempo de reaccionar y se desplomaron al suelo. Abrieron la puerta principal y se dirigieron hasta el recibidor, estaban a punto de entrar en el salón cuando escucharon pasos y vieron a dos hombres descendiendo por la escalinata de mármol. Dispararon rápidamente y los dos guardas rodaron escaleras abajo. El sonido de los cuerpos y el gemido de los hombres dio la voz de alarma.
Afortunadamente, los otros miembros del comando habían entrado por la parte trasera, despejando el resto del edificio. Cuando entraron en el amplio salón, el anciano apuntaba con una vieja Luger a Andrea.
—Señores, creo que esta vez han cruzado todos los límites. Llevábamos décadas en relativa paz y armonía, desde los años 80 no había habido enfrentamientos entre nosotros, pero han terminado con esa paz —dijo el anciano sin dejar de apuntar a Andrea.
—¿Nosotros? Usted ha ordenado matar a Darío Greenstein. ¿Acaso no sabían que pertenecía al partido comunista desde los años cuarenta? ¿Por qué han asesinado a ese pobre viejo? Ya estaba jubilado, no le hacía daño a nadie —dijo Fermín Abad indignado.
—Daños colaterales, teníamos que capturar a la señorita y el viejo profesor se puso en el punto de mira —explicó el anciano, como si el hombre al que había ordenado asesinar fuera tan solo un obstáculo en su camino.
El resto de hombres entró en el salón, se repartieron por la estancia sin dejar de apuntar al anciano.
—¿Cree que me importa esa mujer? No sé ni cómo se llama —dijo Fermín,

con el ceño fruncido y acariciando el gatillo de su fusil de asalto.
—Tal vez sea mejor así —comentó el anciano, después levantó más el arma y su dedo comenzó a apretar el gatillo, pero antes de que lograra disparar, varias ráfagas de fusil hicieron que se sacudiera. El hombre se retorció de manera grotesca y después se inclinó hacia delante. En medio minuto sangraba por varias partes de su pecho y cabeza.
Andrea levantó los brazos y miró a los hombres. Sus ojos expresaban una mezcla de temor y súplica.
—Está bien, nos la llevaremos. No podemos dejarla aquí, puede reconocernos y la policía estaría muy interesada en su declaración —comentó Fermín.
Todos tenían el rostro cubierto por un pasamontañas menos él, pero uno de los asaltantes se quitó el suyo. Al instante una larga melena morena y rizada se extendió por su espalda.
—¡Maldita sea, no debemos dejar cabos sueltos! —gritó la mujer.
—Adriana, no te pongas melodramática. No somos asesinos. Limpiad la casa, tenemos que llevarnos lo que nos pueda ser útil. Sobre todo llevaros las grabaciones, no dejéis rastro.
El comando siguió las órdenes de Fermín. Se dispersó de nuevo y por unos instantes quedaron ellos dos solos en la sala.
—Señorita…
—Andrea Zimmer —dijo la mujer.
—Otra judía no. Después de los nazis, los judíos siempre han sido nuestra peor pesadilla. Desde los dueños de Hollywood hasta los malditos señores de Wall Street, siempre han engañado, robado y asesinado…
—Perdone que le interrumpa, pero…
—¡Cállese! Tome sus cosas y sígame. Tiene que aprender a estar callada.
Salieron del salón, se dirigieron al jardín. La mujer fue observando el reguero de cadáveres. Pensó que nunca podría superar todo eso, que su psiquiatra tendría trabajo extra los próximos veinte años. Cerró los ojos y siguió al hombre.
Un par de minutos después el resto del comando se les unió. Salieron a la calle solitaria y silenciosa, subieron en un gran Land Rover y salieron de la zona a toda prisa. Andrea no sabía quién era esa gente, pero no le tranquilizaba mucho que la hubieran salvado.

Capítulo 12
Un viaje accidentado

Montevideo

El trayecto no duró mucho. En mitad de la noche no pudo reconocer nada, simplemente calles solitarias y poco alumbradas, después una carretera de tierra repleta de baches y una villa solitaria, algo destartalada, que parecía abandonada desde hacía años. Esperaba que tras interrogarla un poco la dejaran marcharse a Buenos Aires, estaba deseosa de llegar a su país. Sabía que la policía la buscaba, pero al menos estaría en su tierra y podría pedir ayuda a algunos amigos.
El coche se detuvo enfrente de una vieja choza. Abrieron el portón y escondieron dentro el vehículo. La llevaron agarrada por ambos brazos hasta la casa. La entrada daba a un salón con muebles viejos y lámparas de queroseno.
—No es la mansión de esos malditos nazis, pero es un lugar discreto —comentó Fermín al comprobar el rostro de la mujer.
—Lo cierto es que lo único que deseo es que me suelten. No diré nada a nadie. Como comprenderá, esos tipos no eran amigos míos —dijo Andrea enfadada. Ya no tenía miedo, pero sentí una especie de furia que la invadía poco a poco.
—Todo a su tiempo. ¿No será una espía sionista del Mossad?
—No soy israelí. Es cierto que mis antepasados eran judíos, pero eso es más una casualidad que algo que realmente me influya.
—¿Por qué estaba investigando a los nazis de Uruguay? —preguntó Fermín, sentándose en un sillón desvencijado.
—No estaba investigando a los nazis en Uruguay. Vengo desde España escapando de unos nazis que quieren un libro, aunque yo no lo tengo.
—Lo entiendo, pero me extraña que todo esto sea por un maldito libro.
—Pues en este caso, todo lo sucedido tiene relación con un maldito libro inédito de Hitler. No sé muy bien de qué trata, aunque por lo que estoy viendo, hay información muy importante para los nazis en América.
Fermín se rascó su barba de tres días. Sus ojos claros brillaron a la luz de las lámparas. Su traje de camuflaje le daba el aspecto de un guerrillero, su pelo negro y canoso por las sienes, le asemejaba demasiado al famoso Che

Guevara, aunque él era más atractivo e inquietante.
—¿Qué hará cuando encuentre el libro? —preguntó Fermín.
—Publicarlo —dijo ella sin dudar.
—¿No es eso lo que quieren los nazis? Desde hace unos meses se ven ejemplares de *Mi Lucha* por todas partes. Esa peste nazi se extiende como la mala hierba.
—Bueno, en la última década, lo que se ha extendido por toda América Latina ha sido el *Comunismo del siglo XXI* y la *Revolución bolivariana*.
—Esos flojos… no me comparará con ellos. Nosotros somos verdaderos revolucionarios. No creemos en gobernantes oportunistas. Los líderes de los diferentes países son hijos de privilegiados jugando a ser revolucionarios —dijo Fermín, molesto.
—Lula no era precisamente hijo de un privilegiado —respondió Andrea.
—Lula no es un revolucionario, simplemente se las da de socialdemócrata. Por no hablar del tierno presidente de Paraguay, que ahora colgó las armas para repartir sonrisas; el hijo del plantador de coca de Bolivia, el dandy de Ecuador, y el que montó todo esto, el golpista militar, visionario y megalómano de Venezuela —dijo el hombre alterándose cada vez más.
Andrea pensó que no era buena idea alterarlo, pero era consciente de que su prudencia siempre cedía ante su impetuosa forma de ser.
—No quiero discutir de política, no comparto su ideología, aunque me considero una mujer de izquierdas, pero le estaría muy agradecida si me ayudara a llegar al puerto. Del resto me encargo yo.
—No se da cuenta ¿verdad? —dijo el hombre, después le mostró en su teléfono las últimas noticias de prensa.
Andrea observó horrorizada su fotografía en todos los periódicos de América. El titular no podía ser más contundente: «La periodista Andrea Zimmer sospechosa de dos homicidios».
—¡Dios mío! —exclamó la mujer tapándose el rostro.
—No irá muy lejos si toma un barco a Buenos Aires —dijo el hombre de manera pausada—, pero si nos lleva hasta el libro, la ayudaremos. Tenemos avionetas, barcos y otros medios de transporte. Sabemos movernos en la clandestinidad. Una vez que haya conseguido el libro, la dejaremos continuar con su vida.
—¿Mi vida? ¿Qué vida? Me persigue la policía de dos continentes. La única forma de demostrar mi inocencia es mostrando al mundo el libro.
—En ese caso, me temo que ya no tiene vida. Pero no se preocupe, hay miles

de personas en el mundo viviendo vidas ficticias. Puede comenzar de nuevo, adoptar el oficio y la personalidad que más le guste. Nosotros la ayudaremos.
La mujer agachó la cabeza. No confiaba en ese hombre, pero no veía más salida. Si al menos la sacaban de Montevideo, podría pedir ayuda en Argentina. Se preguntó qué pensaría su novio y su madre de todo lo que decían los periódicos. Ellos sabían que ella era incapaz de hacer daño a nadie.
—La acompañarán dos de mis mejores guerrilleros. A una ya la conoce, Adriana Gómez, mi lugarteniente. Su otro acompañante será mi hijo Federico. Quiero que sepa que tienen orden de matarla si intenta darles esquinazo. No haga tonterías y tendrá una vida larga y feliz. Ahora será mejor que descansemos todos un poco. Ha sido una noche estresante —dijo Fermín. Todos sus hombres se fueron a descansar, menos los guardas.
Adriana llevó a la mujer a una habitación de la segunda planta y la encerró con llave. Andrea se tumbó sobre la cama de muelles, el colchón estaba muy blando y la colcha olía a humedad y polvo. Mientras intentaba dormirse no podía dejar de pensar en su madre y en su novio. Estaba casi convencida de que no volvería a verlos con vida, pero la única oportunidad que tenía era continuar la búsqueda e intentar solucionar los problemas a medida que se planteasen.

Capítulo 13
El comandante

Buenos Aires

A primera hora de la mañana la despertaron. Le facilitaron una toalla y jabón. Tenía que estar lista en media hora. Después de asearse bajó hasta el salón, los guerrilleros comían un guisado de mondongo. Andrea se limitó a tomar un poco de leche y después mate.
—Será mejor que salgan antes de que se haga completamente de día —dijo Fermín.
Federico y Adriana prepararon sus mochilas, Andrea ya había guardado sus cosas en la suya. Todos se dirigieron por un sendero hasta una zona boscosa, tras unos quince minutos caminando salieron a una pequeña playa medio escondida. Sacaron una barca con motores de fueraborda de entre los árboles y la pusieron en el río.
—Esto les llevará hasta Buenos Aires, allí tomarán otro transporte hasta donde ella les indique —comentó Fermín a sus hombres.
Andrea subió a la barca, la lancha comenzó a moverse y estuvo a punto de caerse al agua. Adriana se puso a los mandos y Federico se sentó a su lado. Cuando el motor fueraborda comenzó a rugir, en pocos segundos estaban muy lejos de la orilla. Andrea se apoyó en la borda y dejó que el aire fresco de la mañana que comenzaba a despuntar la hiciera sentir de nuevo viva. A los pocos minutos vieron Argentina. Llevaba menos de una semana fuera, pero nunca había sentido tantas ganas de volver. La lancha parecía casi volar sobre las turbias aguas del Río de la Plata. El cielo azul apagaba los colores, mientras la costa parecía crecer por segundos, como si se dirigiera hacia ellos con los brazos abiertos.
El ruido de los motores y el viento golpeándoles la cara era tan fuerte, que sus oídos se taponaron. Al aproximarse a la costa, Adriana redujo la velocidad.
—Buenos Aires queda más al norte —comentó Andrea al ver el rumbo del barco.
Adriana frunció el ceño y se limitó a apartarle la cara y mirar hacia otro lado.
—No vamos a Buenos Aires directamente, nos dirigimos a Ensenada, cerca de la refinería. Allí pasaremos más desapercibidos. Después tomaremos un coche

hasta Marcos Paz. Allí tenemos una avioneta, que nos llevará directamente a la Patagonia —dijo Federico.
El parecido físico con el padre era asombroso, como si el jefe de los guerrilleros estuviera viviendo dos vidas paralelas, pero la expresión de la mirada era distinta. Federico parecía más humano, la vida no le había maleado tanto o por lo menos aún conservaba algo de la ingenuidad que convierte a los hombres en niños, a pesar del paso del tiempo.
Entraron en una zona pantanosa, escondieron la lancha entre el follaje y caminaron por el barro hasta llegar a la ciudad. Ensenada era una ciudad de calles rectas, edificios bajos mal acabados, con la pintura desconchada y un aire decrépito que Andrea adoraba. Su Argentina podía ser muchas cosas, pero nunca sería uniforme, un país organizado y hermoso. Ella amaba el caos arquitectónico, los edificios a medio terminar y la singularidad del argentino, que hasta en sus gustos estéticos mostraba su profundo individualismo.
Llegaron con las botas y los pantalones embarrados hasta un edificio cochambroso al lado del puerto. Llamaron a la puerta y los recibió una mujer de mediana edad despeinada, vestida con un traje de flores y un mandil. Les dejó limpiarse en el patio interior con una manguera amarilla y después, fueron a un cuarto grande y quitaron un toldo a un pequeño Seat Panda, viejo y destartalado.
Salieron con el coche por la calle. Cerca de un largo muro pintado de amarillo las casas eran más pobres, algunas construidas con chapa o con ladrillo visto sin enlucir. Se dirigieron a la carretera principal.
Andrea no sabía cómo deshacerse de ellos. Al menos al estar en Argentina no le sería muy complicado darles esquinazo. Tomaron la 215, para luego ir por la 6 y evitar la ciudad.
Tras dos horas de viaje llegaron a Marcos Paz. El pueblo era mucho más agradable, todas las calles estaban arboladas y en el centro decenas de tiendas indicaban la prosperidad del lugar.
—Iremos a la casa de un compañero, tenemos que viajar de noche —le explicó Federico a la mujer.
Llegaron a una casa de dos plantas que no sobresalía de las del resto de la calle, pero en cuanto entraron Andrea comprobó que era un sitio agradable.
Un hombre rubio los recibió amistosamente, les preparó un poco de mate y se lo sirvió en un pequeño jardín interior. Después le pidió a Adriana que le ayudara a preparar la comida.
Andrea tenía mucha hambre. Apenas había probado bocado en el desayuno y

el día anterior ni había comido ni cenado.
—Siento tanta brusquedad. Lo cierto es que es por su bien —comentó Federico en cuanto estuvieron solos. La cara del joven tenía aún algunos rasgos infantiles. No debía tener más de veinte años y, aunque seguramente había tenido que matar, aún era capaz de sonreír y mostrarse agradable.
—¿Por qué hacéis todo esto? Los intentos revolucionarios en América Latina lo único que han traído ha sido sufrimiento y violencia —dijo Andrea al joven.
—Puede que sea cierto, pero ¿qué podemos hacer ante la injusticia? El capital es el verdadero culpable. Para los ricos no somos más que bestias de carga. Animales a los que explotar. El neocapitalismo es despiadado y asesina a más personas que las armas de los guerrilleros.
—La mayoría de las bandas guerrilleras se han convertido en narcotraficantes. Destruyen la sociedad que pretenden salvar.
—Creemos que la desestabilización es buena. Además, no tenemos muchas más formas de financiarnos. ¿Prefieres que secuestremos a gente o robemos bancos? —preguntó el joven con una sonrisa.
—Hay cauces democráticos. Aquí el pueblo pone y quita presidentes. Primero han gobernado los Kirchner, sus ideas peronistas los llevaron a tener una actividad social muy fuerte. Ellos lucharon contra el Banco Mundial, el comercio global y todo aquello que vosotros odiáis.
—¿Tú eres peronista? —preguntó el joven.
—No, creo que no lo soy. Un argentino nunca sabe a ciencia cierta si es o no es peronista, casi está inoculado en nuestra sangre —comentó Andrea.
—Lo entiendo, al menos ustedes tienen esa figura controvertida que intentó de alguna manera favorecer a la clase obrera argentina.
—Bueno, yo creo que Juan Domingo Perón era un fascista, al estilo latino, pero fascista —dijo Andrea.
Fermín la miró sorprendido.
—Juan Domingo Perón adoptó las fórmulas europeas y las adaptó a la Argentina. Durante las crisis de los estados democráticos en el periodo de entreguerras, surgieron los movimientos populistas y totalitarios. El fascismo italiano de Benito Mussolini no era otra cosa que comunismo mezclado con nacionalismo. Mussolini fue un líder importante del partido comunista italiano, pero la Gran Guerra le hizo separarse de algunas tesis comunistas como el internacionalismo o la lucha de clases. Mussolini defendía la idea de un Estado fuerte, en cierto sentido paternalista, pero que amparaba al gran capital

y las clases privilegiadas. Hitler siguió sus pasos, para él, el fascismo era el modelo a imitar. Ninguno de los dos era militar de profesión, aunque Hitler llegó a convertirse en cabo en la Gran Guerra. Dos civiles que vieron en un Estado totalitario, capitalista y nacionalista, la solución de la decadente Europa de los años 20.

—¿Qué tienen que ver estos individuos con Perón? Ellos fueron criminales de guerra, genocidas y llevaron al mundo hasta su casi total destrucción —dijo Fermín algo molesto. A pesar de ser uruguayo, le ofendía que Andrea se refiriera a Perón como un fascista.

—Nada o muy poco. Perón no fue un genocida, tampoco fomentó el racismo, pero sin duda fue un megalómano, que introdujo un virus en Argentina que continúa corroyéndonos por dentro. Ya sabes que Perón participó junto a otros oficiales en el golpe de estado del 4 de junio de 1943. La llamada Revolución del 43. Quitaron al último presidente de la «Década Infame», dominada en la sombra por el dictador José Félix Ramírez. Aunque al principio Perón fue un actor secundario en el eterno drama argentino, terminó siendo el jefe del Departamento Nacional de Trabajo, un organismo muy poco relevante. Después, tras sus acuerdos con los sindicatos, pasó a ser ministro de la Guerra en febrero de 1944 y en marzo de 1945, Argentina declara la guerra a Alemania y Japón —explicó Andrea.

—Me está dando la razón. Perón era ministro de la Guerra y declaró la guerra a Alemania —argumentó el joven el joven.

—Todavía no he acabado. Perón llegó a la vicepresidencia junto al presidente Farrell. Los Estados Unidos enviaron a uno de sus fieles servidores, el embajador Spruille Braden para que derrocara al gobierno y cambiarlo por otro menos propicio a los obreros y que se ajustara más a los intereses de las grandes industrias de los Estados Unidos. No consiguieron derrocar al gobierno, los sindicatos y los obreros se pusieron de su parte, pero se convocaron elecciones en 1946 y Perón dejó el ejército. Le quedaba dar el último paso y abandonar el segundo plano que había tenido hasta ese momento. Perón ganó las elecciones y puso en marcha sus políticas. Planes quinquenales económicos similares a los realizados por los fascistas, nazis o el propio general Franco en España. Creó varias empresas estatales, nacionalizando las comunicaciones, los ferrocarriles, las líneas aéreas. Logró que la alfabetización y la escolarización se extendieran a la mayor parte de la población. Eso sí, los escolares debían recitar en la escuela: «¡Viva Perón! Perón es un buen gobernador. Perón y Evita nos aman». Con la asignatura

Cultura Ciudadana se adoctrinaba a la población en el culto al líder y se obligó a los escolares a leer el libro de Eva Perón: *La razón de mi vida.* Por no hablar de la represión política, las detenciones arbitrarias y otras muchas acciones totalitarias.

—Los enemigos del Estado tienen que ser barridos —dijo el joven.

—Políticamente tal vez, pero nunca físicamente.

—Usted no sabe lo que es el sufrimiento. Mi padre tuvo que luchar contra la dictadura, fue de los pocos que tomó las armas contra los militares en Uruguay. Cuando llegó la democracia lo trataron como un asesino. Los antiperonistas en Argentina cometieron el mismo número de actos infames que Perón, si no más.

—No estoy defendiendo a la oposición, simplemente constato un hecho. Todo tipo de populismo es malo, aunque en principio pueda mejorar la situación de la población, a largo plazo es dañino —dijo Andrea.

—Tú no lo entiendes —dijo el chico frustrado y la dejó a solas.

Andrea miró a ambos lados del patio. Al fondo había una escalera que daba a una terraza. Tomó su bolso con el ordenador, la cartera y el teléfono y corrió hasta la escalera. Subió a la azotea y saltó a la casa de al lado. Estuvo de azotea en azotea hasta el final de la calle. Bajó a otro patio y salió por la puerta principal. Miró a ambos lados de la calle y comenzó a correr. Tenía que buscar un transporte a Buenos Aires y contactar con su novio.

Salió a una de las calles principales y paró un taxi.

—¿Qué me cobraría por llevarme a Buenos Aires? —preguntó la mujer al conductor.

El hombre la miró muy serio y dijo:

—Serán 1.000 pesos, señorita.

Andrea no pensaba regatear el precio, necesitaba escapar cuanto antes. Subió al coche y se tumbó en el respaldo. Por fin se sentía verdaderamente a salvo.

Capítulo 14
Una historia

Buenos Aires

Lo primero que pensó mientras bajaba del taxi en la Plaza de Mayo fue en llamar a su amiga Luisa Rossi. Llevaban compartiendo intimidades y sueños dos décadas y, a pesar de los vaivenes de la vida, continuaban siendo amigas del alma. Sabía que sus perseguidores esperaban que acudiera a la casa de su madre o su novio, pero no conocían a Luisa, una de las mejores diseñadoras de ropa del país.

Caminó por la calle hasta la tienda principal de su amiga. Por fuera parecía una modesta tienda de ropa, pero Luisa había conseguido convertirse en la diseñadora de moda de la alta sociedad bonaerense.

Andrea entró en la tienda y sonaron las campanillas colgadas del techo. Una dependienta rubia, de formas perfectas la miró de arriba abajo, como si le hiciera una radiografía.

—¿Qué desea la señora?

Andrea sabía que su indumentaria no era la más apropiada. Pantalón de camuflaje, botas militares con barro y la cara sin maquillar.

—¿Está la señora Doña Luisa Rossi?

—No creo que pueda atenderla en este momento.

—Anda, ve y dile que está aquí su amiga Andrea.

—¿Andrea a secas?

—Sí, boluda. Anda y no me colmes la paciencia, que la tengo muy mermada.

La joven corrió a la parte alta de la tienda. A los pocos minutos vino Luisa, vestida con un traje blanco con trasparencias diseñado por ella.

—¡Dios mío, Andreíta! ¿Qué te ha pasado? Pareces una aparición.

—Ya te contaré. ¿Podemos hablar a solas?

—Sí, sube.

Las dos mujeres fueron al taller de la trastienda, después pasaron al despacho de la mujer.

—He visto las noticias. Eres la mujer más buscada de América y Europa. ¿Qué es toda esa mierda de que has matado a dos viejos? Dos profesores de Historia, con lo que te gusta la Historia a ti.

—No los he matado —dijo Andrea muy seria.
—Ya lo sé, ¿cómo vas a matar tú a nadie?
Las dos mujeres se abrazaron y Andrea no pudo evitar echarse a llorar. Llevaba demasiados días asustada, escapando, hasta cierto sentido de ella misma. Al sentir la cercanía de una persona a la que amaba, sintió que todas sus defensas se hundían, por fin podía ser ella misma de nuevo.
—Gracias —dijo entre sollozos.
—No importa, descansa. La amistad es esto, cariño. Qué pena que únicamente pueda ofrecerte estos brazos. Sabes que para mí eres mucho, amiga —dijo Luisa mientras comenzaba a llorar.
—He tenido mucho miedo, estoy metida en un verdadero lío.
—Todo tiene solución —dijo su amiga.
—Necesito un sitio en el que descansar y aclarar mi mente.
—Ahora mismo tomamos mi coche y te llevo a la casa de la costa —dijo Luisa. Tomó su abrigo y bajaron directamente al aparcamiento. En su Volkswagen escarabajo nuevo circularon a toda velocidad por la caótica Buenos Aires.
Andrea no dejó de observar las arterias obstruidas de su amada ciudad. Recordó la canción de *Mi querida España*, en la que la cantante Cecilia dice que España era para ella a veces madre, pero siempre madrastra. Ella sentía igual su amada Argentina. A veces se había sentido maltratada por el Estado, la gente o las esquirlas de una cultura individualista y prepotente, pero amaba la charla, el valor de la familia, la expresión de los sentimientos, la búsqueda del sentido de la vida. Se sentía argentina cien por cien.
—Te vendrá bien una ducha, una siesta y algo de comida. ¿Quieres que te haga mis raviolis?
—Sería delicioso —dijo Andrea reaccionando de nuevo. No había nada más gratificante que sentirse mimada y querida.
El coche dejó las avenidas principales, después la aglomeración urbana y se adentró en las más tranquilas carreteras de la costa. Luisa apenas le dirigió la palabra en todo el trayecto, la dejó descansar y sosegarse. Para ella Andrea era puro sentimiento, pasión y arrojo, pero también necesitaba recuperar en ocasiones el sosiego. No sabía en qué lío se había metido, seguramente alguno muy gordo, pero ella la ayudaría a estabilizarse.
Se habían conocido en la escuela. Las dos se habían convertido en amigas del alma, después sus caminos se habían distanciado un poco. Luisa había preferido el camino más fácil, asumir los roles que la sociedad le imponía.

Convertirse en una súper madre, empresaria, mujer de éxito y complaciente esposa. Andrea continuaba con su vida patas arriba, sin casarse y con trabajos inestables. A pesar de todo, los vínculos de la infancia y la adolescencia eran lo suficientemente sólidos. Una amistad con buenos cimientos podía soportar el paso del tiempo, los cambios y las vicisitudes de la vida.

Llegaron a una zona residencial, atravesaron el control de seguridad y dejaron el coche frente a la casa de veraneo de la familia. En cuanto Andrea sintió la brisa del mar, el sol templado y el aroma oceánico, se sintió revivir.

—¡Cuánto añoraba esto! —dijo extendiendo los brazos.

—¿Te acuerdas de los veranos? En aquella época pensaba que la vida era perfecta…

—En cierto modo lo es, querida Luisa.

—Para ti sí, para una madre estresada con la economía siempre a punto de colapsar y un marido que no ha pasado la fase adolescente, la vida no es perfecta.

Las dos mujeres entraron en la casa y, mientras Luisa preparaba la comida, Andrea se tumbó al sol. Continuaba vestida, con las gafas de sol puestas y la sensación que el calor, de alguna manera, estaba cargando de nuevo sus baterías agotadas.

—En diez minutos comemos —anunció su amiga.

Entonces se dirigió a la ducha, dejó que el agua tibia aligerara sus cargas y salió vestida con un albornoz rosa y el pelo mojado.

—¿Por qué te has puesto ese color de pelo? Con lo hermoso que es tu cabello.

—Todo está relacionado. ¿No ves las noticias?

—Ya te he comentado que no paro en todo el día. Cuando llego a la cama me quedo profundamente dormida. No me da la vida para más, pero me he enterado de lo tuyo. Lo sabe todo Buenos Aires —contestó su amiga mientras servía la comida.

Andrea devoró la pasta, no había probado algo tan rico desde antes de su viaje a España.

—¿Me vas a contar? Me tienes en vilo —dijo Luisa, impaciente por lo que había sucedido.

Andrea se detuvo en todos los detalles necesarios, pero omitió otros. Sentía cierto temor por su amiga, ya que todas las personas que conocían detalles sobre *El libro secreto de Hitler,* terminaban muriendo.

—Mi niña, ¿has tenido que pasar todo eso? No te preocupes, ahora te encuentras a salvo.

—No, al menos hasta que encuentre el libro —contestó Andrea mientras terminaba su plato de pasta.
—¿Estás loca? Pon todo esto en conocimiento de las autoridades. No será muy difícil demostrar que eres inocente. Es todo un cúmulo de malos entendidos. La policía se hará cargo del caso.
—La policía no hará nada, tampoco los servicios secretos. Esto implica a gente muy importante. Personas que llevan décadas viviendo entre nosotros, manipulando a la sociedad y que buscan perpetuarse en el poder.
—No seas tan conspirativa.
—¿Piensas que todos los males de América Latina son casualidad? Hay vecinos poderosos a los que le interesa nuestra debilidad, por no hablar de esos nazis que mantienen una especie de *estatus quo*. Hasta que no saque el libro a la luz no dejarán de perseguirme.
Luisa asintió con la cabeza, ofreció a su amiga un té y las dos se trasladaron a un gran sillón al otro lado del salón.
—Hay una cosa que me ha sorprendido. ¿De verdad querías cambiar completamente de vida? —preguntó Luisa, mientras se calentaba las manos con la taza. La casa estaba algo fresca en aquella época del año.
—A lo mejor soy una ingrata, pero siempre me he sentido desubicada.
—Tienes una madre que te quiere, un novio encantador y un trabajo emocionante.
—Yo no lo veo de la misma manera. Creo que mi madre únicamente piensa en su felicidad y que lo que quiere de mí es atención. Mi novio parece incapaz de asumir compromisos y mi trabajo está mal pagado, mal visto y cada vez soy más vieja, lo que quiere decir que en unos años no encontraré a nadie que me contrate.
—Yo no lo veo igual. Tu madre no es perfecta, pero es una madre. Mucho más de lo que yo he tenido nunca. A la mía lo único que le interesaban eran sus fiestas, sus amantes y el dinero. Tu novio continúa enamorado de ti, por no hablar de que estaría dispuesto a hacer lo que le pidieras. Ser periodista, puede que esté mal pagado, pero has conseguido varios reconocimientos y trabajas en lo que realmente amas. ¡Eso es realmente vivir!
Las dos amigas se abrazaron, en cierto sentido una complementaba a la otra. Eran dos caras de la misma moneda, dos mujeres intentando reconciliarse consigo mismas.
—Puede que tengas razón. Ahora que casi lo pierdo todo, he comenzado a valorar lo que tengo.

—Bueno, dejémonos de sentimentalismos. Debemos ser prácticas. ¿Cómo piensas llegar a Bariloche? —preguntó Luisa.
—Imagino que los aeropuertos están controlados. Por eso, las dos únicas maneras son en tren o en coche.
—Te recomiendo que viajes en coche. Puedes llevarte el Jeep de mi marido. Únicamente lo utiliza en verano y no lo echará de menos. Tardarás al menos dos días, conduciendo una media de ocho horas.
—Intentaré descansar poco y llegar allí lo antes posible.
—Te acompañaría, pero no puedo dejar a los niños —dijo la mujer levantándose. Después se dirigió a una de las habitaciones y regresó con una pequeña caja metálica. La abrió con una llave minúscula y sacó un revólver.
—Necesitarás esto. Espero que no tengas que usarla, pero es mejor que vayas armada.
Andrea tomó la pistola, miró el cargador y la dejó sobre el sillón.
—Ahora descansa un poco. En cuanto hayas recuperado fuerzas será mejor que emprendas el viaje.
La mujer se recostó en el sillón. Su amiga la tapó y a los pocos segundos se había quedado dormida.

Segunda parte
Bariloche

Capítulo 15
Leyendas

Camino a Bariloche

En cuanto tomó la carretera 143 la soledad comenzó a atenazarla de nuevo. El paisaje comenzaba a ser muy monótono. Inmensas llanuras de cultivos, algunos pueblos pequeños y después zonas semidesérticas, grandes extensiones de un vacío monótono. A pesar de llevar prendida la radio, de poner la música a todo volumen e intentar tener la mente distraída, no podía evitar darle vueltas a todo lo que había sucedido. Las imágenes del cadáver de su amigo Daniel y el profesor Darío Greenstein le venían una y otra vez a la cabeza. Pronto anocheció y tras una eternidad conduciendo decidió parar en un motel de carretera a las afueras de Neuquén. Aquella zona era muy hermosa con bosques de pinos y bellos lagos. Le recordó a San Lorenzo de El Escorial y la casa de su amigo, pero decidió irse directamente a su habitación y descansar.
Llevaba dormida poco más de dos horas cuando se despertó. Tenía mucha hambre así que se puso de nuevo la ropa y se dirigió al pequeño restaurante enfrente del motel. Estaba abierto a pesar de ser muy tarde, no se veía a nadie en el salón, únicamente al dueño que medio dormitaba en la barra.
—*¿Qué desea*, señorita?
—Imagino que la cocina estará cerrada.
—Depende de lo que quiera tomar. Puedo hacerle un sándwich o calentarle algunas empanadillas.
—Las dos cosas me servirán —comentó mientras se sentaba en una banqueta alta en la misma barra.
El hombre regresó al salón un par de minutos más tarde. El aroma del sándwich y las empanadillas aumentaron aún más su apetito.
—*¿No quiere nada de beber*?
—Bueno, una Coca Cola estaría bien.
Andrea comenzó a comer en silencio sin que el hombre le quitara la vista de encima.
—*¿A dónde se dirige? En estas fechas del año no hay tantos turistas, pero usted no parece viajar por razones de trabajo.*
—En cierto sentido, estoy viajando por razones de trabajo —contestó de

forma escueta la mujer.
—*¿Viaja a Bariloche?* —preguntó el hombre.
—Sí, tengo que resolver unos asuntos allí.
—Una bella ciudad y un entorno espectacular. Seguro que le gusta mucho. La Patagonia es una tierra de contrastes… uno de los regalos que nos dio Dios a los argentinos.
—Nos dio muchos —contestó Andrea terminando el sándwich.
—Los bosques de cipreses y coihué son impresionantes —dijo el hombre.
—*¿Qué son* los coihué?
—De lejos pueden parecer pinos, son también de hoja perenne, pero son otra especie. Estas zonas son de una gran belleza natural. Nadie debería morir sin ver antes estas tierras —comentó él.
—Es la primera vez que vengo y temo que no podré apreciar mucho el paisaje.
—Esta zona estaba habitada por los tehuelches, los puelches y pehuenches, pero en la segunda mitad del siglo XVII llegaron los araucanos y dominaron todos los valles. Al parecer venían por los pasos que encontraban en los Andes. De hecho, los españoles llegaron desde Chile. El primero en atravesarlo fue el capitán español Juan Fernández que al parecer buscaba el reino mítico de la Ciudad de los Césares, que algunos decían que era una ciudad inca abandonada llena de riquezas. Una especie de El Dorado.
—Esas leyendas motivaron a muchos a dejarlo todo y buscar tesoros imaginarios —comentó Andrea.
—En muchos sentidos, todos seguimos buscando un lugar así. Deseamos pensar que existe de alguna manera.
—Se llama esperanza, nadie puede vivir sin ella —comentó ella mientras tomaba las empanadillas.
—Los jesuitas siguieron a los conquistadores, pero apenas se estableció en esta zona gente española. No fue hasta después de la independencia que nuestro país mando los primeros exploradores en 1872. Uno de los exploradores más conocidos fue Francisco Pascacio Moreno, era antepasado mío. Aunque yo no he heredado para nada su espíritu aventurero.
—Curioso, tengo el honor de conocer al descendiente de un gran explorador.
—Tras los grandes exploradores vienen los ejércitos y los colonos. En la década de los 80 del siglo XIX llegaron sobre todo estadounidenses y alemanes. En 1892 los primeros colonos se establecieron en el Lago Nahuel Huapi. El más conocido fue un tal Carlos Wiederhold.
—*¿Un alemán? ¿Por qué precisamente un alemán?* —preguntó la mujer

intrigada.
—No estoy seguro, puede que le recordara a las tierras de sus antepasados. Bariloche siempre ha estado llena de alemanes, como si atrajera a este tipo de gente. El alemán exportaba lana, papas, quesos y otros productos. A partir de 1901 llegó una comunidad de suizos, al parecer con sus costumbres y religión propias. No se han mezclado mucho con el resto de la población. Muchos pensaron que sería el refugio perfecto para Hitler después de la guerra, pero eso son únicamente leyendas.
Andrea comenzó a notar el peso del cansancio y el sueño, se despidió del hombre y se dirigió de nuevo a su habitación. Antes de dormirse intentó usar la débil señal wifi que tenía el establecimiento. No podía quitarse de la cabeza las últimas palabras del dueño de aquella cantina. ¿Realmente Bariloche era el refugio perfecto para criminales nazis? ¿Podía haber albergado al mismo Adolf Hitler?

Capítulo 16
El hotel

Bariloche

Partió a primera hora de la mañana, pero cuando llegó a Bariloche ya había anochecido. El pueblo ya no era la aldea de madera y piedra de aspecto alemán de principios del siglo XX. En su lugar había una ciudad moderna, con edificios altos al pie del lago. En las dos últimas décadas, gracias al avión, la reapertura del ferrocarril y la mejora de las carreteras se había vuelto una ciudad turística. Los amantes del esquí, la montaña y la aventura habían encontrado en aquella región remota de Argentina un lugar seguro y casi virgen para convivir con la naturaleza.

Andrea se dirigió directamente al hotel que había reservado. Un exclusivo *resort* llamado el Nido del Cóndor, desechando su primera opción. El complejo parecía más la reproducción de un pequeño pueblo bávaro que un hotel de lujo.

En cuanto aparcó el Jeep en la puerta, un mozo la ayudó con la maleta y le llevó hasta la recepción. Unos minutos más tarde estaba acomodada en su habitación. Una hermosa suite que daba directamente al lago. Las vistas espectaculares y la chimenea encendida crearon la sensación de que se encontraba en la misma Suiza.

Se sentó en un sofá rojo, buscó en su *tablet* la casa en la que vivía el profesor Goodman, el investigador que decía conocer el paradero del libro secreto de Hitler. No vivía muy lejos del hotel. Al día siguiente podría ir caminando. Era una antigua villa de madera que estaba rodeada de una verja de hierro negro y adornada con un frondoso jardín.

Antes de acostarse pudo sacar más información de la nube, cambiar las claves e intentar que no pudieran localizarla. En el hotel había mostrado el pasaporte que le había prestado su amiga pues sabía que sus perseguidores conocían su identidad falsa y la policía la perseguía por la muerte de Daniel y el otro profesor.

Buscó los intereses alemanes en la zona. Al parecer habían comenzado en el año 1921, cuando la compañía Hamburgo Sudamericana había comprado grandes extensiones de tierra en la Patagonia. Gracias a esta compañía muchos

alemanes habían podido fundar pueblos en lugares muy apartados, donde el anonimato podía protegerlos del gobierno y viajantes curiosos.
La mayoría de los alemanes se dedicaron a la cría de ovejas o a otras tareas agrícolas. Alemania además envió varias expediciones científicas a la zona.
En los primeros años del siglo xx ya había en Argentina dos bancos alemanes, consorcios de inversión, infraestructuras, importantes casas alemanas de negocios. Antes de que estallara la Primera Guerra Mundial, Argentina ya era el segundo socio comercial de Alemania no europeo tras los Estados Unidos de Norteamérica. Los servicios secretos aliados pensaban que el Káiser tenía pretensiones de expansión militar sobre Brasil, Chile y Argentina si ganaba la guerra.
La población alemana en Argentina continuó creciendo hasta llegar a más de 140.000 hacia 1932; menos de ocho años después la cifra ya sobrepasaba los 250.000 inmigrantes alemanes. Desde un primer momento, muchos de los emigrantes alemanes simpatizaron con las ideas nazis. El primer golpe militar contra la democracia argentina lo daría un joven oficial instruido en Alemania llamado José Félix Uriburu.
Los primeros en introducir en Argentina el nacionalsocialismo fueron los marineros que atracaban en los puertos del país. En 1931 se fundó en Buenos Aires el llamado *Grupo de Campo Argentino del Partido Nacionalsocialista Alemán*. Tres años más tarde lograron reunir en un teatro de Buenos Aires a más de 3.000 simpatizantes. El embajador alemán en ese momento, el señor Therman era un claro partidario de los nazis.
Tras la llegada de los nazis al poder, las escuelas de habla alemana comenzaron a impartir el ideario nazi en las clases. La mayoría de los colegios alemanes estaban bajo la dirección del estado nazi.
Antes de que estallara la Segunda Guerra Mundial, los nazis establecieron en el país una red de espías, que pretendían crear en el territorio bases de aprovisionamiento y municiones. El acorazado *Schlesien* llegó a Buenos Aires el 31 de octubre de 1937, para realizar una amplia campaña de propaganda pro nazi.
Andrea se tumbó en la cama y observó durante un rato el fuego de la chimenea. Daniel había incluido algunas fotos interesantes en las que aparecían instalaciones alemanas con banderas nazis o la celebración por parte de los argentinos austríacos de la anexión de su país por los alemanes en 1938. El día 10 de abril de ese año en el estadio Luna Park de la ciudad de Buenos Aires se reunieron más de 20.000 personas favorables al nazismo.

Al estallar la guerra, puertos remotos sirvieron para abastecer a buques y submarinos alemanes. Aunque la alarma cundió en Argentina cuando se filtró un documento de la embajada alemana en el que se hablaba de una posible ocupación de la Patagonia.

Andrea dejó la *tablet* a un lado, necesitaba descansar un poco, al día siguiente debía ver al profesor Goodman e intentar descubrir dónde se ocultaba *El libro secreto de Hitler*.

Mientras el fuego crepitaba en la chimenea, Andrea logró relajarse hasta caer en un profundo sueño.

Capítulo 17
Sorpresa

Bariloche

Antes de visitar la residencia de los Goodman tomó un copioso desayuno en el hotel. En las últimas semanas había aprendido que nunca sabía cómo iba a terminar la jornada. Después pidió un mapa de la zona en recepción, se sentó en un sofá unos minutos y tras comprobar que el lugar estaba a poco más de veinte minutos andando, decidió ir a pie.

La nieve aún se podía contemplar en los picos de las montañas. Como la humedad y el frío parecían calársele en los huesos como pequeñas tenazas, decidió parar en una tienda cercana y comprarse algo de ropa de abrigo. Unos minutos más tarde reemprendió el camino algo más abrigada.

El amplio paseo de edificios de apartamentos y pequeños hoteles dejó paso a una zona residencial de hermosas villas de piedra y madera. La mayoría pertenecían a las familias más pudientes de la ciudad, pero otras eran residencias de veraneo de las fortunas más notables de Argentina.

Se paró enfrente de la residencia de los Goodman. Era una casa amplia, construida con gigantescos troncos de madera y piedras inmensas. Parecía tan sólida como si llevara cien años situada en el mismo lugar, aunque por algunos detalles podía observarse que la construcción era mucho más moderna.

Pasó la verja y cruzó por un sendero de piedra hasta la puerta principal. Llamó al timbre y esperó unos momentos. Nadie contestó y Andrea curioseó por las ventanas que daban al porche, pero unas cortinas blancas ocultaban el interior.

La puerta se abrió al fin y apareció un hombre de algo más de cuarenta años. Era alto, con el pelo castaño, aunque en algunas partes comenzaba a blanquear, los ojos azules y una barba completamente canosa.

—Perdone, venía a ver al profesor Goodman —dijo Andrea algo nerviosa. Esperaba encontrarse con un hombre anciano y la primera impresión de aquel desconocido no coincidía con la realidad.

—¿Usted quién es? —preguntó el hombre con el ceño fruncido.

—Soy… —dudó por un momento. No sabía con qué identidad presentarse, pero al final pensó que lo mejor era dar su verdadero nombre— Andrea Zimmer.

—¿Andrea Zimmer? No recuerdo que mi abuelo la haya mencionado nunca —dijo el hombre muy serio.
—Su abuelo no me conoce, soy la amiga de un colega suyo, Daniel Rocca. Al parecer los dos mantenían una relación epistolar y su abuelo le comentó a mi amigo que conocía el paradero de un libro en el que ambos estaban interesados —dijo ella.
—Por favor, pase. Mi nombre es Teodoro Goodman.
Andrea entró en la casa con algo de cautela, pero cuando observó junto al recibidor la foto del hombre unos años antes, junto a un encantador anciano de pelo blanco, se tranquilizó un poco.
Caminaron en silencio hasta el salón y después el hombre la invitó a que se sentase.
—¿Desea tomar algo caliente? Está haciendo mucho frío y tiene la nariz roja —dijo el hombre.
—Sí, por favor.
El hombre preparó un té y después regresó al salón. Andrea no dejó de admirar las paredes forradas de libros. Prácticamente no había sitio para otra cosa.
—Mi abuelo era un gran amante de la lectura —comentó el hombre dejando el servicio sobre una mesita hecha con troncos de madera.
—¿Era?
—Sí, falleció hace menos de un mes. Todos esperábamos ese desenlace, llevaba años con problemas de corazón, pero uno nunca se está preparado para la muerte de un ser querido.
—Le entiendo.
—Llevamos desde entonces pensado qué hacer con la casa. Mi padre era hijo único, falleció hace unos años. Mis hermanos no tienen interés en ella y yo me lo estoy pensando. Me dedico al mundo de la moda y viajo mucho, aunque tal vez sea un buen momento para sentar la cabeza. A mi edad ya no tengo ofertas tan atractivas como antes.
—¿Es usted modelo?
—Sí, también en ocasiones agente, pero llevo más de veinte años como modelo.
Andrea comprendió por qué le sonaba tanto aquella cara. La había visto en algunos anuncios y portadas de revistas.
—Nosotros, los Goodman, somos originarios de Bariloche. Mi bisabuelo llegó aquí en los años treinta, escapando como muchos otros de la pobreza en

Europa.
—Entiendo.
—¿Qué era exactamente lo que quería de mi abuelo?
—Lo cierto es que él tenía cierta información sobre un libro importante —dijo Andrea.
—¿El libro secreto de Hitler? —preguntó el hombre.
Andrea se quedó boquiabierta. ¿Cómo podía saberlo?
—Mi abuelo estaba obsesionado con el libro. Llevaba años buscándolo. Creía que en él se desvelaban muchos secretos sobre Adolf Hitler y sus planes para América. No sé si logró encontrarlo, pero imagino que dirá algo en sus apuntes. Lo hemos dejado todo tal y como estaba cuando lo encontramos muerto.
—¿Lo encontraron muerto?
—Sí, era muy cabezón y no quería que nadie viviera con él. Yo solía venir algunas semanas en verano, pero llevábamos casi un mes sin verlo. Todos los días venía una chica a limpiar y a hacerle la comida. Una de las mañanas, cuando la chica llegó él ya estaba muerto. La autopsia dictaminó causas naturales, tenía más de ochenta años, problemas de corazón y no se cuidaba demasiado —le explicó el hombre.
—¿Están seguros de que murió por causas naturales? —preguntó Andrea.
—Sí, él también era muy dado a creer en grandes conspiraciones, pero murió en su cama, muy tranquilo.
—Entiendo…
—Si quiere entrar en el estudio, no me importa que investigue. Yo llevo días haciendo un inventario de todas las cosas. Tenemos que decidir qué dejaremos y qué regalaremos. Mis hermanos quieren vender la casa y yo no tengo dinero suficiente para retenerla en la familia. La verdad es que es una verdadera pena.
El hombre la llevó hasta una puerta gigante de doble hoja, la abrió lentamente y los ojos de Andrea comenzaron a iluminarse. La sala era completamente redonda, pero de unas dimensiones increíbles. Los libros ocupaban todas las paredes y un pequeño laberinto con la forma de la estrella de David.
—Espero que no se pierda. Justo al fondo estaba su mesa de trabajo y archivos personales. Mi abuelo no creía en los ordenadores, guardaba cientos de papeles y pequeñas libretas de piel negra. También toda la correspondencia clasificada por años. Algunas veces me tocó ayudarlo para poner orden.
—Gracias —dijo emocionada.

Caminó despacio por los pasillos de aquel increíble laberinto de libros hasta llegar a un círculo en el que se encontraba la mesa del escritorio y unos archivadores de madera. Se sentó en la mesa y alzó la vista, justo enfrente se encontraba la mayor colección de libros y obras sobre Adolf Hitler que había visto jamás, aún mayor que la de su amigo Daniel Rocca.

Capítulo 18
La Biblioteca Secreta

Bariloche

Andrea comenzó ojeando la correspondencia entre Daniel y el profesor Goodman. Comprobó que comenzaba varios años antes, cuando su viejo amigo aún vivía en Buenos Aires y se interrumpía poco antes de la muerte del profesor. En las cartas hablaban de muchas cosas, sobre todo relacionadas con la Segunda Guerra Mundial, el nazismo y la llegada de simpatizantes hitlerianos a América, pero en el último año el único tema del que hablaban era sobre el libro de Hitler.
En la última carta recibida por Goodman, ya que no tenía las enviadas por este, su amigo le comentaba:
«Es increíble que lo hayamos tenido tan cerca y no pudiéramos verlo. Yo no puedo viajar, pero alguien de mi confianza, que vive en Argentina, pasará a buscar la información».
Después de la correspondencia, estuvo leyendo por encima los diarios. Comenzaban en 1945, cuando el profesor Goodman cumplió los quince años de edad y terminaban ese mismo año.
Andrea miró por curiosidad los primeros diarios, aunque pensaba que apenas tendrían importancia, pero justo en el segundo de los diarios vio una nota que la dejó sorprendida:
«Lo he visto, los rumores parecen ciertos. Intentaré acercarme a la casa una de estas noches».
La mujer tomó los primeros cuadernos y algunos de los últimos y los guardó en su mochila, quería pedir al nieto del profesor que se los prestara para leerlos tranquilamente aquella noche.
Después registró los cajones, no había gran cosa. Plumas usadas, algunos mapas viejos de Bariloche y otros lugares, una lupa y un abrecartas. El cajón más pequeño estaba cerrado con llave. Buscó por la mesa, pero no encontró ninguna. Tomó el abrecartas y forzó la madera. El cajón se abrió y vio en el interior el dibujo de una especie de gran esvástica y justo en el centro la letra H.
Estuvo un buen momento intentado descubrir de qué se trataba, hasta que miró

a su alrededor y comprendió que aquella sala tenía la forma de una inmensa esvástica dentro de un círculo. Se dirigió hasta el vértice y buscó, no se veían nada más que libros y estanterías. Hasta que se percató de una pequeña cruz de hierro de las que se concedían en la Gran Guerra, la levantó y al momento escuchó un chasquido y después notó que se abría una compuerta detrás de la estantería. Entró y observó una escalera en espiral que descendía, la siguió, pero se paró a los pocos peldaños. Encendió la linterna de su teléfono y continuó descendiendo.

Tuvo que bajar varios metros antes de llegar al suelo del sótano. Vio un interruptor y prendió la luz. La sala se iluminó. Era de forma circular, pero más pequeña que la superior. En las estanterías había libros, algunos símbolos nazis, pero lo que más le llamó la atención fue un gran mapa de América con muchos países señalados con una esvástica. Miró en la estantería que estaba abajo y leyó:

—Plan de Hitler para dominar América.

Se quedó boquiabierta. ¿Qué era realmente lo que había descubierto el profesor Goodman? Llevaba décadas investigando a Hitler, pero para él no era un tema del pasado, en el fondo sabía que las ramas del nazismo habían seguido creciendo todo ese tiempo. Andrea tomó uno de los tomos de color rojo y los puso sobre un escritorio polvoriento y comenzó a leer.

Capítulo 19
El plan

Bariloche

Andrea se sentó y comenzó a leer el libro con verdadera devoción. Sentía cómo cada palabra, cada frase abría su mente a una realidad que desconocía hasta ese momento:
«La mayoría de los historiadores siempre han comentado que Adolf Hitler no estaba interesado en el continente americano, que sus planes se centraban en el Este de Europa y buscar el espacio vital para el desarrollo del pueblo germano. Los planes de Hitler para América siempre fueron material de alto secreto, aún después de la guerra los aliados no se atrevieron a hacerlos públicos. Alemania declaró la guerra a los Estados Unidos después de Pearl Harbor. Su política de alianzas parecía abocarle a una guerra contra el «gigante dormido», que en aquel momento eran los Estados Unidos.
El ejército alemán había evitado formular planes para un ataque a América por el temor a que eso provocara la entrada de los Estados Unidos en el conflicto. Los alemanes despreciaban la capacidad bélica de los norteamericanos. No los consideraban los artífices de la derrota de la Gran Guerra, ya que creían que la derrota se había debido a una traición interna. Hitler defendía que los judíos habían minado el poder en Alemania, hasta conseguir que esta capitulara, cuando el resultado de la guerra aún era incierto.
El gran problema para atacar los Estados Unidos no eran las defensas norteamericanas sino la lejanía de los futuros objetivos. Los nazis fueron ocupando zonas más próximas a las costas norteamericanas desde donde lanzar sus ataques. Adolf Hitler incluso apoyó el proyecto de construir un bombardero llamado *Amerika,* que podía llegar hasta Nueva York y bombardearlo.
Todos estos planes eran apenas una pequeña muestra de los planes de Hitler para América. Desde los años treinta, Adolf Hitler había creado comunidades, bases y preparado soldados para la ocupación total de Sudamérica. En cuanto la guerra se estabilizase en Europa, los nazis tomarían el control de países como Argentina, Brasil, Uruguay, Paraguay, Chile, Bolivia, Perú, Ecuador, Panamá, Colombia, Venezuela y algunas islas del Caribe.

Los nazis instalaron en 1940 varias bases secretas en Argentina. Una de ellas se encontraba en la provincia de Misiones.
Las pruebas de la invasión de Latinoamérica fueron descubiertas por un espía norteamericano en Berlín que logró hacerse con algunos planos y documentos en los que los nazis reflejaban el nuevo orden mundial tras la guerra. Los nazis dividirían el continente en cinco países vasallos, terminando con la mayor parte de los países más pequeños. Los cinco países eran: Argentina (con ella se incluía Uruguay, Paraguay y parte de Bolivia), Nueva España (Ecuador, Venezuela, Colombia y Panamá), Brasil (con parte de Bolivia y las Guayanas) y por último Chile con parte de Perú y Bolivia».
Andrea paró un momento la lectura. Tomó unas notas habladas y después continuó.
«Adolf Hitler no se limitó a soñar una Europa bajo su dominio, tenía un verdadero plan para gobernar el mundo. Sus doctrinas racistas pretendían sojuzgar Asia, África, Oceanía, América y naturalmente Europa. Adolf Hitler desarrolló sus teorías racistas y su deseo de expansión hacia el Este en su famoso libro *Mein Kampf*. Esta visión geopolítica durante su encarcelamiento en 1924 se vio ampliada por un libro secreto que nunca se llegó a publicar, pero que contenía las directrices a seguir en la expansión del Tercer Reich y un posible Cuarto Reich.
Adolf Hitler dio un discurso en la Universidad de Erlangen, en noviembre de 1930, en el que decía que los alemanes tenían el derecho a gobernar el mundo por completo. Para conseguirlo debía utilizarse la fuerza de las armas, pero también la astucia, la diplomacia y el engaño. El Estado nacionalsocialista era profundamente inmoral, para él el bien supremo y el fin estaban por encima de los métodos a utilizar.
Rudolf Hess describió en una carta a Walter Hewel, un diplomático nazi, en 1927 que la paz mundial únicamente sería posible si había un dominio activo de los alemanes y que este dominio únicamente se alcanzaría con la fuerza de las armas. Los alemanes estaban llamados a convertirse en una especie de policía mundial y en árbitros de los grandes conflictos.
Heinrich Himmler, lugarteniente de Hitler y fundador de las SS, opinaba que se necesitarían siete años de guerra para convertir a Alemania en el Imperio Germánico Mundial o *Germanisches Weltreich.*
La visión de Hitler para Europa era la creación de una Confederación Europea. La idea había surgido del ministro de Asuntos Exteriores alemán Joachim von Ribbentrop y comprendía una Europa unida bajo el dominio

alemán, en el que estaría presente Alemania, Francia, Italia, Dinamarca, Noruega, Finlandia, Eslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria, Serbia, Croacia y Grecia. España podría ser estado asociado. Los únicos estados independientes serían Portugal, Noruega y Suiza. Fuera del continente estarían Gran Bretaña e Irlanda. La unidad sería total, pero se respetarían algunas singularidades. De esa manera Hitler pensaba que se mostraría una cara de unidad frente al resto de continentes.

Además, existiría un Gran Reich germano, donde se procuraría la germanización de la población. Dentro de este Gran Reich estarían Austria, Alemania, República Checa, Ucrania, Polonia, Dinamarca Suecia, Finlandia, Repúblicas Bálticas, parte de Rusia, parte de Francia, Holanda y parte de Bélgica. Para ello se asentaría población alemana en estos territorios y se germanizaría a los países anexionados realizando una limpieza étnica en los mismos.

Alemania recuperaría sus colonias en África, además de las de origen portugués y francés en la zona subsahariana.

Asia se dividiría en dos, una parte para su aliada Japón y la otra para Alemania. La división del territorio se produciría en el río Yenisei en Siberia. Serían estados vasallos Afganistán, Pakistán, Irán, India británica y Oriente Próximo.

Oceanía se concedería a Japón, que ocuparía Australia y el resto de islas del Pacífico».

Andrea estaba a punto de llegar a la parte en la que el libro hablaba de los planes específicos para América, cuando escuchó pasos.

—¿Cómo ha encontrado este lugar? —preguntó el hombre mientras descendía por las escaleras.

—Vi un plano en el cajón de la mesa de su abuelo, al parecer en esta sala escondía los libros más valiosos y sus papeles más importantes. Sin duda temía que alguien pudiera encontrarlos —comentó Andrea.

Teodoro contempló la sala, las estanterías, los libros y los archivadores.

—¿Cómo nos ha podido ocultar esto durante tanto tiempo? ¿De qué tratan esos libros que está leyendo?

—Son una colección publicada por la editorial argentina Nuevo Orden. Nunca la había escuchado. Puede que fuera una editorial clandestina, que únicamente conocían los nazis de América. Es increíble lo que cuenta, se lo aseguro.

—¿De qué trata?

—Sobre la política de Adolf Hitler para gobernar el mundo —contestó

Andrea.
—Bueno, eso ya no tiene mucha importancia. No importa que tuviera los planes más descabellados, ya está muerto y los nazis no tienen ningún poder —dijo el hombre.
—¿Está seguro de eso? —preguntó Andrea.
Teodoro se quedó pensativo, después tomó el libro y lo observó por unos momentos.
—¿Los planes de Adolf Hitler para América?

Capítulo 20
La primera noche

Bariloche

Teodoro se sentó a su lado. Andrea tomó otro de los libros y comenzó a leer:
«Los alemanes eran conscientes de que un ataque a los Estados Unidos o una invasión de América era muy compleja. Por un lado, la lejanía de los objetivos y por otro, la falta de una armada que pudiera dominar los océanos y preparar una supuesta invasión. La estrategia de Hitler era a largo plazo. Para ello apoyó la tesis que convertía en ario a todos los nativos norteamericanos. El propio presidente Franklin D. Roosevelt habló de los planes nazis para socavar o destruir las democracias parlamentarias en América.
Hitler creía que una vez derrotada la Gran Bretaña, podría utilizar su flota para dominar los mares e invadir América. Aunque los más osados eran los planes de los nazis para dominar América del Sur.
Adolf Hitler al principio no prestó mucha atención a América del Sur, pensaba que era una tierra de mestizos, cosa que abominaba, pero la instalación de grandes comunidades de alemanes y austríacos durante el siglo XIX, le hizo soñar con la posibilidad de realizar en América todo tipo de experimentos sociales.
El primer objetivo fue crear una dependencia económica de América, para que los Estados Unidos dejaran de ser el principal socio comercial del continente. La principal prueba que encontraron los aliados fue el mapa que dividía América en cinco países, pero ¿cuál sería el papel de Alemania en América una vez terminada la guerra?
El documento secreto se encontró por casualidad en Buenos Aires tras el accidente de un mensajero del embajador, aunque muchos han dudado de la autenticidad del mapa.
En primer lugar, Hitler quería persuadir a las élites blancas de los países de Sudamérica y Centroamérica para que se convirtieran a las ideas nazis».
Teodoro miró a la mujer, llevaban varias horas en el sótano y aún no se creía que aquel lugar pudiera existir, tampoco las ideas aparentemente disparatadas de todos aquellos libros.
—Puede que todo se trate de propaganda. Es algo muy común en los nazis.

Inventaban falsos rumores y después los esparcían para crear pánico.
—Esta editorial era privada y únicamente servía libros a los simpatizantes nazis. ¿Cómo podía crear rumores?
—Es cierto, será mejor que se tome un respiro. ¿Quiere cenar algo? Lleva todo el día aquí encerrada.
—Sí, estoy muerta de hambre —comentó mientras estiraba los brazos.
—Prepararé unas verduras y unos filetes de ternera. En esta zona hay muy buena carne.
—Estupendo. ¿Puedo llevarme los diarios de su abuelo para leerlos en el hotel?
—Sí, pero le pido que los cuide y después me los devuelva —comentó el hombre.
—En ellos debe dar más información sobre lo que he leído y el paradero del libro secreto de Hitler —contestó Andrea.
Teodoro se marchó a preparar la cena mientras ella ojeaba un poco más los libros de las estanterías. La riqueza de la biblioteca secreta era increíble. Reunía algunos de los inventos secretos de los nazis, que no habían podido sacar a la luz tras perder la guerra. Algunos se habían llevado a cabo, pero otros aún eran meras teorías. Los más conocidos eran las famosas bombas voladoras V-1, los lanzacohetes Fliegerfaust, el cohete A9 y A10 AmeriKa. Algunos de los libros detallaban un increíble cañón sónico, para destruir los tímpanos de los enemigos, un arma solar, el bombardero Henschel hs 132, con un motor a propulsión. El cañón K, uno de los más grandes concebidos en el mundo, capaz de perforar un búnker. El tanque Panzer VIII Maus, con motor eléctrico híbrido, el gigantesco tanque Landkreuzer de 1.000 toneladas. Uno de sus aviones más ambiciosos era el cazabombardero Horten Ho 229, una gigantesca ala volante con propulsión a chorro.
—Andrea, la cena está lista —dijo Teodoro asomándose a la escalera.
Dejó los libros. Muchas veces cuando estaba tras una investigación tenía la sensación de que no necesitaba alimentarse o dormir. Después solía tener un fuerte decaimiento, para recuperar la energía perdida.
Ascendió hasta la biblioteca principal y después se dirigió a la cocina. Allí estaba él preparando una cena improvisada.
—Todo tiene muy buena pinta.
—Esta mañana temprano compré algo de pan, es otra de las delicias de esta zona —comentó Teodoro.
Se sentaron a comer y durante algunos minutos apenas cruzaron palabra,

después Teodoro propuso un brindis y la conversación comenzó a fluir de nuevo.
—Por la oportunidad que nos da la vida de conocer gente nueva —dijo él.
—Brindo por eso.
—¿No tiene la sensación de que a medida que uno se hace mayor conoce a mucha menos gente?
—No me hables de usted —dijo Andrea.
—Perdona, es la costumbre. Por mi profesión continúo conociendo a personas nuevas a menudo, pero la mayoría de las veces me da mucha pereza profundizar en las relaciones. Por eso te lo comento.
—A mí tampoco me conoces —dijo Andrea.
—En cambio tengo la sensación de conocerte de antes.
—Si has vivido en Buenos Aires, seguro que hemos coincidido en alguna parte.
—No me refiero a que me suene tu cara, es la sensación de conocerte en profundidad.
—Tal vez en una reencarnación anterior —bromeó Andrea.
—¿Tú también crees en esas cosas? —preguntó Teodoro.
—No, era broma —dijo la mujer dejando que el efecto del vino la relajara un poco.
—Me pasa únicamente con ciertas personas, será que logramos conectar antes, como si fuéramos almas gemelas.
—¿Tu familia lleva aquí desde su llegada a la Argentina?
—No, mi bisabuelo vivió antes en Córdoba, después vino aquí a probar fortuna. Mi familia se dedicaba a exportar algunas cosas; podemos decir que eran intermediarios, aunque ahora esté mal visto.
—¿Tu abuelo también?
—El nació aquí. No en esta casa, pero sí en la ciudad. Imagino que esto antes eran apenas algunas casas, la zona de los suizos y poco más. Desde que era niño Bariloche ha cambiado mucho. Mi abuelo construyó esta casa y todos los primos veníamos aquí, mejor dicho, primos segundos. Yo tenía una relación especial con él, siempre me comentaba que le recordaba a él de joven. Nuestra familia provenía de Austria, aunque no creo que mi abuelo fuera nunca a ese país. No sabemos alemán, aunque nos quedan algunas costumbres.
—Qué interesante.
—Nuestra familia provenía de una antigua saga judía. Éramos sefardíes, nuestros antepasados vivían en Sevilla, pero tras la expulsión se instalaron en

Praga y después en Viena. Se cambiaron el apellido Segovia por Goodman. Cuando los nazis llegaron al poder, mi bisabuelo decidió venir a América.
—Pues Bariloche no era el mejor lugar para perder de vista a los nazis —comentó Andrea.
—Nazis había en toda la Argentina. Era difícil no toparse con ellos, pero la llegada al poder de Perón animó a mi bisabuelo a trasladarse aquí. Siempre hubo nazis, pero la mayoría llegó después de la guerra —dijo el hombre.
—Incluso se rumoreó que Hitler había vivido aquí, tras escapar del búnker.
Teodoro miró a la mujer un rato, saboreó de nuevo la copa y después le dijo:
—Venga a ver esto.
Los dos dejaron la cocina y caminaron hasta el amplio salón. Allí el hombre abrió unos cajones y sacó varias fotos viejas en blanco y negro. No eran muy nítidas, pero se veía claramente la figura de un hombre.
—¿Es Adolf Hitler? —preguntó la mujer sorprendida.
—¿Usted qué cree?
Andrea las observó con detenimiento. Quería cerciorarse de que no se trataba de una ilusión óptica.
—Estas fotos las hizo mi abuelo a finales de 1945. Se trata de Adolf Hitler y la mujer que se encuentra a su lado es Eva Hitler, más conocida por su nombre de soltera, Eva Braun.

Capítulo 21
Huida desesperada

Bariloche

Escucharon un fuerte ruido, como la explosión de un cristal. Andrea aferró su mochila, que estaba en el suelo y se agachó. Teodoro miró a su espalda y vio varias sombras moviéndose por el jardín.
—Ven —dijo a la mujer mientras corría hacia la parte trasera de la casa.
Andrea lo siguió y entraron en lo que parecía un garaje. Allí había un gigantesco Hummer de color negro. Subieron al vehículo y el hombre pisó el acelerador. La puerta del garaje no había terminado de abrirse, pero el coche la embistió como si fuera una hoja de papel y salió a toda velocidad a un pista de tierra. Después Teodoro dio un volantazo y recorrió los doscientos metros que le separaban de la valla a toda velocidad. Golpeó la puerta y salió al paseo. Escucharon algunos bufidos que no supieron interpretar, pero que se trataba de disparos con silenciador.
—No te preocupes, conozco estas montañas como la palma de mi mano. Este coche siempre lo tengo dispuesto aprovisionado y cuenta con todo tipo de equipos de supervivencia. De vez en cuando subo a la montaña y me gusta estar preparado.
El Hummer cruzó las calles silenciosas a toda velocidad, después se dirigió hacia la carretera 40 y comenzaron a bordear el lago.
—¿Se puede saber quién demonios te persigue?
—Lo cierto es que no lo sé. En Madrid un sicario intentó matarme, en Uruguay me capturó un grupo de nazis después de asesinar a la persona que fui a ver y después me liberó un grupo de extrema izquierda al que logré dar esquinazo cerca de Buenos Aires.
—Dios mío, eres muy peligrosa —dijo Teodoro mientras recorrían la carretera a oscuras.
—Lo siento —dijo Andrea a manera de disculpa, sabía que todas las personas que querían ayudarla terminaban asesinadas.
—Curiosamente vamos hacia Villa la Angostura. Una ciudad algo más pequeña que Bariloche.
—¿Qué tiene eso de interesante? —preguntó Andrea.

—Justo a las afueras de la ciudad existe un lugar muy curioso. Una villa que en 1943 compró un pro nazi llamado Enrique García Merou, un amigo muy cercano de Perón. La villa se llamaba Inalco, la construyó Alejando Bustillo, un arquitecto muy popular en la comunidad alemana de Bariloche. El edificio es muy parecido al famoso Nido del Águila de Hitler en Alemania, como si se la hubieran construido a propósito. Muchos creen que vivió aquí un tiempo, que usaba la residencia como su base principal, pero que realizó viajes a Chile, al Mar de Plata, para entrevistarse con Ante Pavelic, el líder croata que se refugió en esa ciudad y hasta a Córdoba, otra zona con importantes líderes nazis.
—¿Podemos verla?
—Estás completamente loca. Nos siguen unos tipos armados.
Aunque al final cambió de opinión. Teodoro pasó Villa La Angostura y continuó por la carretera 131, buscó un camino forestal y ocultó el coche.
—Está muy cerca. A menos de un kilómetro a pie —dijo señalando un sendero en mitad de los árboles.
Bajaron del coche y Teodoro encendió una linterna. Caminaron unos minutos hasta llegar a una playa. La casa estaba junto al río. La construcción unía varios tipos de edificios hasta formar una colosal mansión.
—La mansión solía estar aislada en invierno. La comunicación se hacía principalmente por barco —dijo Teodoro al llegar hasta el límite del bosque.
—Hay luz dentro —comentó Andrea señalando una de las ventanas.
—No puede ser… que yo sepa lleva décadas deshabitada, aunque tiene un nuevo dueño que se preocupa por mantenerla en buen estado e impedir los saqueos. Cuando yo era pequeño entré una vez. El padre de uno de los guardeses era amigo mío.
—¿Cómo es por dentro? —preguntó.
—Una casa enorme de inmensos salones, tiene muchas estancias y habitaciones. A mí me pareció siempre más un gigantesco campamento que una vivienda. Imagino que en otros tiempos vivieron en ella al menos medio centenar de personas.
—Un pequeño ejército —dijo Andrea, que comenzaba a sentir el frío en los huesos a pesar del polar que le había prestado su acompañante.
Teodoro apagó la linterna y se acercó agachado hasta la casa. Andrea lo siguió. Se aproximaron a una de las ventanas y el hombre echó un vistazo.
Fueron apenas unos segundos, pero suficientes para que pudiera contemplar a unos hombres hablando. Eran de avanzada edad, pero parecían estar en buen

estado físico.
—¿Qué has visto? —preguntó Andrea.
—Unos hombres, nada sospechoso…
—¿Nada sospechoso? Esta es la mansión en la que pudo habitar Hitler y hace una hora nos atacaron un grupo de nazis en la casa de tu abuelo. No creo que se trate de una coincidencia.
—¿Y qué quieres que hagamos? ¿Llamamos a la policía?
—No, ¿de qué los podemos acusar?
Escucharon una lancha que se aproximaba al pequeño embarcadero. Media docena de personas bajaron de ella y se dirigieron a la puerta principal.
—Esos pueden ser los que nos atacaron —dijo la mujer señalando al grupo que había entrado en la casa.
—Será mejor que nos marchemos de aquí —dijo Teodoro. Apenas había pronunciado la última palabra cuando escuchó el ladrido de unos perros. Corrieron de nuevo hacia el bosque, pero los ladridos se escuchaban cada vez más cerca. Escalaron la ladera en dirección al coche y apenas habían llegado de nuevo al sendero, cuando los ladridos se convirtieron en gruñidos. Cuatro perros los rodeaban.
La oscuridad únicamente permitía que vieran sus ojos brillantes y sus dientes blancos. Andrea reprimió un grito. Su acompañante sacó de la mochila una pistola de bengalas y apuntó a uno de los animales. Antes de que este se lanzara a por él, logró disparar. El perro fue alcanzado de lleno. La bengala se incrustó en su boca y comenzó a arder, ante los gemidos desesperados del animal. El resto de los perros se quedó petrificado, como si no supieran qué hacer.
Comenzaron a correr de nuevo y subieron en el coche. Teodoro salió a la carretera principal y continuó sin mirar atrás.
—¿A dónde vamos? —preguntó Andrea.
—Tengo un pequeño apartamento en Chile, en una zona llamada Valdivia. Uno de mis hermanos lleva años viviendo en Santiago, lo usa como casa de veraneo.
Viajaron sin parar hasta Anticura, allí repostaron y desayunaron algo. El camino era espectacularmente bello, pero Andrea tenía en la cabeza otras cosas. No estaba segura de si se estaba alejando o acercando a su objetivo. Si Hitler había sobrevivido al búnker en Berlín y había llegado a Argentina, sin duda se había llevado el manuscrito de su libro. Entonces, ¿A qué se había debido la muerte de Max Amann? ¿Qué secretos guardaba realmente ese libro

que ya había provocado tantas muertes? ¿Qué había descubierto el profesor Goodman?

Capítulo 22
Chile

Valdivia

Llegaron al apartamento de noche. Estaba en una hermosa zona residencial de casas pequeñas de tejados muy apuntados. Parecía un pueblo del norte de Europa más que de la coste de Chile. Andrea ya había estado en el país, pero nunca tan al sur. Siempre había ido a Valparaíso o a Santiago de Chile. Argentina y Chile eran dos naciones que siempre se habían dado la espalda. Desconfiaban la una de la otra y parecían siempre encontrarse en una eterna disputa.

Andrea entró en la casa, Teodoro buscó en la despensa algo que pudieran comer. Sacó algunas latas e improvisó la cena. Puso la mesa en el jardín de atrás y cuando la mujer estuvo lista comenzaron a cenar.

—Siento haberte metido en todo este lío —le dijo a ella.

—Bueno, necesitaba un cambio de aires. La casa de mi abuelo me estaba asfixiando… son demasiados recuerdos.

—Debió ser un gran hombre.

—Sí, lo fue. Dedicó toda su vida a la enseñanza y el periodismo. Creo que tu profesor y él se conocieron en la universidad, debió ser alumno suyo. Mi abuelo no se fue al exilio en la dictadura, pero regresó a Bariloche, lo que era poco menos que un exilio interior. Entonces se obsesionó con encontrar las conexiones entre las dictaduras que estaban surgiendo en Sudamérica y los nazis.

—Siempre se ha dicho que fueron los norteamericanos y la CIA los que provocaron los golpes de estado de los años setenta y ochenta —dijo Andrea.

—Sin duda la CIA participó, pero no fueron los únicos interesados en las dictaduras de derechas.

—¿Por qué se obsesionó tu abuelo con este tema?

—Él impartió clases en la universidad de Buenos Aires, pero al verse retirado de manera forzosa continuó algunas investigaciones que había comenzado siendo aún un joven. Ya te comenté que con poco más de quince años hizo las fotos que viste. Descubrió que Adolf Hitler no estaba muerto, sino que realmente había logrado refugiarse con su esposa en Bariloche.

—Pero eso es imposible. El Ejército Rojo encontró los restos de Hitler y Eva Braun en los alrededores del búnker y decenas de testigos afirmaron que se había suicidado el 30 de abril de 1945.
—Eso es lo que siempre hemos creído, la versión oficial, pero mi abuelo sabía lo que había visto. Se puso a investigar el caso y encontró muchas cosas que no coincidían. Supuestos errores en la versión final del suicidio.
—¿Qué tipo de errores?
—Según la versión oficial se suicidó al mediodía, para ser exactos a las 15:30 de la tarde. Un día antes había preparado su testamento político y personal, también se había casado con Eva Braun, como intentando cumplir el último deseo de la que fue su amante oficial. El día del suicidio comió con sus secretarias, después se despidió de la gente más cercana, sobre todo de los Goebbels, Magda incluso intentó disuadirlo para que no se suicidara. Se despidió de sus edecanes Heinz Linge y Otto Günsche y después se encerró con Eva en sus cuartos privados. Quince minutos más tarde, cuando los edecanes entraron encontraron a Adolf Hitler en su diván preferido junto a Eva. Hitler estaba doblado sobre sí mismo con una mueca deformada en la cara y una pistola Walther PPK de 7,65 mm al lado de su mano derecha. Eva estaba a su lado, tendida a lo largo del diván y no se había disparado al caer fulminada por la cápsula de cianuro que había tomado.
—Eso es lo que he leído.
—Luego se deshicieron de los cuerpos, los llevaron fuera del búnker y los quemaron frente a Joseph Goebbels y otros cargos nazis. Los obuses que caían al lado de la Cancillería impidieron que siguiera el acto, todos se refugiaron en el búnker de nuevo y los cuerpos no llegaron a consumirse por completo a pesar de los 200 litros de gasolina utilizados. Pero ahora empiezan las contradicciones.
—Estoy impaciente por oírlas.
Teodoro se levantó de repente.
—Disculpa un momento —dijo mientras se iba al interior de la casa.
Salió con un cigarrillo encendido y se sentó de nuevo frente a la mujer.
—El gobierno alemán anunció la muerte de Adolf Hitler el 1 de mayo. El encargado en anunciarlo fue el almirante Karl Dönitz, el sustituto elegido por Hitler para gobernar las cenizas del Reich. Stalin no creyó una palabra y envió un grupo de investigadores del NKVD. El SMERSH se encargó de la investigación, pero no dieron con los cuerpos de Hitler y Eva hasta el 9 de mayo, más de una semana más tarde.

—Es extraño que tardasen tanto tiempo.
—La prueba determinante fueron las piezas dentales que se habían conservado, gracias a la ayuda de una enfermera del dentista de Hitler. Stalin no creyó las pruebas de sus propios investigadores. El líder soviético acusó a Occidente de ayudar a Hitler a escapar.
—Eso no tiene sentido. ¿Por qué iban a hacer una cosa así?
—Bueno, los rusos querían desprestigiar a las potencias occidentales. Estaba comenzando la Guerra Fría, pero hay muchas contradicciones en la versión que te he contado. Mi abuelo estuvo décadas investigando cada detalle y sacando sus conclusiones.
—¿Qué conclusiones fueron esas?
—En primer lugar, William F. Heimlech, ex jefe del Servicio de Inteligencia de las fuerzas estadounidenses en Berlín, comentó que era escéptico ante la muerte de Hitler. Nunca hubo pruebas determinantes de que los cuerpos encontrados fueran los de Hitler y su esposa. El propio general Eisenhower declaró en un telegrama en octubre de 1945 que aunque había creído al principio en la muerte de Hitler, en ese momento poseía pruebas que demostraban lo contrario. En la radio oficial se había anunciado que Hitler había muerto luchando, ya que según uno de los ayudantes de Gobbels Hitler había muerto alcanzado por un obús ruso, después de ser capturado por los soviéticos en Berlín. El propio mayor ruso Deudor Pletonov dijo que el cadáver encontrado era el de un doble de Hitler, al que le habrían realizado los mismos trasplantes bucales para hacer más creíble la farsa.
—Pero si no murió. ¿Cómo pudo escapar de una ciudad asediada?
—Unos días antes del supuesto suicidio está registrado el aterrizaje en la ciudad de Hanna Ritsche, la mujer piloto más famosa de Alemania. Ella y Otto Skorzeny sacaron a Hitler y a su mujer de Alemania. Se cree que hicieron escala en el aeropuerto austríaco de Hörsching.
—¿Dónde fue el avión?
—El único aliado que le quedaba en Europa era el general Franco. El avión de Ritsche, que en sus memorias reconoció haber sido la persona que sacó a Hitler de Alemania, lo llevó hasta Barcelona. En varios informes del FBI desclasificados, se habla del viaje de Hitler a España. Allí hizo escala para tomar un submarino hasta Canarias, desde allí viajó hasta Argentina. En Barcelona fue visto por algunos miembros de la Falange y un sacerdote jesuita. Un tal Werner Baumbach, un nazi que emigró a Argentina, llevaba varios documentos sobre la fuga de Hitler. Este individuo más tarde trabajó

para el proyecto aeronáutico de Perón. El líder nazi cambió un poco su aspecto, se afeitó el bigote y se rapó el pelo. Hasta el Estado alemán nunca lo dio por muerto y hasta 1956 no se admitió su fallecimiento, pero sin pruebas concluyentes. En el búnker se mató a un doble de Hitler, la mayoría del personal no sabía nada —dijo Teodoro.

—¿Cómo pudo llegar con un submarino hasta Argentina sin ser interceptado?

—Los submarinos alemanes eran muy eficientes. El que llevaba a Hitler necesitaba una escala, no podía ir hasta Argentina sin salir a la superficie. Al parecer los nazis tenían una base secreta en la isla de Gran Canaria. Cerca de un barranco llamado de Tamaraceite, dentro del cuartel Manuel Lois. Después de repostar allí, el submarino pasó unos días en la isla de Fuerteventura, allí descansó Hitler en la mansión de uno de sus simpatizantes, en la famosa casa Winter. Gustav Winter era un empresario alemán simpatizante de los nazis. En su casa Hitler recuperó fuerzas antes de hacer el último viaje hasta Argentina —le explicó Teodoro.

—Parece verosímil, pero no hay pruebas determinantes. ¿Verdad?

—Son teorías. Otra apunta a que Hitler llegó en avión hasta Cantabria, después viajó desde Vigo en submarino. Lo curioso es que todas son parecidas: pasan por España y terminan en la Patagonia.

—Sí, pero el cuerpo que encontraron los rusos…

—Ese es otro misterio. Yuri Adópov, presidente de la KGB en 1970, pidió al Politburó que se destruyeran los restos de Hitler y su esposa, para impedir que se conociera la fosa común en Magdeburgo en la que habían sido enterrados. Se conservaron algunos restos de la mandíbula y el cráneo, pero están en manos del FBI en la actualidad. Un análisis realizado por la Universidad de Connecticut demostró no hace mucho tiempo que los restos no pertenecían a un hombre de 56 años, la edad que tenía Hitler, sino a una mujer de poco más de 40 años.

—Me dejas asombrada.

—Además, ya te comenté que mi abuelo vio a alguien que se parecía a Hitler a finales del año 1945 y le hizo las fotos que viste.

—Entonces, Hitler no murió en Alemania, escapó a Argentina por España y vivió allí hasta su muerte.

—No, se cree que, tras la destitución en 1955 de Perón en Argentina, Hitler escapó a Paraguay, donde el dictador Alfredo Stroessner lo acogió con los brazos abiertos.

Andrea tomó un poco más de vino. Se encontraba agotada, pero toda aquella

increíble historia la había dejado con ganas de conocer mucho más. ¿Hablaría de todo eso Goodman en sus diarios?
—Será mejor que intentemos descansar un poco —dijo ella.
—Tienes razón. Mañana tendremos la cabeza más serena.
—Muchas gracias por ayudarme. Sé que no es un momento fácil para ti. Imagino que echas mucho de menos a tu abuelo —comentó Andrea.
—No sabes hasta qué punto, pero al menos el hablar de todos estos temas me ha recordado las veladas que pasábamos juntos.
—¿No te dijo dónde podía encontrarse *El libro secreto de Hitler?*
—No lo recuerdo, puede que fuera una investigación más reciente y no me dijera dónde estaba el libro. En los últimos años no teníamos tanto contacto. Yo viajaba mucho, él estaba ya algo enfermo. A veces la vida nos separa de aquellos que más amamos. No somos conscientes del paso del tiempo y cuando queremos darnos cuenta, nuestros seres queridos ya no están aquí para mostrarles nuestro cariño.
Andrea se retiró a su habitación. Aquellas palabras le hicieron pensar en su madre. No sabía si su amiga Luisa había podido hablar con ella. Con todo lo que habían dicho en las noticias debía estar muy preocupada. Decidió mandarle un wasap, para que al menos supiera que estaba bien. Después sacó los diarios del profesor Goodman y comenzó a leer.

Capítulo 23
Diarios

Valdivia

En cuanto se quitó la ropa y se tumbó en la cama tuvo la tentación de dormirse. El viaje desde Argentina en coche había sido agotador, apenas había dormido un poco en el coche, pero a medida que se adentraba en aquel increíble misterio, sentía la necesidad de descubrir qué se escondía detrás. En muchos sentidos, de ello dependía que pudiera recuperar su vida. El encuentro con Teodoro Goodman había sido toda una suerte o al menos así lo veía ella.
Vació todos los diarios sobre la cama y comenzó por el más antiguo. Las fechas comprendían los años 1945 a 1947. Le entusiasmó adentrarse en la mente de un adolescente que está comenzando a descubrir el mundo y de repente se encuentra con una historia tan increíble como aquella.
«Era una mañana de noviembre como otra cualquiera. No esperaba que sucediera nada excepcional. Las tardes aún eran largas y el calor continuaba, aunque en Bariloche siempre refrescaba por las tardes. Aquel año algunos de mis amigos habían ido de veraneo al otro lado de las montañas, pero afortunadamente Marcos permanecía conmigo.
Caminábamos por la calle principal del pueblo cuando mi amigo me señaló un precioso Mercedes que había a la puerta de un restaurante de comida vegetariana. Era algo estrafalario, pero muchos alemanes tenían costumbres realmente extrañas. Muchos de ellos eran extremos comedores de carne y otros observaban la más estricta dieta vegetariana.
Nos preguntábamos a quién podía pertenecer aquel precioso Mercedes negro, pero apenas habíamos comenzado a mirarlo, cuando vimos a dos fornidos alemanes dirigirse hacia nosotros. Nos dijeron que nos apartásemos del vehículo. Nos alejamos unos pasos, pero antes de que continuáramos nuestro camino con las bicicletas vimos a una pareja acercarse hasta el Mercedes. Ella era una atractiva mujer rubia vestida con un elegante traje chaqueta y un discreto sombrero. El hombre parecía mucho mayor. Apenas tenía pelo, sus ojos azules, hundidos bajo unas intensas ojeras negras, no disminuían su brillo. Llevaba puesto un sombrero verde estilo tirolés y tenía una pequeña cicatriz en el labio superior. Apenas nos dedicaron una mirada, el hombre me sonrió y

entró en el coche.
Decidimos seguirlos un rato. El coche iba despacio, como si estuvieran dando un grato paseo después de comer. Al final se detuvo en una tienda, la mujer descendió, compró lo que parecía unos dulces y subió de nuevo al vehículo. Lo seguimos hasta Villa Campanario, una zona de casas exclusivas, donde vivían algunos alemanes muy ricos.
Entramos discretamente en la urbanización, las casas estaban perdidas entre los árboles. Dejamos las bicicletas a un lado y observamos a la pareja descender del coche.
Regresamos a casa, mi padre me regañó por llegar tarde a la cena. Después de comer algo ligero me tumbé en uno de los sillones del salón. Mi padre tenía en las manos un periódico europeo en alemán. Yo no entendía el alemán, pero vi la foto de Adolf Hitler, el líder de Alemania. Le pregunté qué ponía el periódico y él me contó que el periódico era algo viejo, pero que hablaba del suicidio de Adolf Hitler, el dictador más infame de la historia.
Le comenté que no podía haberse suicidado y, sorprendido, me preguntó por qué decía eso. Le contesté que lo había visto esa misma tarde con su esposa en el centro de Bariloche. Mi padre arqueó una ceja y me dijo que no dijera sandeces».
Andrea se rio de la última ocurrencia del joven Goodman, después comenzó a leer de nuevo.
«Mi amigo Marcos y yo decidimos ir a la casa del misterioso alemán. Necesitábamos hacerle unas fotografías para confirmar que se trataba del propio Adolf Hitler. Una de las tardes, después de que mis padres me dejaran salir, me pasé por casa de mi amigo. Tomamos la vieja cámara de mi padre —unas semanas antes me había enseñado a revelar las fotos— y nos dirigimos a la casa del alemán.
Nos acercamos despacio hasta la parte de atrás. Allí había una piscina, también una mesa de mimbre con seis sillas y varias tumbonas. El hombre estaba sentado en una de las sillas leyendo un libro, la mujer estaba tumbada con su traje de baño. Nos apostamos detrás de unos árboles y le sacamos una fotografía, cambiamos de lugar y le sacamos otras dos o tres. Cuando llegamos a mi casa nos dirigimos directamente a la sala donde mi padre revelaba sus fotos. A los pocos minutos conseguimos revelar todo el carrete. Colgamos las fotos para que se secaran, nos las llevamos a mi cuarto y las comparamos con las del periódico. Sin duda se trataba del mismo hombre, Adolf Hitler».
Andrea tomó otro de los diarios, era el del verano de 1947. Comenzó a

ojearlo hasta que llegó a una parte interesante.
«Adolf Hitler y su esposa se trasladaron después de unos meses a una residencia más discreta junto al municipio de Villa La Angostura. Mi amigo y yo lo descubrimos de manera fortuita. Habíamos ido con mis padres al Puerto Angostura por un negocio que tenía mi padre con unos austríacos y quiso llevarnos para pescar al lago. Mientras estábamos con las cañas vimos que llegaba una embarcación, de ella descendían varias personas, entre ellas Adolf Hitler y su esposa. El hombre andaba más encorvado que un par de años antes, pero apenas había cambiado de aspecto, ella sí parecía mucho mayor.
Cuando el grupo se dirigió a la ciudad nos acercamos al barquero, era un argentino muy pálido, casi albino, hijo de un pescador checo. Tenía algunos años más que nosotros, pero aún era bastante joven. Le preguntamos por sus pasajeros y nos contó que se trataba de un grupo de alemanes que residía en una mansión a la orilla del lago. Era un sitio muy aislado, al que no se podía acceder sino a través del lago. Al parecer había un sendero en medio del bosque, pero era casi intransitable.
Pensé que sería buena idea acercarse a la casa, puesto que mi padre no nos recogería hasta la tarde y estábamos ansiosos por descubrir algo nuevo sobre Hitler. Caminamos unos seis kilómetros por una carretera de montaña y bajamos por el sendero. La mansión era mucho más espectacular que la que Hitler tenía cerca de Bariloche. La guardaban unos hombres uniformados con perros y había un grupo de soldados haciendo ejercicios en la playa. Al poco tiempo llegó Hitler con unos hombres mayores, que lo trataban con mucho respeto. Aquella era la verdadera guarida del lobo, como le gustaba llamar a Hitler a sus escondites».
Andrea vio que los diarios se interrumpían durante casi cuatro años.
«No pude regresar a Bariloche en cuatro años. Mi padre me envió a Buenos Aires a estudiar y, tras la muerte de mi madre, la familia se trasladó a la capital. Fueron años tristes y novedosos, pero me olvidé de Hitler y su escondite en Argentina. El país estaba convulso, Eva Perón se encontraba muy enferma y se intentó derrocar a su esposo del gobierno. La economía argentina estaba en serio declive y yo conocí a mi hermosa esposa Olivia…».
Andrea pegó un nuevo salto y llegó a los diarios de los años de 1955 y 1956.
«La caída de Perón en Argentina asustó a muchos nazis que habían encontrado refugio bajo su mandato. Juan Domingo Perón decidió marcharse al exilio, primero a Paraguay con Alfredo Stroessner, el dictador del país, que le pidió que dejara el país al no poder asegurar su integridad. El expresidente recorrió

la mayoría de las dictaduras latinoamericanas, pero terminó residiendo en Madrid.
Mis estudios de Historia en la universidad me ayudaron a investigar la Segunda Guerra Mundial y la huida de muchos nazis a América Latina. Logré hacerme con los primeros libros que cuestionaban la muerte de Adolf Hitler y decidí ponerme en contacto con mi viejo amigo Marcos, que permanecía en Bariloche. Le pedí que investigara si Adolf Hitler aún continuaba en la zona. Visitó la mansión, pero se encontraba vacía. Algunos antiguos miembros del servicio le comentaron que el alemán se había marchado a Paraguay. Hitler ya no estaba en Argentina».
Andrea se quedó sorprendida, Hitler se había atrevido a dirigirse a Paraguay. En ese momento debía tener unos 67 años, tampoco era tan mayor como para no poder viajar. Además, llevaba diez años viviendo totalmente apartado de la vida pública.
Andrea miró los diarios de los años setenta. En ellos hablaba de su encuentro con Daniel Rocca y cómo llegaron a hacerse amigos, después continuaba con sus investigaciones en Paraguay.
«El sargento Fernando Nogueria de Araujo asistió al entierro de Hitler en Paraguay en el año 1973, tras fallecer a los ochenta y tres años de edad. Al parecer el sargento fue invitado por un amigo llamado Haroldo Ernest, hijo de un líder nazi afincado en Brasil, para pasar unos días en el país. Al parecer Nogueira fue invitado al sepelio que se realizó en un búnker, se había realizado una cripta para enterrar el féretro que fue tapiada tras la ceremonia. Algunos alemanes afincados en Paraguay me han corroborado que el dictador nazi vivió y murió en dicho país. Entre ellos el profesor Karl Bauer, un famoso antropólogo alemán. También el menonita Helmut Janz, director del periódico *Neues gür Alle.* Al parecer Hitler se refugió en la zona de Altos, donde había una extensa comunidad alemana. El dictador residió en una granja cercana a la ciudad de Caacupé. La embajada alemana estaba al tanto de la residencia de Hitler en Paraguay, ayudó en su entierro y después se deshizo de papeles comprometedores sobre el asunto.
Hitler viajó a Paraguay con el nombre de Bormann y se estableció en 1956 en la vivienda de Alban Drug, en Hohenauen en la zona de Alto Paraná. Fue asistido por el médico Joseph Mengele entre los años 1958 y 1959. Cuando falleció en 1971, ya estaba muy enfermo y no se levantaba de la cama.
El propio dictador Stroessner sabía que Hitler estaba en Paraguay; él mismo había autorizado su paso al país ante la petición del propio Perón, al salir de

Argentina por el golpe de estado».
Andrea dejó los diarios sobre la cama. No podía dejar de leer, pero estaba demasiado cansada y se le cerraban los ojos. Se tumbó en la cama y no tardó mucho en dormirse. Sus últimos pensamientos fueron sobre el libro, Goodman no lo mencionaba en ninguno de los diarios, aunque aún le quedaba leer los más recientes.
Adolf Hitler, al parecer, había tenido una larga y tranquila vida en América, pero qué ocultaba el libro. La supervivencia del dictador alemán no implicaba nada en sí peligroso, pero Andrea había podido experimentar en las últimas semanas el poder que conservaban aún los nazis en América. ¿El libro desvelaría sus planes secretos? ¿Mostraría la compleja tela de araña de los nazis en el continente?
Andrea se durmió tan profundamente que no se dio cuenta de la presencia de Teodoro en la habitación. El hombre la observó unos momentos en la cama y después tomó algunos de los diarios para soltarlos poco después. Su rostro parecía ensombrecido por la oscuridad del cuarto, pensó en Goodman, todo aquel tiempo había merecido la pena, se dijo mientras se dirigía a su habitación.

Capítulo 24
El libro

Valdivia

El olor a café la despertó. Nunca había sido una amante de la cafeína, pero últimamente parecía haberse convertido en la única forma de estimular su cuerpo agotado. La tensión de las últimas semanas, los constantes cambios emocionales y el puro miedo habían terminado por descomponer su frágil sistema emocional. A pesar de todo se sentía satisfecha, había superado algunas pruebas muy duras y aún seguía viva.

Se estiró tras sentarse en la cama, después pasó por el baño para asearse un poco y terminar de vestirse. Teodoro la esperaba en la cocina con el desayuno preparado. Una deliciosa tortilla de espinacas.

—Espero que te guste —dijo mientras se la servía.

—Tengo tanta hambre, que creo que me comería un buey.

Los dos desayunaron en silencio y unos minutos más tarde se encontraban en el jardín, el hombre mirando algo en su teléfono y Andrea leyendo los últimos diarios del profesor Goodman.

«Después de toda una vida dedicada al estudio del nazismo en América, al final de mis días he encontrado el libro que puede cambiar la historia de este continente. Lo más triste es que durante todos estos años ha estado tan cerca, pero al mismo tiempo tan oculto bajo las interminables capas de secretos y mentiras.

El otro día contacté con Daniel Rocca, creo que es la única persona en el mundo que me puede comprender. Yo le inoculé la curiosidad por los nazis en América, llevamos media vida compartiendo nuestras investigaciones. Quería que viniera a Argentina, para juntos poder descubrir *El libro secreto de Hitler,* pero los dos somos demasiado viejos.

Daniel me ha prometido que alguien vendrá a por el libro. ¿Será hombre o mujer? No lo sé, espero que al final todo salga a la luz. Lo deseo por el bien del mundo y de mi amado continente.

No quiero poner por escrito el lugar exacto donde se encuentra el libro, últimamente noto que me observan y ya soy demasiado viejo para defenderme. Simplemente daré tres pistas que cualquiera que haya estado en las

conversaciones y estudios que Daniel y yo hemos compartido, podrá comprender:
Se encuentra en río que originó el mar.
En la morada del lago, en la casa de los Albizeschi.
Corazón de la Madre Tierra.
Allí está *El libro secreto de Hitler,* en el que se encierran los secretos del futuro, pasado y presente de América».
Andrea se quedó pensativa. Llevaba tanto tiempo buscando el libro y ahora debía desvelar el lugar exacto en el que se encontraba.
—¿Has encontrado algo? —preguntó Teodoro sin prestarle mucha atención.
—Sí, aunque está todo en clave: Se encuentra en río que originó el mar. En la morada del lago. Corazón de la Madre Tierra.
—No entiendo —comentó el hombre.
—Creo que la primera parte se refiera a Paraguay, el topónimo del país significa algo parecido.
—Bueno eso ya es una pista importante. El libro está en Paraguay. Deja que traiga un mapa.
Teodoro fue en busca de un mapa de Paraguay. No era un país muy extenso ni estaba excesivamente poblado.
—Debemos buscar un lugar o una ciudad en un lago —comentó Andrea.
—La única ciudad situada en un lago es San Bernardino, además es una famosa ciudad fundada por alemanes. Creo que fue fundada en 1881, está próxima a Asunción. Fue fundada por un suizo alemán llamado Santiago Schaerer. Al parecer se quedó viudo muy joven, no se sabe si eso fue lo que lo animó a dirigirse primero a Uruguay y después a Paraguay. En Uruguay fundó la ciudad de Nueva Helvecia. Pasó a Paraguay y se casó con Isabel Vera, fundó San Bernardino y se convirtió en su administrador. Su hijo Eduardo Schaerer fue presidente del país unos años más tarde.
—Bueno, la ciudad donde está el libro en San Bernardino. ¿Es muy grande?
—Nunca he estado —comentó Teodoro.
Buscaron algunos datos sobre la ciudad. Apenas tenía 23.000 habitantes, pero tardarían semanas en encontrar el lugar en el que ocultaban el libro.
—Claro, es San Bernardino. El santo italiano tenía el apellido Albizeschi —dijo Teodoro.
—Sí, pero en qué parte de la ciudad. He leído que la tumba de Hitler está en un búnker bajo un hotel. Eso reduce bastante —dijo Andrea.
Teodoro encontró algo más de veinte hoteles.

—Lo llama «La morada del lago». Tiene que estar cerca del agua.
—El Hotel del Lago —dijo Teodoro.
—Puede que esté allí —comentó ella.
—Deja que te lea esto: «Muchos creen que la tumba de Adolf Hitler se encuentra en un búnker o una cripta bajo el Hotel del Lago. El líder nazi llegó a Paraguay tras el derrocamiento de Juan Domingo Perón. Llegó al país con el nombre de Kurt Bruno Kirchner, según unos; otros comentan que con el nombre de Boarmann. Se piensa que falleció el 5 de febrero de 1971. La ciudad de San Bernardino fue fundada por alemanes en 1888, un año antes del nacimiento de Hitler. El nazismo se hizo muy popular en Paraguay en la década de los treinta, en especial entre la comunidad alemana. Bernhard Förster, un conocido defensor de la raza aria, intentó fundar una colonia pura alemana en Paraguay».
—Tenemos que partir para San Bernardino lo antes posible —comentó Andrea entusiasmada.
Esperaba encontrar el libro de Hitler en la misma cripta en la que había sido enterrado. Después podría editar el libro y recuperar su vida. Cuando su contenido se hiciera público, ya nadie querría terminar con ella.

Capítulo 25
Viaje a Paraguay

San Bernardino

Tomaron un vuelo interno de Valdivia a Valparaiso y desde allí hasta Asunción en Paraguay. Por la tarde ya estaban tomando un coche alquilado hasta San Bernardino. Una hora más tarde habían llegado hasta el Hotel del Lago. Decidieron alquilar dos habitaciones de la primera planta. Sería más sencillo acceder a la cripta si estaban inscritos en el hotel.
Después de cambiarse y asearse bajaron para la cena. No había muchos turistas en esa época del año, disfrutaron de una cena sencilla en el salón principal y después tomaron una copa en una terraza cerrada que daba a los jardines.
El hotel conservaba aún el aire de los años treinta. Suelos de madera, paredes pintadas con colores cálidos, lámparas antiguas que habían visto el paso del tiempo. Andrea miró el jardín, a muy pocos metros se encontraba el lago, una zona de esparcimiento para los habitantes de la capital y los turistas extranjeros.
—Espero que este sea el fin de mi viaje. En muy pocos días he recorrido cinco países. Antes de que sucediera esto creía que mi vida no era emocionante, pero te aseguro que ahora no pienso igual.
—Ya sabes la frase: «Ten cuidado con lo que deseas».
—Sí, en mi caso ha sido totalmente cierta.
—A veces la bendita monotonía es un regalo del cielo —comentó Teodoro.
—Tampoco puedo quejarme. Aún estoy de una pieza y a punto de hacer un gran hallazgo. Imagina, lo que tu abuelo y Daniel llevaban tantos años buscando. Puede que ahora mismo estemos sobre el cadáver de Adolf Hitler, la prueba irrefutable de que no murió en el búnker de Berlín, por no hablar de que su libro secreto descansa junto a su cadáver.
—Me alegra haberte acompañado en esta parte del camino. Mi profesión puede ser muy solitaria —dijo Teodoro.
—Bueno, ser un supermodelo internacional tampoco es la peor profesión del mundo —bromeó la mujer, después de beber un poco más de su copa.
—Viajando siempre, de hotel en hotel, no te creas que es una vida tan

fascinante. Hace tiempo que quiero sentar la cabeza, tal vez formar una familia. ¿No te has planteado casarte?
—¿Es una proposición? —preguntó Andrea sonriente.
—¿Quién sabe?
Andrea se quedó un par de minutos pensativa, después miró de nuevo al jardín y dijo:
—Antes creía que formar una familia era la cosa más desagradable del mundo. Tal vez, porque mis padres fueron un desastre. Aunque no los juzgo, no creo que yo lo hubiera podido hacer mejor. A veces los inmigrantes y sus descendientes no encuentran su lugar en el mundo. Las nuevas y viejas costumbres se mezclan y uno ya no sabe a qué lugar pertenece. ¿No crees? Mira el hotel, parece un pequeño hotel alemán a orillas de uno de esos hermosos lagos bávaros, pero en realidad estamos en Paraguay.
—Entiendo lo que dices. Muchas veces no sabemos lo que somos. Por un lado, conservamos nuestras culturas europeas, nuestras costumbres y formas de ver la vida, pero por otro somos americanos. Una verdadera locura.
Andrea sintió algo de frío y Teodoro le dio su chaqueta. Aquel hombre era tan galante y atractivo que pensó que no le importaría formar una familia con él. Parecía un buen nieto, una persona familiar y tenía un conocimiento de la historia vastísimo, por no hablar de su físico. Un aspecto maduro, pero muy atractivo y varonil.
—¿Cuál es tu defecto? —le preguntó intentando coquetear un poco.
—Tengo muchos, pero el peor sin duda es el egoísmo. He vivido para mí mismo, sin darme cuenta de que lo más importante es hacerlo para los demás. Pertenecemos a algo más grande, que nos supera. Nuestras vidas por separado no valen gran cosa.
—Puede que tengas razón. A mí me ha sucedido algo similar. Siempre he creído que los demás tenían que hacerme feliz, pero no me he planteado si yo les hacía felices a ellos.
Las estrellas se veían claramente en el firmamento. No había ni una sola nube. Parecía una noche casi mágica. Andrea quiso pensar que estaban allí como dos enamorados, una pareja disfrutando de unos días de vacaciones.
—¿A qué hora bajaremos? —preguntó Teodoro rompiendo el hechizo de la velada.
—Creo que a las tres de la madrugada será una buena hora. Imagino que todos estarán durmiendo. ¿Has visto la escalera que baja al sótano?
—No —contestó Teodoro.

—Puede que más abajo tengamos algún tipo de cancela o cadena.
—Yo me ocuparé de ella —aseguró él.
—Bueno, será mejor que descansemos un poco. Después de recuperar el libro tendremos que irnos. Interrogarán a la gente del hotel, puede que incluso llamen a la policía.
—No creo, ¿qué les van a decir? Tenemos abajo el cadáver de Adolf Hitler y pensamos que han entrado a su tumba para llevarse algo.
—Es cierto, no lo había pensado.
Ella se puso en pie y entraron en el hotel. Le devolvió la chaqueta, subieron por las escaleras hasta la segunda planta y se despidieron. Andrea entró en su cuarto y se desnudó. Se tumbó en la cama y se tapó con las sábanas. Fantaseó unos instantes con la idea de que Teodoro llamara a la puerta, pero después se limitó a pensar en lo que harían en unas horas. Se sentía nerviosa, pero al mismo tiempo emocionada. Por fin podría descubrir de qué hablaba ese maldito libro y sacarlo a la luz cuanto antes.

Tercera parte
Nueva Germania

Capítulo 26
Presentimiento

San Bernardino

Su sueño fue inquieto. Se despertó sobresaltada y sudando, como si hubiera sufrido una pesadilla. Recordó la muerte de su amigo Daniel, aquella casa en mitad de las montañas y la sensación de angustia que todo aquello le producía. Miró la hora. Aún quedaba poco más de una hora para que bajaran a la cripta. Comprobó la señal wifi y se conectó a internet. Buscó más datos sobre el hotel, sus anteriores propietarios, la relación con la comunidad alemana. No tardó mucho en encontrar información.

Entre los distinguidos inquilinos del hotel se encontraban destacados nazis como Joseph Mengele, más conocido como el Ángel de la muerte, por sus experimentos con niños en el campo de exterminio de Auschwitz. Aunque el inquilino más interesante parecía Bernhard Förster, un racista que había soñado con una colonia de alemanes puros.

Una de las torres la solía ocupar la millonaria de ascendencia alemana y nacionalidad francesa, Hilda Ingenohl, ferviente nazi, más conocida como la «Tigresa». Amiga personal de Hitler y una de sus propagadoras en Paraguay.

Aquel lugar parecía un verdadero nido de nazis. Andrea sintió un escalofrío. Ella no dejaba de ser una mujer judía, aunque su familia no practicara desde hacía décadas.

Decidió levantarse y salir a la terraza para tomar el fresco. Tenía un mal presentimiento. Aunque en los últimos días, desde el encuentro con Teodoro, las cosas parecían ir mucho mejor, sentía que algo malo estaba a punto de suceder. No creía mucho en ese tipo de cosas. Se había criado como una mujer racional, moderna y totalmente agnóstica, pero por otro lado pensaba que el ser humano aún conservaba algunos instintos irracionales que le advertían en ciertos casos.

Se vistió, tomó todas sus cosas y esperó a que su compañero tocase la puerta. Pasaron algo más de diez minutos antes de que el hombre golpeara con suavidad la madera.

Bajaron con sigilo por las escaleras. No vieron al recepcionista, debía encontrarse dormitando en algún cuarto interior. Bajaron hacia el sótano sin

encender las luces. Teodoro llevaba una gran linterna. Apuntó a los escalones hasta que llegaron a una puerta de madera. Forzó la cerradura y entraron en un largo pasillo. Abrieron dos o tres puertas, la mayoría eran almacenes y dependencias del hotel. Siguieron por el pasillo hasta una puerta más grande, de doble hoja. El hombre tuvo que forzarla para poder entrar. Enseguida vieron una amplia escalera, descendieron a oscuras, únicamente iluminados por la linterna. Al llegar abajo vieron otro pasillo, caminaron un par de minutos hasta lo que parecía una gran bóveda. La sala estaba preparada con algunas sillas, banderolas nazis con la esvástica, un pequeño escenario y varios bustos de Hitler.

—Aquí deben hacer las ceremonias solemnes —comentó Andrea. El hombre afirmó con la cabeza.

Al fondo de la sala, justo donde se encontraba el escenario, había un pequeño altar con flores marchitas. Justo encima había un gran cuadro de Adolf Hitler enmarcado en una elaborada cenefa de escayola.

—¿Dónde está la tumba? —preguntó él.

Andrea subió al escenario. En un rincón había una caja de herramientas, tomó una maza y se dirigió directamente al cuadro. Lo golpeó con todas sus fuerzas. El lienzo se desgarró. Golpeó de nuevo hasta que se hundió en la pared.

El hombre la observó asombrado. Ella siguió golpeando hasta que se abrió un gran agujero.

—Trae la linterna —pidió la mujer.

Enfocaron al interior y apareció una sala amplia, tenía un féretro de mármol negro justo en el centro, a su lado otro más pequeño. Por todos lados había banderas y todo tipo de simbología nazi.

Apartaron un poco los cascotes y entraron con dificultad a la cripta. Adolf Hitler descansaba junto a su esposa en aquel apartado lugar, muy lejos de su querido Reich, pensó Andrea.

Dieron un salto y se escuchó el eco de sus pasos. Andrea se dirigió directamente a la tumba grande e intentó mover la lápida, pero era demasiado pesada. Teodoro la ayudó y vieron un cuerpo momificado. No reconocieron a Hitler en aquel cuerpo delgado, vestido con un uniforme gris, apenas parecía una sombra del famoso dictador, pero sin duda era él. Uno de los genocidas más sanguinarios de la Historia.

—¿Dónde está el libro? —preguntó Andrea mientras miraba la tumba por todas partes.

—Mira allí —dijo el hombre señalando unos inmensos cofres.

Corrieron hasta los cofres dorados y comenzaron a abrirlos. Encontraron algunas piezas de oro y plata muy valiosas, piedras preciosas y otros objetos sagrados del nazismo.
—No lo veo —gimió Andrea desesperada.
Teodoro abrió el otro cofre, en él había objetos valiosos de la vida de Hitler y, a un lado, un pequeño cofre de oro con diamantes incrustados y un cierre.
—El libro —dijo Teodoro tomándolo en las manos.
La linterna hizo que los destellos de la cubierta de oro brillaran. Andrea alargó los brazos y Teodoro dejo el objeto en sus manos.
—Increíble —dijo Andrea.
—Era real. Te das cuenta. Tenemos el libro inédito de Adolf Hitler —exclamó él.
—Lo que mi amigo y tu abuelo llevaban tanto tiempo buscando.
—Tenemos que irnos. Espero que no hayamos hecho mucho ruido.
Andrea miró al resto de los objetos. Cuadros desconocidos de Hitler, joyas de Eva Braun, broches del dictador con la esvástica y algunos recuerdos de su infancia y juventud.
—Déjalo, esto es lo más importante —le dijo él.
Salieron de nuevo a la sala. Ascendieron las dos plantas y llegaron hasta la recepción. El recepcionista seguía desaparecido. Salieron al jardín y abrieron la verja con cuidado.
Teodoro había dejado el coche de alquiler justo en la puerta. Dejaron todo en los asientos de atrás y salieron de la calle lo más rápido que pudieron.
—¿Crees que podremos pasar con el libro por la aduana? —preguntó ella.
—Estamos a poco más de catorce horas en coche de Buenos Aires —aseguró él.
Andrea estaba ansiosa por leer el libro, pero era mejor regresar antes a Argentina. En cuanto supiera su contenido se pondría en contacto con su amiga la editora. Esperaba que antes de que terminara el año, el libro estuviera en todas las librerías del mundo. Ese era su salvoconducto y al mismo tiempo la mejor manera de sacar a la luz los planes de Hitler para América.
Se mantuvo despierta mientras se dirigían hasta Asunción, pero al poco rato se quedó dormida. Cuando abrió de nuevo los ojos se encontraban en algún lugar desconocido, en mitad de la selva de Paraguay.

Capítulo 27
Lucha

Nueva Germania

—¿Dónde estamos? —preguntó Andrea nada más despertarse.
—Estamos al norte de Asunción, cerca de Nueva Germania —aseguró el hombre.
—¿Por qué? Nos dirigíamos a Buenos Aires —exclamó la mujer algo nerviosa.
—Nunca tuve la intención de ir a Buenos Aires. Gracias a ti hemos podido localizar el libro.
Andrea miró al hombre asustada. No entendía a qué se refería.
—Llevamos mucho tiempo buscándolo. No queríamos que cayera en malas manos.
—¿A qué te refieres?
—Yo me crié cerca de aquí. Aunque he vivido la mayor parte de mi vida en Argentina. Hace mucho tiempo me encomendaron la misión de descubrir dónde se encontraba el libro.
—¿No eres Teodoro Goodman?
—No tengas tanta prisa, sabrás todo a su debido tiempo.
El coche se introdujo en un camino forestal, atravesaron varios ríos hasta llegar a una gran cerca de madera. El hombre tocó el claxon y abrieron el portalón dos jóvenes rubios. Entraron a una gran plaza, alrededor había casas de madera, algunos talleres, varios coches y banderas alemanas por todas partes.
—Bienvenida a Nueva Germania.
Teodoro paró el coche debajo de un árbol y después tomó la mochila de la mujer. Abrió la puerta de su lado y la invitó a bajar.
—Creo que eres la primera mujer con sangre judía que atraviesa esas puertas. Un extraño honor en un lugar como este.
Caminaron hasta un gran edificio. Dos jóvenes estaban de guardia, los dejaron pasar y se dirigieron por un pasillo hasta una inmensa sala, la atravesaron y pasaron por una puerta a lo que parecían unas oficinas.
—¿Qué es este sitio?

—Ya queda poco tiempo para que lo sepas todo, será mejor que antes descanses.
El hombre abrió una puerta y la dejó pasar.
—En el armario tienes ropa, puedes ducharte y asearte antes de ver a la hermana Elisabeth —le aclaró él.
—¿Cómo te llamas realmente? —le preguntó ella antes de que el hombre la encerrara.
—Me llamo Teodoro, pero no Goodman, mi verdadero nombre es Teodoro Förster.
Andrea abrió los ojos, como si intentase comprender.
—Sí, mi antepasado fue Bernhard Förster, el fundador de Nueva Germania, pero de eso hablaremos luego.
Cerró la puerta y echó la llave. Andrea inspeccionó la habitación. Tenía una ventana grande, pero con gruesos barrotes de hierro y la del baño era demasiado pequeña para escapar.
Se sentó en la cama e intentó pensar, pero estaba completamente bloqueada.
¿Por qué se había dejado engañar de nuevo? Todo parecía indicar que aquel hombre era el nieto del profesor Goodman. La recibió en su casa, su foto estaba en la entrada. Conocía la historia familiar de los Goodman. Lo único que le había sorprendido era que conociera tan bien la historia de Hitler y su paradero en América.
Se puso en pie y comenzó a caminar de un lado al otro de la habitación.
Él le había dicho que era un descendiente de Bernhard Förster, lo poco que sabía de él era que se trataba de un antisemita anterior al propio Hitler. Un loco que había intentado crear una colonia alemana en mitad de la selva de Paraguay.
¿Para qué querían el libro de Hitler? ¿Eran ellos los que habían intentado matarla en España?
Intentó tranquilizarse. Se dio una ducha larga y miró en el armario. Todos los trajes eran iguales. De algodón muy blanco, largos y sin adornos. Se puso uno, después unas sandalias también blancas y se sentó a esperar. Antes de que se hiciera de noche, se escucharon pasos y aparecieron dos chicas jóvenes vestidas como ella.
—¿Quiénes sois? —preguntó.
Las chicas parecían no entenderla.
—¿No habláis mi idioma? —preguntó de nuevo.
Las dos chicas sonrieron. Las pecas de sus caras brillaron a la luz del candil

que llevaban. Le indicaron que las siguiera y la llevaron al gran salón.
La sala estaba completamente llena. Las mujeres y las niñas vestían todas iguales, los hombres con pantalones negros y camisas blancas.
Las chicas llevaron a la mujer y la sentaron en la primera fila. A su lado se encontraban varias mujeres con un lazo rojo en el cuello.
Se escuchó música y apareció en el escenario Teodoro. Todos se emocionaron al verlo, comenzaron a aplaudir, hasta que levantó las manos para que se calmasen.
El hombre comenzó a hablar en alemán. Andrea no entendía nada de lo que decía, pero el público comenzó a exaltarse y al final terminaron cantando una especie de himno.
Al terminar la ceremonia la sala se fue vaciando hasta que Andrea se quedó completamente sola. Teodoro bajó de la plataforma y la tomó de la mano.
—¿Tienes hambre? Creo que necesitas comer algo y recibir una explicación. Podemos hacer las dos cosas a la vez. Llevo tiempo sin probar la comida de Nueva Germania.
La mujer se dejó llevar. Llegaron hasta una casa, parecía la residencia de Teodoro. Alguien había preparado una hermosa mesa en el jardín. Aquel lugar, rodeado de frondosos árboles, con bellos jardines y senderos empedrados parecía el paraíso.
Algunos de los colonos les sirvieron la comida. Una crema de zanahorias exquisita y codillo de cerdo.
—Espero que te guste. Sé que no practicas el judaísmo, por eso pedí cerdo. ¿No te importa?
—No, lo he comido muchas veces —contestó la mujer.
—Bueno, creo que te debo una explicación. Ya sabes mi verdadero nombre. Soy el descendiente de Bernahrd Förster, él y su esposa vinieron aquí en 1887 para crear una colonia. No eran simples aventureros, tenían altos ideales y eran conscientes de que no podrían cumplirlos en Europa.
—Entiendo —aseguró Andrea.
—Alemania se había construido como nación hacía poco. Era la esperanza para todos los germanos, que siempre habían dependido de los emperadores austríacos, unos degenerados que habían construido un imperio mestizo, una verdadera abominación. Viena, la capital de ese imperio decadente, estaba llena de judíos que con sus ideas caducas debilitaban el espíritu alemán —afirmó Teodoro.
—Pero ¿qué tiene todo eso que ver con el libro de Hitler?

—Ten paciencia, querida. En un momento lo entenderás todo. Mi antepasado era médico, un hombre culto y preparado. Había conocido a su esposa Elisabeth en Leipzig, ambos eran amigos de la familia Wagner, el famoso compositor alemán. Algunos llamaban a los amigos del compositor el «círculo de los Wagner». Mis antepasados se casaron en 1885, Bernhard quería fundar una colonia en América, aunque aún no sabía dónde. Quería llevar a la práctica sus teorías sobre la superioridad de la raza aria. Los conceptos de raza aria son muy anteriores a Hitler, él solamente los popularizó y utilizó políticamente de manera magistral —le comentó.
—Sí, ya sabía que en el fondo comenzó como un término meramente lingüístico, el término ario viene de las lenguas indoeuropeas —declaró Andrea.
—Exacto. Todos los idiomas que se hablan en Europa, incluido el griego y el latín, provenían de una misma lengua primigenia. La palabra «ario» viene del sánscrito y avéstico y significa «noble». Desde los montes Urales llegaron algunos pueblos nómadas, algunos fueron al sur de Asia, dando lugar a los pueblos iranios, otros formaron los pueblos indostánicos y los que más nos importan, llegaron a Europa, en concreto a la zona de Grecia e Italia. En todas las culturas indias se habla del pueblo ario, desde el Rig-veda, pasando por el zoroastrismo, el budismo o el hinduísmo. Hasta el propio Buda los nombró ante el rey Bimbisara. El propio Darío I, el Grande, se llamaba a sí mismo «un ario, del linaje ario». Los arios eran un pueblo nómada que dominaba la rueda y el caballo. Se cree que llegaron desde los Urales y ocuparon la zona de Escandinavia y Alemania. Los pueblos arios siempre fueron enemigos de los semíticos, como indican los libros de Arthur de Gobineau.
—¿Quién?
—¿No lo conoces? Pues curiosamente se trata de un filósofo y diplomático francés. Fue él, quien creó la teoría de la superioridad de unas razas con respecto a otras. Su famosa obra *Ensayo sobre la desigualdad de las razas humanas*, fue muy conocida y leída. En su libro comentaba que los germanos eran los únicos europeos que habían conservado su pureza racial. Sus ideas llegaron a personas como Wagner y otros intelectuales alemanes en pleno auge del nacionalismo. Nietzsche fue una de las personas a las que más influyó esta obra. Poco a poco se comenzó a hablar de que los arios habían creado las castas en la India, que eran blancos y habían sometido a los pueblos de piel oscura. De estas ideas surgió el movimiento teosófico fundado por Helena Blavatsky y Henry Olcott. En Alemania surgió la ariosofía, que defendía las

mismas ideas, pero exaltando la idea de una raza aria superior.
—¿Qué tiene que ver eso con todo esto? —preguntó Andrea señalando a su alrededor.
—La mujer de mi antepasado no era otra que Elisabeth Nietzsche, hija de un pastor luterano, una mujer instruida y tan convencida como su esposo, y de que la raza aria se estaba deteriorando al mezclarse con otros grupos, en especial los judíos. Naturalmente era hermana del famoso filósofo. Llegaron a Sudamérica el 15 de febrero de 1887, con el fin de crear una raza pura, alejada de todo tipo de mezclas étnicas.
—Pero eso es una locura. América es un pueblo mestizo…
—Sí, era un pueblo mestizo, pero ellos soñaban con una nueva América.
Elisabeth quiso tener hijos con su esposo, pero no pudo, además este se envenenó el 3 de junio de 1887, según la versión oficial, por su frustración al no poder desarrollar de manera adecuada Nueva Germania, pero la realidad es que se escandalizó al saber que varios de los hombres importantes de su colonia se habían relacionado con indias y mestizas paraguayas.
—Pero ¿qué tiene todo eso que ver con Hitler?
—La hermana de Nietzsche regresó a Alemania, su hermano Friedrich estaba muy enfermo. Todos lo habían abandonado, los Wagner lo repudiaron, tuvo que dejar la universidad y malvivir con una pequeña pensión. ¿Por qué un hombre enfermo, rechazado por los intelectuales de su tiempo se iba a convertir en el filósofo más influyente del siglo xx? —preguntó Teodoro.
—¿Por su genialidad?
—Nietzsche era un hombre enfermo física y mentalmente. Odiaba la religión cristiana por la severidad de su madre, viuda muy joven, al morir prematuramente su padre y con lo que supuso eso para toda la familia. Su hermana Elisabeth siempre fue muy posesiva hacia él, incluso le espantó a varias novias. Sobre todo Lou Salomé, una rusa de origen hugonote. Elisabeth pensaba que Lou estaba pervirtiendo a su hermano. Tras su ruptura, Friedrich, profundamente frustrado decide escribir *Así habló Zaratustra*. Desde ese momento sus escritos se volvieron más violentos: la muerte de Dios, el superhombre… recupera la relación con su hermana, que se ha quedado viuda al poco de casarse y ha regresado de Paraguay, influyendo en las obras del filósofo.
—¿Quieres decir que la obra de Nietzsche fue manipulada por su hermana?
—Elisabeth dedica el resto de su vida a su hermano, lo cuida en la casa familiar en Weimer, hasta la muerte de este el 25 de agosto de 1900. Allí

Elisabeth trazó un plan, un proyecto…
—¿Qué proyecto?
—Crear al superhombre del que había hablado su hermano en sus libros.
Capítulo 28
La hermana de Nietzsche
Nueva Germania
Andrea escuchaba fascinada las palabras de Teodoro. Nunca había pensado en la filosofía de Nietzsche como una conspiración, como un proyecto científico.
—Nietzsche acusó al cristianismo de haber creado una cultura endeble. El amor a los débiles y la compasión habían degenerado a la raza humana, frente a la voluntad de poder y la supervivencia del más apto. Sus ideas nihilistas, su concepto de libertad suprema, chocaban con los valores cristianos y burgueses de su tiempo. Elisabeth entendió toda esa energía y quiso canalizarla, no se conformaba con la filosofía de su hermano, quería plasmarla en realidad. Se daba cuenta de que su marido había fallado en lo básico, no era suficiente con aislar al hombre ario puro, la mente de esos hombres, y en parte su biología, estaban contaminadas; ella triunfaría donde todos habían fallado.
—¿Quería crear a un superhombre? —preguntó Andrea.
—Exacto, tenía un plan, tenía la teoría, pero necesitaba algunos otros elementos. Para ello se serviría del darwinismo social y las teorías de Gregor Mendel. Ya sabes que Gregor Johann Mendel era un monje agustino, pero sobre todo era un naturista. Había nacido en Austria. Mendel descubrió al mezclar diferentes tipos de guisantes unas leyes, que luego darían origen a la teoría de la herencia genética. Uno de sus discípulos y el que inventó el término genética fue el danés Wilhelm Johannsen, que desarrolló algunas de las teorías como el genotipo y el fenotipo. Elisabeth conocía todos estos avances, pero no tenía el dinero suficiente para crear a un individuo o superhombre, por eso pidió ayuda a uno de los hombres más ricos de Europa, Albert Salomon Anselm von Rothschild.
—¿Un miembro de la famosa y rica familia judía de Rothschild? ¿Por qué iba a apoyar un proyecto para crear al ario perfecto?
—Buena pregunta… no lo sabía. Él creía que Elisabeth le estaba proponiendo crear a un hombre perfecto genéticamente, que tuviera sus genes, pero en su lugar, Elisabeth puso los de su hermano.
—¿Hitler fue el resultado de un experimento genético para crear una raza de superhombres? No era alto, ni fuerte, ni siquiera rubio —exclamó Andrea sorprendida.

—Tú estás pensado en la perfección corporal, pero Elisabeth buscaba un superhombre en el sentido de la filosofía de su hermano. Ario puro, con la sabiduría y la fuerza interior de un superhombre. Por eso intentó ocuparse de su educación y de que asimilara ciertas ideas.
—¿Por qué eligieron a la familia de Hitler? Eran unos don nadie.
—Alois, el padre de Hitler, era hijo ilegítimo de Albert Salomon Anselm von Rothschild. Un tipo avaricioso, pervertido y que amaba el dinero sobre todas las cosas. Le propusieron fecundar a su esposa Klara, que era medio sobrina y había servido de criada mientras la primera esposa de Alois convalecía. Cuando esta murió se casó con ella. Todos los hijos de la pareja fallecieron. Por eso Klara accedió al experimento. Por eso Alois nunca quiso al niño, sabía que no era suyo. Aunque sí recibía bien el dinero que Albert Salomon le enviaba para que criara al niño.
—Entonces, Hitler era hijo biológico de Friedrich Nietzsche —aseguró Andrea con estupor.
—No, simplemente formó el carácter y la mente del joven. Ayudó en la sombra a Hitler, que a pesar de su padre adoptivo Alois logró llegar a la edad adulta. Buscó que lo adoctrinaran en sus ideas de raza aria en Viena y lo convenció de que era el hombre elegido por el destino. Cuando terminó la Gran Guerra y se instaló en Múnich, pidió ayuda a varias amistades, sobre todo a los miembros de la Sociedad Thule y a Dietrich Eckart. Siempre se mantuvo en un discreto segundo plano, hasta la llegada al poder de Hitler. Adolf Hitler fue a visitarla a su casa en Weimar en 1934, allí le confesó que sus valores eran de su hermano y le entregó el bastón que había llevado los últimos años. Fue al funeral de Elisabeth al año siguiente en 1935. Al parecer aquello le hizo obsesionarse con la capacidad del hombre de manipular las ideas de otros y más tarde, la propia manipulación genética. ¿Se podía crear una raza superior?

Capítulo 28
La hermana de Nietzsche

Nueva Germania

Andrea escuchaba fascinada las palabras de Teodoro. Nunca había pensado en la filosofía de Nietzsche como una conspiración, como un proyecto científico.
—Nietzsche acusó al cristianismo de haber creado una cultura endeble. El amor a los débiles y la compasión habían degenerado a la raza humana, frente a la voluntad de poder y la supervivencia del más apto. Sus ideas nihilistas, su concepto de libertad suprema, chocaban con los valores cristianos y burgueses de su tiempo. Elisabeth entendió toda esa energía y quiso canalizarla, no se conformaba con la filosofía de su hermano, quería plasmarla en realidad. Se daba cuenta de que su marido había fallado en lo básico, no era suficiente con aislar al hombre ario puro, la mente de esos hombres, y en parte su biología, estaban contaminadas; ella triunfaría donde todos habían fallado.
—¿Quería crear a un superhombre? —preguntó Andrea.
—Exacto, tenía un plan, tenía la teoría, pero necesitaba algunos otros elementos. Para ello se serviría del darwinismo social y las teorías de Gregor Mendel. Ya sabes que Gregor Johann Mendel era un monje agustino, pero sobre todo era un naturista. Había nacido en Austria. Mendel descubrió al mezclar diferentes tipos de guisantes unas leyes, que luego darían origen a la teoría de la herencia genética. Uno de sus discípulos y el que inventó el término genética fue el danés Wilhelm Johannsen, que desarrolló algunas de las teorías como el genotipo y el fenotipo. Elisabeth conocía todos estos avances, pero no tenía el dinero suficiente para crear a un individuo o superhombre, por eso pidió ayuda a uno de los hombres más ricos de Europa, Albert Salomon Anselm von Rothschild.
—¿Un miembro de la famosa y rica familia judía de Rothschild? ¿Por qué iba a apoyar un proyecto para crear al ario perfecto?
—Buena pregunta… no lo sabía. Él creía que Elisabeth le estaba proponiendo crear a un hombre perfecto genéticamente, que tuviera sus genes, pero en su lugar, Elisabeth puso los de su hermano.
—¿Hitler fue el resultado de un experimento genético para crear una raza de

superhombres? No era alto, ni fuerte, ni siquiera rubio —exclamó Andrea sorprendida.
—Tú estás pensado en la perfección corporal, pero Elisabeth buscaba un superhombre en el sentido de la filosofía de su hermano. Ario puro, con la sabiduría y la fuerza interior de un superhombre. Por eso intentó ocuparse de su educación y de que asimilara ciertas ideas.
—¿Por qué eligieron a la familia de Hitler? Eran unos don nadie.
—Alois, el padre de Hitler, era hijo ilegítimo de Albert Salomon Anselm von Rothschild. Un tipo avaricioso, pervertido y que amaba el dinero sobre todas las cosas. Le propusieron fecundar a su esposa Klara, que era medio sobrina y había servido de criada mientras la primera esposa de Alois convalecía. Cuando esta murió se casó con ella. Todos los hijos de la pareja fallecieron. Por eso Klara accedió al experimento. Por eso Alois nunca quiso al niño, sabía que no era suyo. Aunque sí recibía bien el dinero que Albert Salomon le enviaba para que criara al niño.
—Entonces, Hitler era hijo biológico de Friedrich Nietzsche —aseguró Andrea con estupor.
—No, simplemente formó el carácter y la mente del joven. Ayudó en la sombra a Hitler, que a pesar de su padre adoptivo Alois logró llegar a la edad adulta. Buscó que lo adoctrinaran en sus ideas de raza aria en Viena y lo convenció de que era el hombre elegido por el destino. Cuando terminó la Gran Guerra y se instaló en Múnich, pidió ayuda a varias amistades, sobre todo a los miembros de la Sociedad Thule y a Dietrich Eckart. Siempre se mantuvo en un discreto segundo plano, hasta la llegada al poder de Hitler. Adolf Hitler fue a visitarla a su casa en Weimar en 1934, allí le confesó que sus valores eran de su hermano y le entregó el bastón que había llevado los últimos años. Fue al funeral de Elisabeth al año siguiente en 1935. Al parecer aquello le hizo obsesionarse con la capacidad del hombre de manipular las ideas de otros y más tarde, la propia manipulación genética. ¿Se podía crear una raza superior?

Capítulo 29
El Paraíso

Nueva Germania

Andrea terminó la cena. Se encontraba sorprendida de las cosas que le había contado Teodoro. Sabía que las fecundaciones *in vitro* no se habían conseguido hasta los años setenta, las manipulaciones genéticas en humanos muy limitadas no se habían producido hasta la primera década del siglo XXI y hacía muy poco que se había logrado descifrar todo el genoma humano. ¿Cómo podía Elisabeth y su grupo de extremistas arios haber manipulado un embrión y fecundado a una mujer a finales del siglo XIX?

—No es que no te crea, pero me cuesta mucho pensar que todo esto es real —confesó Andrea.

—¿Te cuesta mucho pensarlo? ¿Qué dirías si te comentara que yo mismo fui un niño probeta modificado genéticamente?

—Pensaría que estás loco —aseguró ella.

—Puede que lo esté, pero no por ser un hombre modificado genéticamente. Cuando Alemania perdió la guerra, ya se había dispuesto en América un refugio para los jerarcas nazis, pero lo que era más importante, se había puesto en marcha un proyecto genético. Antes se tenía que transmitir a la sociedad una serie de valores de origen nazi o ario. Puede que nuestro ideal fuera derrotado por las armas, pero nuestra ideología continuó activa, transmitiéndose en todo tipo de medios.

—¿De qué tipo de valores hablas? —preguntó Andrea.

—Piénsalo bien. Nosotros no creamos la propaganda, pero la perfeccionamos. Nuestro objetivo nunca fue imponer nuestras ideas, más bien fue inocularlas, eliminando a los que pensaban diferente. Algunas ideas eran para consolidar nuestro poder, otras para cambiar a la sociedad y un tercer grupo para hacer más aceptables las otras dos.

—Ponme un ejemplo —pidió Andrea.

—Tengo varios. El nazismo siempre fue una mezcla de modernidad y conservadurismo. Fueron impulsores de la eugenesia, aunque no sus creadores. La eugenesia era la limpieza racial, para ello había que deshacerse de los antisociales, deformes o impuros racialmente. En la actualidad la

eugenesia se ha normalizado, cualquier embrión no viable, defectuoso o deforme es eliminado en el vientre de la madre. Hay un exterminio progresivo de las personas con Síndrome de Down y dentro de muy poco, los padres podrán escoger el color de la piel del niño, de los ojos o su inteligencia. La eutanasia fue otro de los supuestos «derechos» que introdujimos en la cultura. El derecho a morir, primero a través de una eutanasia pasiva y ahora ya se está utilizando la eutanasia activa. El ideal de perfección genética se encuentra en la mente y el alma de casi todos los habitantes del planeta.

—No puedes comparar eso con el exterminio de pueblos enteros, con el Holocausto del pueblo judío —bramó Andrea indignada.

—Creo que estás llena de prejuicios. Estamos creando el Paraíso en la tierra. Gente sana, sin enfermedades físicas ni mentales. ¿Puedes imaginar cómo será un mundo así?

—Un mundo en el que gobierne una casta perfecta, mientras es servida por el resto de pueblos y razas. Lo que queréis es convertir al resto en vuestros esclavos —aseveró Andrea poniéndose en pie.

—Mañana te enseñaré el proyecto, seguro que lo comprenderás mejor. A veces las cosas son únicamente cuestión de perspectiva.

Teodoro se puso en pie y pidió a dos de sus hombres que acompañaran a la mujer hasta su habitación. Andrea les siguió en silencio, pero una vez que se quedó sola no pudo evitar echarse a llorar. Aquella gente eran verdaderos monstruos. Debía detenerlos a cualquier precio.

Capítulo 30
El Proyecto

Nueva Germania

Le llevaron el desayuno al cuarto. Dejaron sobre la cama un vestido de flores y unos zapatos bajos, también una fina chaqueta a juego. Una hora más tarde dos chicas la pasaron a recoger. La montaron en un coche y la llevaron hasta los laboratorios. Andrea se quedó muy sorprendida por el tamaño del complejo. Podían vivir allí varios miles de personas. Todos tenían aspecto saludable, la mayoría era de pelo rubio y ojos claros. Las únicas personas morenas, con rasgos indígenas, se encargaban de los trabajos más duros y denigrantes.

Se pararon delante de un edificio muy grande, estaba construido con troncos y parecía una gran mansión, pero en cuanto atravesaron la puerta apareció ante sus ojos un complejo de laboratorios y salas de experimentación.

Teodoro esperaba en uno de los laboratorios. Debajo de una bata blanca se asomaba algo parecido a un uniforme.

—Hola Andrea, espero que hayas podido descansar un poco. Te he preparado una visita guiada para que puedas conocer lo que nosotros llamamos el Proyecto. Esta es únicamente una de las muchas colonias que hemos abierto por todo el mundo. Tenemos más de cien en lugares apartados y discretos como Canadá, Alaska, el resto de los Estados Unidos, algunas islas privadas en El Caribe y el Pacífico, también en Australia, Nueva Zelanda, África y en toda Sudamérica y Centroamérica.

—¿Cómo puede ser? ¿Nadie se ha percatado de vuestra fábrica de monstruos clonados? —preguntó Andrea indignada.

—¿Te parezco un monstruo clonado? Somos gente normal, perfeccionada genéticamente, pero normales.

—No he visto muchos morenos o personas negras por aquí —apuntó.

—Yo creo que ya hay demasiados. La raza blanca está sufriendo un descenso notable, mientras que la negra y la oriental no para de crecer. Simplemente queremos echar una mano a la Naturaleza —aclaró Teodoro con una sonrisa.

—Estáis jugando a ser dioses.

—Comenzamos el primer laboratorio en 1946, el sitio te sonará, el Hotel Edén

en Argentina. Es un edificio en La Falda, en la provincia de Córdoba en Argentina.
—Sí, claro que lo conozco. Es uno de los lugares donde supuestamente se vio a Adolf Hitler.
—Exacto. El proyecto comenzó allí. En ese hotel de 100 habitaciones comenzamos nuestros experimentos. Al principio eran poco más que *Lebensborn,* como las que creamos en Europa durante la Segunda Guerra Mundial. Conocerás el programa de las SS para que las mujeres de raza aria de toda Europa tuvieran niños con soldados alemanes arios.
—Sí, otra de vuestras locuras.
—Pero ese método era muy primitivo y la llegada del doctor Mengele a Sudamérica en el año 1949 hizo que se pusiera en marcha el Proyecto. Mengele se reunió con Hitler en Bariloche, él le propuso liderar el Proyecto. En 1958 comenzamos el Proyecto a gran escala. Aquí se inició una de las primeras «Casas de niños». Lo cierto es que, gracias a sus descubrimientos, se pudo manipular genéticamente a decenas de miles de niños, hoy superamos varios cientos de miles. Además, tenemos clínicas en muchos países, que usamos para continuar nuestra labor encubierta. Muchas parejas desesperadas vienen a nosotros y terminan con un bebé genéticamente modificado por nosotros.
—¿Por qué buscabais *El libro secreto de Hitler?* ¿Qué tiene que ver con todo esto?
—Es una historia larga de contar, vamos a mi despacho, allí podremos hablar con tranquilidad.
Atravesaron varias maternidades con decenas de niños y cuidadoras, que los atendían en todo momento. Andrea miró con horror a las pobres criaturas.
Entraron en un amplio despacho, los muebles de estilo colonial parecían nuevos, detrás había varias estanterías con libros sobre temas relacionados con la población mundial o la herencia genética.
—Permíteme que te ofrezca un café —dijo el hombre.
Andrea no contestó, pero Teodoro preparó dos tazas y las puso sobre el tapete del gran escritorio.
—El Proyecto comenzó a gestarse en 1933, después de que Adolf Hitler se enterara del verdadero origen de sus ideas. El tema le obsesionó y creó una sección especializada dirigida por Himmler. Durante la guerra, gracias a los experimentos con prisioneros, avanzaron muy rápidamente. Hitler ordenó crear colonias por todo el mundo, en algunos casos se aprovechó de algunas

como esta, formadas con anterioridad. La mayoría de los colonos aceptaron el mandato nazi, los que no lo hicieron fueron asesinados o expulsados. En los años cincuenta el doctor Mengele desarrolló el Proyecto en Sudamérica, en especial en Chile, Argentina, Brasil, Uruguay y Paraguay. Poco a poco se fue extendiendo a nivel mundial.

Hitler incluyó algunos capítulos en su segundo libro con sus ideas sobre genética, pureza racial y manipulación de la herencia, pero nunca llegó a publicarlo. Únicamente había dos copias. Una la tenía el propio Hitler, la otra su editor Max Amann. Se intentó recuperar la copia de Amann, pero este se negó, pidió una suma gigantesca de dinero, de no complacerle, publicaría el libro y descubriría el Proyecto al mundo. Como imaginas, tuvieron que eliminarlo.

—Otro asesinato más en los millones que hicisteis durante la guerra —soltó Andrea.

Teodoro se recostó en su sillón. No entendía por qué Andrea era tan reacia a sus planes, aunque intentar hacer comprender a una periodista de izquierdas y judía su plan era cuanto menos una osadía por su parte. Pero, por otro lado, había notado algo especial en ella. Una posibilidad de convencerla de que estaba en lo correcto.

—Todo es mucho más complejo que eso —afirmó él tranquilamente.

—Ya lo sé, pero vosotros simplificáis todo, no entendéis de matices.

—Ya sabes, el Diablo está en los detalles —dijo bromeando Teodoro.

—En este caso, no —contestó ella.

Teodoro comenzó a juguetear con un emblema nazi que tenía sobre el escritorio. Estaba comenzando a cansarse de la actitud de la mujer. Sabía que tendría que eliminarla finalmente, pero disfrutaba describiéndole su plan, como el diseñador que explica a un comprador sus logros, aun a sabiendas de que no le apoyará en el proyecto, si no solo como simple lucimiento personal.

—El otro libro quedó en manos de Hitler hasta la noche de su muerte, en ese momento desapareció, pero como una broma del destino, siempre estuvo en su tumba.

—¿No sabías dónde se encontraba la tumba de Hitler?

—Claro que lo sabíamos, pero nadie podía imaginar que el libro estaba allí, puede que no llevara tanto tiempo. Eva Braun murió después de su marido, posiblemente ella lo guardó en secreto, nos se debía fiar de que muchos nazis la respetasen, para algunos nunca fue nada más que una prostituta que complacía todos los caprichos de su amo.

—Veo que tenéis en la misma consideración a las mujeres que a las personas no arias.
—La mayoría únicamente tienen un papel y un deber: dar hijos arios. Es cierto que hay excepciones, pero son muy poco probables.
Andrea se puso en pie y comenzó a pasear por el despacho.
—¿Cómo acabaste tú en la casa del profesor Goodman?
—Fue muy sencillo. El profesor esperaba a alguien que viniera a ayudarle, yo me hice pasar por ese enviado de Daniel. Intenté convencerlo para que me dijera lo que sabía, pero por alguna razón desconfiaba. Al final terminé asesinándolo. Oculté el cadáver y continué mi búsqueda, pero fue infructuosa. Entonces llegaste tú. Me hice pasar por su nieto…
—Y luego yo encontré la sala secreta.
—Exacto, eso me dejó sorprendido —comentó Teodoro.
—Entonces ¿quién nos atacó aquella noche en la casa? —preguntó Andrea intrigada.
—Debieron ser los guerrilleros que te secuestraron en Uruguay, con eso no tuve nada que ver. Esperaba que resolvieras los acertijos y encontraras el libro —le aseguró.
—Entonces, ya no te soy útil.
—No, la verdad. Ya no nos eres útil, dentro de poco nuestro Proyecto estará terminado. ¿No lo sabes verdad?
—¿El qué?
—Lo de la resolución —contestó.
Ella lo miró sorprendida. Todo aquel tiempo la había utilizado y no dudaría en deshacerse de ella en cualquier momento. Tenía que pensar cómo escapar de allí y mostrar al mundo la locura de esa gente.

Capítulo 31
Amerika

Nueva Germania

Andrea regresó a su habitación, se encontraba desolada. No se sentía preparada para morir. Creía que nadie lo estaba, pero ella aún menos. Muy pocas veces había reflexionado sobre la muerte. Tal vez en la adolescencia, pero en los últimos años se había centrado en ser feliz, aunque cada vez se sentía más desdichada.

Se aferró a los barrotes de su celda e intentó moverlos, pero no sirvió de nada y después lo intentó con la puerta. Se cerraba por fuera y estaba reforzada con hierro. Buscó por la habitación algo con que hacer palanca, al final lo intentó con la pata de una silla que había logrado arrancar al estar la soldadura muy débil, pero no logró abrir la puerta.

—¡Por favor! —gritó para intentar atraer a alguien.

Tardó varios minutos en conseguir que alguien se acercase. Cuando lo consiguió, vio al otro lado de la puerta a una joven adolescente de apenas catorce años que llevaba unas largas trenzas pelirrojas y tenía un rostro bastante amigable.

—Se ha roto la silla y me he hecho daño en la pierna —dijo la mujer sentada en la cama.

La joven se acercó y ella aprovechó para inmovilizarla en la cama, después tomó la barra y la golpeó en la cabeza. No le dio muy fuerte, pero sí lo suficiente para que perdiese el sentido.

Después la colocó sobre la cama, la tapó y salió a toda prisa, después de cerrar la puerta. Necesitaba ganar algo de tiempo antes de que salieran en su búsqueda. Desconocía dónde se encontraba el pueblo más próximo.

Corrió por el pasillo y después salió al deslumbrante día. Miró a un lado y al otro. No había mucha gente por las pulcras calles, buscó algún tipo de coche, pero no encontró ninguno. Caminó por la avenida hasta llegar a la empalizada. No podía escapar por la puerta principal, debía buscar una salida alternativa.

Al final encontró otra salida creada para los camiones de provisiones. Esperó a que uno se preparara para partir y se coló dentro. Un par de minutos más tarde el camión arrancó y ella se escondió en un rincón con la esperanza de

que el conductor no se percatase de su presencia hasta que se hubiera alejado de la colonia.
Andrea se sentó en el suelo rodeada de cajas de alimentos en lata. Una de las maneras que tenía la colonia de financiarse. No llevaba reloj, tampoco teléfono, no sabía cuánto tiempo llevaba en el camión, pero después de un buen rato notó que paraba y que el camionero abrió la puerta y un toro mecánico sacó algunos palés. La mujer aprovechó para salir corriendo. El pueblo no era muy grande, apenas una larga calle donde se sucedían casas de una planta sobre una pegajosa tierra arcillosa, que enseguida comenzó a pegarse a sus zapatos. Al menos parecía que nadie se había percatado de su huida.
Corrió hasta una pequeña comisaría al final del paseo. Al parecer era la única en todo el departamento. La mujer entró en el edificio a toda prisa. Un policía de pelo castaño y ojos verdes la miró con curiosidad cuando intentó recuperar el aliento antes de hablar.
—¿Se encuentra bien?
—No —susurró —, me han secuestrado, pero he logrado escapar. Hay una gigantesca colonia de nazis a unos pocos kilómetros de aquí.
—Tranquilícese y tome asiento. Redactaré su declaración, en una hora llega el jefe de policía. No se preocupe, ya está a salvo.
Andrea comenzó a contarle todo al policía, omitiendo algunos detalles como que la perseguían por sospechosa de asesinato en varios países.
El agente le preparó un café y dejó que se relajase en una sala de espera. Una hora más tarde llegó el jefe de la policía. Era un hombre mayor, con bigote blanco, el pelo canoso y la piel algo tostada por el sol. Entró en la sala y con una amable sonrisa le pidió que le acompañase.
Salieron al aparcamiento de la comisaría y le invitó a que subiera detrás.
—¿Dónde nos dirigimos? —preguntó.
—No se preocupe. Este pueblo es demasiado pequeño y, si lo que cuenta es cierto, necesitaremos a la policía estatal. Iremos a Libertad, allí podrán mandarnos refuerzos.
Andrea se recostó en el asiento e intentó tranquilizarse, media hora más tarde vio un cartel que ponía Nueva Germania y golpeó el cristal del coche policial.
—¿Dónde me lleva? Esto es Nueva Germania.
—No se preocupe —dijo el hombre, después tomó un desvío hasta que llegó a la empalizada. Abrieron la puerta y entraron de nuevo en la colonia. El coche paró enfrente del despacho de Teodoro. Tocó el claxon y el hombre salió.

—Buenas tardes jefe Herzog, ¿qué me trae por aquí? —dijo Teodoro mientras observaba a la mujer entre los cristales del coche.
—Otra loca que se os escapa. La gente puede ponerse nerviosa, tenéis que ser más cuidadosos —dijo el policía.
—No te preocupes, de esta me encargo yo personalmente —comentó.
El policía abrió la puerta del coche y sacó por los pelos a la mujer, después la arrojó a los pies de Teodoro.
—Muchas gracias jefe, dentro de poco le mandaremos sus honorarios.
—Gracias, pero ya sabe que todos nosotros apoyamos la causa —comentó el policía. Después subió de nuevo al vehículo y se alejó.
Teodoro miró con el ceño fruncido a la mujer. No podía creer que se hubiera vuelto a escapar. Era más inteligente de lo que creía.
—Bueno, quería conservarte un par de días más con vida. Aquí a veces me aburro, la mayoría de ellos no tienen la capacidad que tú posees para la conversación. Los preferimos dóciles y felices, únicamente algunos tienen una alta capacidad y se convierten en líderes. Ven, mujer —dijo tirando del pelo de Andrea, mientras esta le seguía a cuatro patas.
Entraron en su despacho, él le dio una patada y la mujer rodó por el suelo.
—Tendré que eliminar a todas las personas con las que te has puesto en contacto. Eso incluye a todos tus amigos, tu madre, tu novio…
—No, por favor, no les hagas daño. Haré todo lo que me pidas —suplicó aún desde el suelo.
—Pareces muy dócil, pero estoy convencido de que en cuanto me dé la vuelta me volverás a traicionar, forma parte de tu ADN.
Andrea se arrastró hasta un sillón y se sentó en él.
—Nuestro proyecto es imparable, ya te comenté antes que dentro de un par de días la ONU aceptará una resolución que permita a las clínicas perfeccionar embriones, primero será para evitar enfermedades hereditarias, pero dentro de poco la gente pedirá hijos perfectos. Nosotros les ofreceremos nuestra especial idea de los hijos perfectos.
—Eso es terrible —dijo Andrea.
—Ya gobernamos indirectamente en los Estados Unidos, Francia, Austria, Holanda, Dinamarca, Italia, Hungría y Grecia, y dentro de poco lo haremos en Alemania y otros muchos países de Europa y América. Por fin nuestro sueño se verá cumplido. Cuando consigamos el número suficiente de niños arios, dividiremos el continente en los cinco países que soñó Adolf Hitler y una pequeña élite gobernará la nueva Amerika.

Andrea observó el rostro del hombre, parecía totalmente fuera de sí.
—Será mejor que nos ocupemos de ti. Te aseguro que tu muerte será lenta y dolorosa.
El hombre aferró a la mujer por la muñeca y se la llevó del despacho. Caminaron hasta los pabellones de la granja. Pasaron delante de varios establos con vacas, después llegaron hasta las porquerizas.
En cuanto subieron a una pasarela, Teodoro comenzó a lacerar con un cuchillo las manos, los brazos y las piernas de la mujer. Después la puso al borde de la pasarela.
—Creo que nuestros cerdos tendrán hoy un gran banquete.
Abajo un centenar de cerdos gruñían en el barro rojizo. Andrea comenzó a gritar, mientras Teodoro la dejó casi en el aire.
Escucharon unos disparos a sus espaldas. El hombre se giró y soltó a la mujer. Notó cómo dos impactos le alcanzaban en el abdomen. Intentó reaccionar, pero otros dos le alcanzaron en una pierna y el hombro. Perdió el equilibrio y se cayó junto a la mujer a la porqueriza. Andrea se movía e intentaba ponerse en pie, pero los animales comenzaban a rodearla y a olisquearla. Cuando Teodoro cayó justo al lado, los animales se giraron y se dirigieron hacia él.
Andrea se arrastró hasta la cerca, pero un cerdo gigante comenzó a morderle la pierna. Comenzó a gritar hasta que unos brazos tiraron de ella con fuerza. La mujer levantó la vista y vio el rostro de Federico, justo antes de perder el conocimiento.

Capítulo 32
Huida

Nueva Germania

Andrea recuperó la consciencia una hora más tarde. Viajaba en la parte trasera de un coche todoterreno. Se miró los brazos y las manos, alguien se las había curado. Giró la cabeza y vio a Adriana que le devolvió la mirada con cara de pocos amigos.
—¿Qué ha pasado?
—Que a pesar de que nos diste esquinazo en Argentina, te hemos vuelto a salvar el pellejo —comentó la mujer.
—No seas tan dura con ella —dijo Federico—, todavía está convaleciente.
—¿Qué le sucedió a Teodoro?
—Me temo que se convirtió en comida para los cerdos, una muerte digna para un nazi —bromeó Adriana.
—¿Cómo hemos logrado salir de la colonia?
—Afortunadamente se formó un gran revuelo al enterarse los colonos de la muerte de su líder, por eso nos dio tiempo de robar un vehículo y salir de allí lo antes posible —dijo Federico.
—Todo esto parece una pesadilla —comentó Andrea incorporándose en el asiento.
Federico tomó una salida en dirección a San Estanislao.
—Dentro de un par de horas llegaremos a Asunción, allí tenemos unos amigos que nos llevarán en avión hasta Argentina —comentó Federico.
—¿Lograsteis recuperar el libro? —preguntó Andrea.
—Sí, se encontraba en el despacho de Teodoro —dijo Adriana.
—¿Sabéis qué contiene? —preguntó Andrea, con la casi convicción de que desconocían por completo los planes de los colonos.
—No estamos seguros, pero el que lo posea podrá hacer una verdadera fortuna con él —comentó Federico.
—Es mucho más que eso —dijo Andrea, comenzando a contarles todo lo que sabía.
Cuando llegaron a Asunción los dos guerrilleros ya estaban informados del plan de los nazis y su deseo de manipular genéticamente a la población.

Federico llamó a su padre y le contó los pormenores de lo sucedido.
Mientras Adriana llevaba sus cosas a la avioneta, Andrea esperaba sentada sobre una caja. El sol parecía calentar algo su cuerpo. Por alguna razón sentía un frío espantoso, posiblemente por la pérdida de sangre.
Federico se acercó al avión sonriente.
—Nos dirigiremos a Buenos Aires para que contactes con la editora lo antes posible, creemos que es mucho mejor para nuestra causa que se conozca lo que contiene ese maldito libro.
Andrea le devolvió la sonrisa. Aquella era la mejor noticia que podía haber oído. Por un lado, el descubrimiento del secreto de Hitler le permitiría ponerse a salvo, por el otro lograrían parar su proyecto en la ONU.
Tras cuatro horas de vuelo, la avioneta aterrizó en un pequeño aeródromo al sur de Buenos Aires. Allí los esperaban el novio de Andrea y su amiga Luisa.
—Bueno, aquí nos tenemos que separar —dijo Federico en cuanto tomaron tierra y soltaron la escalerilla.
—Muchas gracias por todo. De no ser por vosotros ahora estaría muerta.
—A veces la vida nos da extraños aliados —contestó Federico.
—Es cierto, pero creo que tú sabrás cambiar tu destino. No creo que la lucha armada sea la respuesta para traer la paz y la prosperidad a este continente —comentó Andrea.
—Puede que tengas razón —dijo el joven dándole la mano.
Andrea bajó del avión con una mochila verde colgada a la espalda y con un traje de camuflaje del mismo color. Luisa fue la primera en acercarse y abrazarla, después su novio Leopoldo.
—Me alegro mucho de volver a verte. He estado muy preocupado —dijo Leopoldo.
La acompañaron hasta el coche y en cuanto salieron del aeródromo comenzaron a hacerle preguntas. Andrea respondió poco a poco a todas las cuestiones y les explicó lo sucedido.
—Julia te espera esta misma mañana. En cuanto le hablé del libro se volvió como loca —comentó Luisa. La editora no había dudado ni un minuto en publicar *El libro secreto de Hitler*. Sabía que sería un gigantesco éxito editorial.
Una hora más tarde estaban frente a la sede de la editorial. Entraron en el lujoso vestíbulo, la gente miraba intrigada a Andrea con su aspecto de guerrillera, pero ella parecía inmune a todo lo que la rodeaba. Subieron por el ascensor dorado hasta la planta doce. Atravesaron las exclusivas oficinas de

la editorial hasta el despacho de la directora editorial que los esperaba impaciente.
—Hola Julia. ¿Te acuerdas de nuestra compañera Andrea Zimmer? —preguntó Luisa.
—Claro que sí, algunas de sus investigaciones han sido premiadas.
—Muchas gracias por recibirnos tan pronto. Creo que voy a ofreceros la historia más increíble que nadie os ha contado nunca.
Julia echó para atrás su melena rubia y se sentó en la butaca negra. A sus pies la ciudad de Buenos Aires parecía brillar bajo el intenso sol del mediodía.
—Soy toda oídos, querida.

Epílogo

Nueva York

El libro escrito por Andrea llevaba ya un mes en la calle cuando la Asamblea de la ONU la invitó para dar una charla. Desde entonces había escuchado todo tipo de comentarios a pesar de que cinco expertos habían confirmado que el manuscrito había sido escrito por Adolf Hitler. Su novio Leopoldo la acompañaba aquella mañana fría mientras entraba en el descomunal edificio. Un representante de la asamblea les dio la bienvenida y los acompañó hasta el auditorio. Mientras Leopoldo se dirigía a la tribuna de invitados, el delegado de la asamblea le hizo esperar detrás de una puerta. Las piernas le temblaban, tenía la boca seca y ganas de salir de allí corriendo.

Las puertas se abrieron y una potente luz lo deslumbró, comenzó a caminar y a medida que se dirigía hasta el estrado, escuchó una ovación cerrada. Se puso frente a la asamblea, observó a los cientos de representantes de todas las naciones del mundo y comenzó a hablar.

—Señorías, representantes de las naciones de este bello planeta llamado Tierra, me presento ante ustedes este día con el corazón encogido ante la magnitud y gravedad de los hechos que voy a narrarles, pero también con la esperanza de que unidos, podamos convertir a este mundo en un lugar mejor.

En los últimos años, el odio, el racismo, la xenofobia y el machismo parecen haber recuperado mucho terreno. Hoy, más que nunca, se persigue y asesina a la gente por sus creencias, el color de la piel o su género, pero a pesar de la tendencia mundial de la última década aún estamos a tiempo de cambiar de nuevo la Historia.

La vieja Sociedad de Naciones no supo frenar el ascenso de los fascismos. Las débiles democracias europeas y occidentales se vieron impotentes ante el auge de los totalitarismos que prometían terminar con la corrupción, depurar la sociedad y repartir la riqueza. Sabemos que no fue así, lo que trajeron fue la más cruel y aplastante guerra que ha conocido la Humanidad. Desde hace varias décadas se viene conformando un plan que someta de nuevo al ser humano, que convierta a gran parte de la raza humana en esclavos, para que unos pocos puedan vivir como amos absolutos. Hace unas semanas salió publicado mi libro *El libro secreto de Hitler,* en él pude explicar el complejo sistema que los nazis dejaron en marcha después de su desaparición en la

escena pública. Gran parte de ese plan ya está en marcha, únicamente las naciones pueden cambiar de nuevo el curso de la Historia. En sus manos está, devolver la libertad de nuevo a todos los pueblos y naciones de la Tierra.

Algunas aclaraciones históricas

- La mayoría de los datos históricos sobre los nazis en América son verídicos. También las cifras de emigrantes alemanes durante el siglo XIX y XX.
- Las relaciones de algunos jerarcas nazis con Juan Domingo Perón están probadas, aunque nunca se ha podido demostrar plenamente que el político argentino estuviera a favor del nazismo.
- La historia del libro secreto de Hitler es verídica. Adolf Hitler escribió una segunda obra que, supuestamente salió a la luz en los años sesenta. Siempre se especuló sobre su contenido y autenticidad.
- La historia de los nazis en Uruguay está basada en datos reales.
- La historia de la fundación de Nueva Germania y sus fundadores es verídica.
- Elisabeth, la hermana de Nietzsche, es verídica. Ella fundó junto a su esposo Nueva Germania, regresó a Alemania tras la muerte de este y cuidó a su hermano. Fue una conocida pro nazi y regaló el bastón de su hermano a Hitler en 1932.
- La idea de manipular a Hitler desde la niñez es totalmente inventada.
- El plan de Hitler de dividir Sudamérica en cinco países es real, se encontró dicho mapa en Buenos Aires.
- Mucho se ha hablado de la posibilidad de Hitler de huir a América. Nunca se pudo corroborar su muerte de manera definitiva. El posible trayecto y estancia en Argentina están basados en datos reales, aunque no se han podido demostrar.
- El aumento de los populismos pone de nuevo sobre la mesa el aumento del racismo y la xenofobia, ideologías que llevaron a la Segunda Guerra Mundial y a la muerte de millones de personas.
-

Otros libros del autor

El Círculo

«Tras el **é**xito de *Saga, Misión Verne* y *The Cloud,* Mario Escobar nos sorprende con una aventura apasionante que tiene de fondo la crisis financiera, los oscuros recovecos del poder y la City de Londres».

«Una noche sin aliento para salvar a su familia y descubrir el misterio que encierra su paciente».

El famoso psiquiatra Salomón Lewin ha dejado su labor humanitaria en la India para ocupar el puesto de psiquiatra jefe del Centro para Enfermedades Psicológicas de la Ciudad de Londres. Un trabajo monótono, pero bien remunerado. Las relaciones con su esposa Margaret tampoco atraviesan su mejor momento y Salomón intenta buscar algún aliciente entre los casos más misteriosos de los internos del centro. Cuando el psiquiatra encuentra la ficha de Maryam Batool, una joven bróker de la City que lleva siete años ingresada, su vida cambiará por completo.

Maryam Batool es una huérfana de origen pakistaní y una de las mujeres más prometedoras de la entidad financiera General Society, pero en el verano del 2007, tras comenzar la crisis financiera, la joven bróker pierde la cabeza e intenta suicidarse. Desde entonces se encuentra bloqueada y únicamente dibuja círculos, pero desconoce su significado.

Una tormenta de nieve se cierne sobre la City mientras dan comienzo las vacaciones de Navidad. Antes de la cena de Nochebuena, Salomón recibe una llamada urgente del Centro. Debe acudir cuanto antes allí, Maryam ha atacado a un enfermero y parece despertar de su letargo.

Salomón va a la City en mitad de la nieve, pero lo que no espera es que aquella noche será la más difícil de su vida. El psiquiatra no se fía de su paciente, la policía los persigue y su familia parece estar en peligro. La única manera de protegerse y guardar a los suyos es descubrir qué es «El Círculo» y por qué todos parecen querer ver muerta a su paciente. Un final sorpredente y un misterio que no podrás creer.

¿Qué se oculta en la City de Londres? ¿Quién está detrás del mayor centro de negocios del mundo? ¿Cuál es la verdad que esconde «El Círculo»? ¿Logrará Salomón salvar a su familia?

Mario Escobar

Autor *bestseller* con miles de libros vendidos en todo el mundo. Sus obras han sido traducidas al chino, japonés, inglés, ruso, portugués, danés, francés, italiano, checo, polaco, serbio, entre otros idiomas. Novelista, ensayista y conferenciante. Licenciado en Historia y Diplomado en Estudios Avanzados en la especialidad de Historia Moderna, ha escrito numerosos artículos y libros sobre la Inquisición, la Reforma Protestante y las sectas religiosas.

Publica asiduamente en las revistas *Más Allá* y *National Geographic Historia*.

Apasionado por la historia y sus enigmas, ha estudiado en profundidad la Historia de la Iglesia, los distintos grupos sectarios que han luchado en su seno, el descubrimiento y colonización de América; especializándose en la vida de personajes heterodoxos españoles y americanos.

Table of Contents

Portada
Primera parte
Segunda parte
Tercera parte
Otros libros del autor
Mario Escobar